Genzaburō Yoshino

吉野源三郎著

¿Cómo vives?

君たちはどう生きるか

montena

Genzaburō Yoshino

吉野源三郎著

¿Cómo vives?

君たちはどう生きるか

montena

¿Cómo vives?

Genzaburō Yoshino

montena

Prólogo

Koperu es un estudiante de segundo de secundaria.

Su nombre real es Junichi Honda. Koperu es su mote. Tiene 15 años, pero es más bien bajito y eso le preocupa bastante.

Cuando al comienzo de cada curso escolar, el profesor de gimnasia pone en fila a todos los alumnos, les obliga a quitarse el sombrero y va rehaciendo la fila en orden de estatura, Koperu posa sus talones encima de alguna piedra sin que nadie se dé cuenta o estira el cuello todo lo que puede para tratar de ga nar posiciones. Pero nunca ha tenido éxito. Al final, siempre se ve inmerso en la misma lucha contra Kitami, alias Gatchin[1],

por la segunda o la tercera posi ción en la fila, ni que decir tiene que desde el final.

Exactamente lo contrario le sucede con las notas. Casi siempre es el mejor de la clase o, en el peor de los casos, el segundo. Rara vez ha caído al tercer puesto. Naturalmente, su mérito es auténtico. Sin embargo, Koperu no es precisamente un empollónratón-de-biblioteca obsesionado con sacar buenas notas. Más bien, es un chico al que divertirse le gusta más que a nadie. Forma parte del equipo de béisbol de la clase. Resulta simpático observar al pequeño Koperu defender la segunda base, pertrechado con sus enormes guantes de béisbol. Por su estatura no es un gran bateador, pero las dejadas son su especialidad y por eso siempre ocupa el puesto de segundo bateador.

A pesar de que sus notas son siempre las mejores o las segundas mejores de la clase, nunca ha sido delegado. Pero no porque sus compañeros desconfíen de él sino, más bien, porque es bastante trasto. Una vez, a escondidas del profesor, se lo pasó en grande en la clase de Ética poniendo a competir a dos ciervos volantes atados con un hilo, a ver cuál de los dos

tiraba más fuerte. No es precisamente el tipo de actitud que se espera de un delegado de clase. En las reuniones con los padres, su tutora siempre le dice lo mismo a su madre:

—En cuanto a su desempeño académico, no tengo nada que decir. Es un alumno brillante y ha vuelto a ser el mejor de la clase. Pero…

Cuando la profesora pronuncia ese «Pero…», su madre piensa: «Otra vez igual», porque sabe que lo que sigue será una retahíla de recriminaciones sobre la querencia de su hijo por las trastadas.

Es posible que su madre tenga que ver con que Koperu siga siendo un trasto. Al regresar de las tutorías, ella le dice: «La profesora me ha vuelto echar la bronca»; pero nunca lo reprende fuerte. Lo cierto es que no se siente capaz de regañarlo con demasiada severidad por este asunto.

La razón es que, por un lado, sus travesuras no son retorcidas y carecen de maldad, no hacen daño ni molestan a nadie. Básicamente, se divierte haciendo reír a los demás. Pero hay otra razón más importante. Y es que Koperu no tiene padre.

Su padre falleció hace dos años. Era un direc tivo de un banco importante.

Tras la muerte de su padre, la familia de Koperu se mudó, de una mansión en el casco antiguo de la ciudad, a una vi vienda modesta en las afueras.

Redujeron el número de criados y ahora eran cuatro en casa: su madre, su abuela, una criada y él. Ya no recibían tantas visitas como cuando vivía su padre y la casa se había vuelto, de repente, más triste. Las nuevas circunstancias hicieron que la mayor preocupación de su madre, en relación con su hijo, fuera que este no perdiera su carácter alegre y jovial. Por eso, ella evitaba ser demasiado severa con él.

Desde que se mudaron a las afueras, su tío, que vive cerca, los viene a visitar con frecuencia. Es el hermano menor de su madre, recién licenciado en Derecho. Koperu también va a su casa. Se llevan muy bien. Los vecinos suelen ver caminando juntos a su tío, un hombre de estatura superior a la media, y al pequeño Koperu. A veces juegan a lanzarse una pelota de

béisbol en algún descampado.

El mote fue cosa de su tío. Un día en que un compañero de clase, Mizutani, vino a jugar a casa, este oyó a su tío llamándolo «Koperu» una y otra vez. La noticia se difundió rápidamente en la escuela.

—A Honda, en su casa lo llaman Koperu.

Después de aquel comentario de Mizutani, sus compañeros también lo empezaron a llamar Koperu. Hasta su madre lo llamaba a veces «señor Koperu».

Pero ¿por qué Koperu? Ningún amigo lo sabe. Todos lo llaman así porque les parece divertido. Y cuando le preguntan: «¿Por qué te llaman así?», él se limita a sonreír sin dar explicaciones. No obstante, cuando le hacen la pregunta, se diría que se le ilumina la cara. Eso hace que todos sientan aún más curiosidad por conocer la razón de aquel mote.

Imagino que a ti también te pasa lo mismo que a sus amigos. Por eso, en primer lugar, voy a empezar relatando el origen de su mote. Después, y en orden, iré detallando los extraños sucesos que tuvieron lugar en su mente.

Ya entenderás por qué te cuento todo eso.

¿Cómo vives?

1

Una extraña experiencia

Aquello sucedió el año pasado, una tarde de octubre, cuando Koperu aún estaba en primero. Koperu y su tío se encontraban en la azotea de unos grandes almacenes del barrio de Ginza.

De un cielo plomizo y en silencio, caía sin descanso una lluvia finísima, que incluso hacía dudar si estaba realmente lloviendo. El abrigo de Koperu y el impermeable de su tío se habían cubierto de gotas de agua plateadas y minúsculas, como si los hubieran cubierto de escarcha. Koperu contemplaba en silencio la avenida de Ginza.

Vista desde una altura de siete plantas, aquella avenida parecía un surco estrecho por cuyo fondo fluían los coches. El carril derecho iba desde el lado de Nihonbashi hacia Shinbashi, pasando por de ba jo de Koperu, mientras que el izquierdo avanzaba hacia Nihonbashi, fluyendo en sentido contrario, ensanchándose y estrechándose, en continuo movimiento. Entre las dos corrientes se veían trenes aquí y allá, arrastrando sus vagones con una lentitud melancólica. Los techos de los trenes, que parecían pequeños juguetes, estaban mojados. No era lo único: los coches, el asfalto de la calzada, los árboles que flanqueaban la avenida, todo estaba completamente mojado y

brillaba, reflejando la claridad del mediodía que llegaba de alguna

parte.

Mientras seguía observando la escena, los coches le empezaron a parecer insectos. En concreto, ciervos volantes. Una legión de ciervos volantes desplazándose por el suelo a toda velocidad. Los insectos que habían terminado sus quehaceres regresaban también a toda prisa. No tenía ni idea de qué podía ser, pero tenía que estar pasando algo muy importante para los insectos. Ahora que se fijaba más, la parte de Kyōbashi que se esconde entre los altos edificios, donde la avenida de Ginza se aleja, se estrecha y más adelante gira hacia la izquierda, parecía la entrada y salida de su nido.

Los ciervos, que llegaban allí como poseídos, desaparecían uno tras otro.

Pero, al instante, aparecían otros nuevos cruzándose con los anteriores, a todo correr. Uno negro, otro, otro más; ahora, uno azul; después, uno gris…

Seguía cayendo una llovizna delicada como una nube de polvo. Koperu dejaba vagar su imaginación con la mirada clavada en la zona de Kyō bashi.

Al rato, levantó la cabeza y contempló la ciudad de Tokio, mojada por la lluvia, extendiéndose, inconmensurable, a sus pies.

Era un paisaje oscuro, triste y desmesurado, capaz de ensombrecer su ánimo. Innumerables tejados minúsculos reflejaban la claridad gris del ambiente y se extendían sin fin. Conjuntos de edificios rompían la

uniformidad plana de los tejados. Los más alejados se difuminaban bajo la lluvia y parecían flotar como siluetas borrosas entre una niebla del mismo color que el cielo. Había una humedad densa. Todo estaba mojado. Hasta las piedras parecían empapadas. La ciudad de Tokio estaba hundida en el fondo de aquella fría humedad, sin inmutarse.

Había nacido y crecido en Tokio. Pero era la primera vez que le veía una cara tan triste y seria a la ciudad. Desde el fondo de un aire cargado de humedad, el bullicio constante de la ciudad se elevaba hasta la azotea de la séptima planta y lo alcanzaba. Pero él parecía ajeno a aquel rumor y permanecía de pie absorto en el paisaje. No sabía por qué, pero no podía dejar de contemplarla. De pronto, comenzó un cambio nunca antes acaecido en su corazón.

El caso es que el mote está relacionado con aquel cambio.

La primera imagen que surgió en su mente fue la de un mar oscuro de invierno azotado por la lluvia. Quizá fuera el recuerdo de un viaje que hizo con su padre a Izu durante unas vacaciones de invierno. A medida que permanecía contemplando la gigantesca metrópoli entre la llovizna brumosa, la ciudad empezó a asemejársele al mar, y los grupos de edificios que se elevaban por doquier, rocas que sobresalían de la superficie del agua.

Y, sobre el mar, el techo bajo de un cielo lluvioso. Koperu imaginaba a gente viviendo debajo del agua.

De pronto, volvió en sí, recapacitó y sintió escalofríos. ¡Hay personas viviendo debajo de estos minúsculos e innumerables tejados que cubren la tierra sin dejar resquicio! Era una obviedad, pero cuando se paró a pensar en ello le pareció terrorífico. En aquel mismo momento, debajo de él, donde no era capaz de ver, había cientos de miles de personas desconocidas haciendo su vida. Cuánta gente diferente tenía que haber. ¿Qué estarán

haciendo? ¿En qué estarán pensando? Le pareció un mundo caótico, una maraña inescrutable: un anciano con gafas, una niña con el pelo cortado a tazón, una mujer con moño, un hombre con delantal, un oficinista con traje… Una miríada de seres humanos de toda clase y condición abarrotaron su imaginación para después desaparecer.

—Tío —empezó Koperu—: ¿Cuánta gente crees que habrá en la parte de la ciudad que vemos desde aquí?

—No lo sé —dijo, y se quedó callado porque no se le ocurrió inmediatamente una respuesta mejor.

—Si supiéramos que lo que estamos viendo es una décima o una octava parte de Tokio, sabríamos que hay una décima o una octava parte de su población, ¿o no?

—No es tan sencillo —respondió, sonriendo—. Si la densidad de población de Tokio fuera más o menos uniforme en toda su extensión, sería como acabas de decir. Pero no lo es. Por eso, el número de personas que hay en un área concreta no se puede calcular en proporción a la superficie.

Además, ese número es cambiante. Varía mucho, por ejemplo, entre el día y la noche.

—¿Entre el día y la noche? ¿Cómo es eso?

—Claro. Tú y yo vivimos en las afueras de la ciudad, ¿no es así? Pero hemos venido al centro y ahora mismo estamos aquí. Cuando caiga la noche, volveremos a estar en casa. Piensa que hay miles y miles de personas que hacen esto.

—…

—Hoy es domingo, pero cada mañana de un día de diario una cantidad ingente de personas llega de las afueras de Tokio a los lugares que vemos desde aquí, como Kyōbashi, Nihonbashi, Kanda u Hon gō. Por la tarde, esas personas regresan a sus casas. Sabes muy bien lo abarrotados de gente que se vuelven los trenes, los tranvías y los autobuses en las horas punta. —

Koperu lo entendió. Su tío añadió—: En un sentido, es como una marea de

gente. Cientos de miles; qué digo, quizá millones de personas forman mareas que suben y bajan por toda la ciudad.

Mientras hablaban, seguía cayendo serena una llovizna que parecía niebla. Los dos se quedaron observando la ciudad en silencio. Detrás de la fina y temblorosa cortina de agua, la ciudad oscura se extendía sin solución de continuidad. No se veía un alma en las calles.

Y, sin embargo, cientos de miles, millones de personas vivían en ella, cada una imbuida en sus pensamientos y dedicándose a sus quehaceres.

Todas las mañanas y todas las tardes, las personas formaban mareas humanas que subían y bajaban.

Koperu se sintió como a la deriva en medio de una vorágine.

—Oye, tío.

—Dime.

—Las personas… —dijo, y se interrumpió sintiéndose algo turbado. Pero se armó de valor y prosiguió— son como moléculas de agua, ¿no es así?

—Exacto. Si comparásemos el mundo con el mar o con el río, ciertamente, las personas serían sus moléculas.

—Tú también, claro.

—Por supuesto. Y tú. Eso sí, una molécula muy pequeña en tu caso.

—No me tomes el pelo. Las moléculas solo pueden ser pequeñas. Tú sí serías una molécula larguirucha —dijo, y volvió la vista a la avenida de Ginza.

Coches, coches y más coches… Por supuesto, dentro de cada uno de aquellos vehículos que parecían ciervos volantes viajaban personas.

En medio de aquel flujo incesante de coches, Koperu avistó una bicicleta en marcha. La conducía un niño. Su impermeable, demasiado grande para él, brillaba mojado. Miraba a los lados, hacia atrás y, siempre atento a los coches que le adelantaban, pedaleaba sin descanso. Sin imaginarse ni en sueños que Koperu lo estaba observando desde lo alto, avanzaba hacia él,

esquivando los coches a derecha e izquierda por el mojado y resbaladizo asfalto. De pronto, un automóvil gris avanzó por el carril contrario adelantando a dos o tres coches.

—¡Cuidado! —gritó para sí en la azotea.

Le pareció que el coche iba a atropellar la bicicleta. Pero aquel ciclista, con una hábil y veloz maniobra, esquivó el coche en el último momento.

Perdió un poco el equilibrio, pero se recompuso rápidamente y continuó pedaleando. Se daba cuenta del esfuerzo con que pedaleaba porque veía su cuerpo entero bambolearse en cada pedalada.

¿De dónde era y por qué corría? Por supuesto, no lo sabía. Estaba observando a un niño desconocido desde lejos. Pero él no se daba cuenta.

Esto le pareció extraño. El carril por el que avanzaba aquel niño en bici era el mismo por el que su tío y él habían venido en taxi a Ginza.

—Tío, cuando nosotros pasamos por allí… —dijo apuntando con el dedo hacia abajo—, quizá alguien nos estuvo mirando desde aquí.

—Bueno, quién sabe. Podría ser que alguien nos esté observado ahora mismo desde alguna ven tana.

Koperu miró las ventanas de los edificios cercanos. Había muchísimas.

La respuesta de su tío le había hecho sentir como si todas las ventanas estuvieran orientadas hacia ellos. Sin embargo, se limitaban a brillar como la mica reflejando la vaga claridad. Era imposible saber si detrás de las ventanas había alguien mirándolos.

Aun así, no podía dejar de sentir que alguien, quieto y en silencio, estuviera observándolos desde algún lugar. Incluso se veía a sí mismo reflejado en los ojos de ese observador. ¡Una pequeña, pequeñísima silueta de pie en la azotea de un edificio gris de siete plantas!

Se sentía raro. Muchos yoes se superponían en su interior: el yo observador, el yo observado, el yo consciente de estar siendo observado o el yo observándose a sí mismo en la lejanía. Sintió una especie de mareo.

Algo parecido a una ola comenzaba a agitarse en su interior. No; más bien sentía como si algo lo estuviera zarandeando.

En ese momento, toda la ciudad estaba anegada en una marea invisible.

Koperu se había convertido en algún momento en una gota de esa marea.

Permaneció durante un largo tiempo en silencio, con la mirada perdida.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su tío al rato.

Koperu puso cara de alguien que se despierta de un sueño. Le miró a la cara y sonrió como incó modo.

Unas horas más tarde, los dos viajaban por una carretera del extrarradio de camino a casa. Habían salido de los grandes almacenes, echaron un vistazo a los noticiarios de los cines y, por la tarde, cogieron un taxi. Ya era noche cerrada. En el espacio de claridad que creaban los faros del vehículo, aún se veía lloviznar.

—¿En qué pensabas antes? —le preguntó su tío.

—¿Antes, cuándo?

—En la azotea de los grandes almacenes. Estuviste pensativo.

—…

Koperu no supo qué responder y se quedó callado. Su tío no insistió. El coche siguió avanzando en la oscuridad.

Al cabo de unos minutos, Koperu dijo:

—Sentí algo muy extraño.

—¿Por qué?

—Por eso que me dijiste de las mareas humanas que suben y bajan.

—…

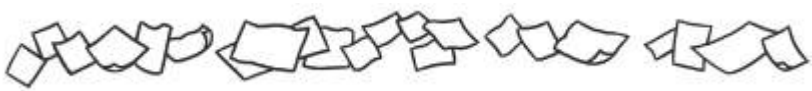
Su tío puso cara de no entender muy bien lo que le quería decir.

Entonces, Koperu dijo con voz firme:

—Tío, las personas son realmente como moléculas. Hoy me lo ha parecido de verdad.

Bajo la tenue luz interior del vehículo, su tío puso cara de sorpresa. El rostro de Koperu re flejaba una tensión vivaz como nunca le había visto.

—Entiendo —dijo su tío y se quedó pensando. Después, le dijo con voz serena—: Espero que recuerdes bien lo que acabas de decir porque es algo muy importante.



Algo ocurrió aquella misma noche.

Su tío estuvo despierto hasta tarde en el despacho de su casa escribiendo.

De vez en cuando pa raba de escribir para dar unas caladas, se quedaba rumiando algo y continuaba. Estuvo así, más o menos una hora u hora y media, hasta que finalmente soltó la pluma y cerró el cuaderno. Era un cuaderno grande, de color marrón rojizo y con las cubiertas de tela.

Levantó la taza de té abandonada en la mesa y apuró el último sorbo, ya frío. Luego, se desperezó con gesto ostensible y se rascó la cabeza.

Encendió un cigarrillo y se quedó fumando tranquilamente. Más tarde, abrió el cajón de la mesa, guardó dentro el cuaderno, apagó la lámpara y se fue a dormir caminando despacio.

Tenemos que fisgar ese cuaderno porque en él se explica por qué se le empezó a llamar Koperu a Junichi Honda.

El cuaderno del tío

Sobre la forma de ver las cosas

Querido Junichi:

Quizá no fuiste consciente de la seriedad con la que hoy me dijiste en el coche que «las personas son realmente como mo léculas». Tu gesto mientras me lo decías me pareció hermoso. Pero lo que realmente me conmovió fue el darme cuen ta de que habías empezado a reflexionar en serio sobre estas cosas.

Verdaderamente, como tú mismo sentiste, cada persona es un elemento constituyente de este mundo. Entre todos conformamos el mundo y la marea del mundo nos afecta a todos.

Por supuesto, esa gran marea es el resultado del movimiento conjunto de cada

una de sus moléculas, aunque las personas no seamos exactamente como las moléculas de cualquier materia. Todos estos detalles los tendrás que ir conociendo mejor a medida que vayas creciendo. En cualquier caso, el que te hayas reconocido como una molécula del mundo del que formas parte no es cosa menor.

Supongo que ya conoces la teoría heliocéntrica de Copérnico. Antes de que él propusiera su teoría, todo el mundo creía, tal y como veía con sus propios ojos, que eran el Sol y las estrellas los que giraban alrededor de la Tierra. Esto se debía en parte a las enseñanzas de la Iglesia católica, que consideraba la Tierra el centro del universo. Sin embargo, si nos paramos a pensar un poco más, nos damos cuenta de que también se debía a que las personas tienden a ver las cosas casi siempre desde su punto de vista.

Copérnico se encontró con fenómenos que no se podían explicar con los conocimientos de astronomía que existían en ese momento. Después de darle muchas vueltas, se atrevió a suponer que quizá era la Tierra la que estaba girando alrededor del Sol y no al revés. Esto le permitió postular leyes precisas con las que, finalmente, pudo explicar distintos fenómenos que parecían inexplicables hasta entonces. Científicos posteriores, como Galileo o Kepler, corroboraron la propuesta de Copérnico con sus investigaciones. Hoy en día, todo el mundo acepta la teoría heliocéntrica como si fuera lo más natural. Hasta se explica de forma sencilla en las escuelas de primaria.

Sin embargo, como bien sabes, cuando fue propuesta causó un auténtico revuelo. Eran tiempos en los que la Iglesia católi ca se consideraba una autoridad, por lo que una idea que ponía patas arriba

sus enseñanzas fue considerada peligrosa y sus defensores fueron encarcelados, sus escritos arrojados a la hoguera y, en general, perseguidos con saña. A la gente corriente, por su parte, le parecía absurdo ser castigada por creer en teorías como aquella, y cuando no era el caso, simplemente a muchos les costaba pensar —porque les resultaba hasta tétrico— que la Tierra en la que vivían tranquilamente se estuviera moviendo por el espacio. Se tardaron varios siglos hasta que la teoría fuera aceptada y se convirtiera en una idea tan extendida que hoy en día la conocen hasta los niños de primaria.

Estoy casi seguro de que esto que te acabo contar lo sabías de haber leído Los grandes logros de la humanidad. En cualquier caso, lo que me gustaría recalcar

es que la tendencia de las personas a ver las cosas únicamente desde su punto de vista, o a pensar como si cada uno fuera el centro del universo, es algo profundo y tercamente enraizado en la naturaleza humana.

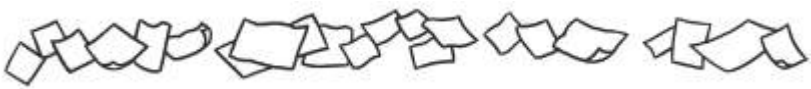
Pensar, como Copérnico, que nuestra Tierra es un cuerpo celeste más entre muchos otros moviéndose en el espacio, o creer que la Tierra está asentada firmemente en el centro del universo sin inmutarse, son puntos de vista extrapolables a otras cuestiones ajenas a la astronomía, como cuando pensamos en las cosas que suceden en el mundo o reflexionamos sobre la vida.

Todos piensan, digamos, en modo geocéntrico cuando son niños. Basta con observar cómo estos describen el mundo. Ellos son el punto de referencia: al paso a nivel se llega yendo hacia la izquierda al salir de casa, y al buzón, hacia la derecha; la frutería está a la vuelta de la esquina, la casa de Shizuko está enfrente de la mía, y la de mi amiga San-chan, al lado. Piensan en las cosas como cuando ubican su casa en el centro de todo lo demás. Lo mismo ocurre con las personas que van conociendo: es alguien del banco de papá, es un pariente de mi mamá, *etc.* Lo entienden todo en relación con ellos mismos.

Eso va cambiando a medida que uno va creciendo. Aunque hay diferencias de grado, se suele ir adoptando un modo heliocéntrico de pensamiento. El mundo fuera de uno comienza a ocupar un lugar importante en el modo de pensar y de comprender las cosas y a las personas. Se hace referencia a los lugares con direcciones que no dependen del domicilio propio y la gente se entiende diciendo que alguien es presidente de un banco o director de un instituto.

Pero lo cierto es que el modo heliocéntrico de pensamiento se suele

aplicar a unos pocos asuntos muy generales, y el hábito de considerarse a uno mismo el centro de todo y de tomar decisiones sobre la base de esas reflexiones sigue estando muy arraigado incluso entre los adultos. Lo verás cuando seas mayor, pero, a pesar de la cantidad de gente que hay en el mundo, son realmente pocas las personas totalmente libres de un pensamiento centrado en uno mismo. Sobre todo, cuando lo que está en juego son pérdidas o ganancias que nos afectan directamente, discernir lo correcto sin que nos condicionen nuestros intereses particulares es algo realmente difícil. Por eso, las personas capaces de pensar en modo heliocéntrico, incluso en este tipo de asuntos, son admirables. Lo normal es que seamos presa de nuestros caprichos más inmediatos, perdamos de vista lo esencial y nos centremos únicamente en aquello que nos conviene en cada



momento.

Pero, del mismo modo que mientras la humanidad se mantuvo aferrada al geocentrismo fue incapaz de comprender verdades sobre la astronomía, alguien que se limite a juzgar los hechos únicamente desde su punto de vista nunca llegará a comprender las cosas como son. Las grandes verdades son inalcanzables para estas personas. En nuestro día a día, solemos decir cosas como que el sol «aparece y desaparece». Para los asuntos mundanos, esta forma de entender las cosas no supone ningún problema. Pero cuando se trata de conocer las grandes verdades del universo es necesario desprenderse de esa forma de pensar. Sucede algo similar en relación con los sucesos que acaecen en el mundo en que vivimos.

Precisamente por eso, que hoy te hayas sentido sinceramente como una molécula que forma parte de un mundo que existe fuera de ti es algo muy importante. Secretamente deseo que la experiencia que hoy has tenido deje una huella indeleble en ti. Lo que hoy has sentido y cómo has razonado tienen un significado bastante más profundo del que pueda parecer a simple vista. Es como si hubieras pasado de la teoría geocéntrica a la heliocéntrica, nada menos.

Las notas no terminan aquí y se van haciendo más difíciles de entender.

Pero imagino que con lo que te he mostrado ya sabes por qué lo empezó a llamar Koperu. Aunque en principio su tío decidió llamarlo

directamente Copérnico para que no olvidase aquella experiencia, en algún momento el apodo se transformó en Koperu. Sea como fuere, está claro que es mucho más fácil decir Koperu que Copérnico, ¿verdad?

Supongo también que ahora entiendes por qué Koperu parece alegrarse cuando sus amigos le preguntan el origen de su apodo. Y es que a nadie le sienta mal que lo identifiquen con un personaje tan ilustre.

2

Un amigo valiente

Koperu habita en un mundo extenso y complejo, pero al mismo tiempo sigue siendo un estudiante en los primeros cursos de secundaria. Lo cual implica que las personas con las que se relaciona a diario son, en su mayoría, sus amigos y compañeros del colegio. En este sentido, se puede afirmar que el pequeño universo que conforman sus amigos y compañeros constituye un tipo de sociedad en la que se desarrolla su vida. En este pequeño universo hay dos chicos con los que Koperu se lleva particularmente bien. Uno es Mizutani. Fueron compañeros de clase en primaria y ya desde entonces suelen quedar para jugar en casa, tanto en la suya como en la de él. El otro es Kitami, alias Gatchin.

Como ya se dijo, Kitami y Koperu son más o menos de la misma estatura y nunca les ha faltado ocasión de conversar, pero, al principio, Koperu no tragaba a Kitami.

Mizutani es un chico bien parecido y tranquilo, incluso se diría que algo tímido. Pero Kitami es todo lo contrario. Es bajito como Koperu, pero fuerte y compacto como un bulldog. Jamás titubea y nunca cede. Dice sin dudar todo lo que piensa y todo lo que dice lo defiende a muerte, contra viento y marea.

—Digan lo que digan, yo paso.

Cuando dice eso, ya no hay nada que hacer. «Digan lo que digan…» es su muletilla favorita. A veces, es de una cabezonería intratable. Por eso, empezaron a llamarlo Gatchin. Esa tozudez es la que le impidió llevarse bien con él al prin cipio.

Sin embargo, a pesar de su terquedad, Gatchin es un chico alegre y divertido.

Una vez, en el camino de vuelta de la escuela, Gatchin discutió con Koperu y otros amigos. Debatían sobre qué era la corriente eléctrica. Kitami no creía que la electricidad pudiera fluir por dentro de un metal sólido y mantenía que lo que se transmitía era un tipo de vibración, como la luz o el sonido.

Koperu sabía que la corriente eléctrica era el flujo de electrones —más pequeños que los átomos— a través del cable eléctrico. Así que le dijo a Kitami que se equivocaba. Pero este no se lo creía.

—Me parece que no lo entendiste bien. Para empezar, no hay ningún

hueco dentro de un alambre de cobre para que pueda pasar nada. Lo que dices no tiene ningún sentido. Sencillamente, es imposible.

A Koperu no le quedó más remedio que explicarle todos los detalles que conocía sobre la estructura de la materia que había aprendido leyendo revistas de ciencia y otros libros de física, así como en *Los misterios del mundo*: que la materia está hecha de átomos que no se ven ni con el microscopio; que esos átomos están compuestos de electrones aún más pequeños que los átomos; que, cuando se considera la materia a nivel atómico, lo que creemos compacto es poroso y está lleno de espacios vacíos y que, precisamente por eso, ondas como los rayos X pueden atravesar cuerpos sólidos que son impenetrables a los rayos luminosos convencionales.

—No sé, no sé. —Gatchin aún parecía incrédulo.

Así que Koperu se detuvo y sacó de su cartera un libro titulado *Sobre la*

electricidad, y le mostró a Kitami la parte en la que se explica lo que es la corriente eléctrica. El libro lo había escrito un doctor en ciencias.

—Ya… —dijo Kitami mientras leía el párrafo que le había señalado Koperu.

Todos se habían parado, y, aunque casi estaban convencidos de que a Gatchin no le quedaría más remedio que reconocer su error, no obstante esperaban expectantes su respuesta.

—Bah. Que no, que no. Digan lo que digan… —comenzó a decir

levantando la cara del libro. Los demás lo miraron atónitos, pero él siguió como si nada— esta vez, estoy completamente equi vocado.

Nadie se lo esperaba. Todos se rieron a carcajadas. Y a Koperu, de repente, Kitami le cayó simpático.

Pero lo que realmente forjó su amistad fue algo que sucedió poco después. Todo comenzó con el «Caso *aburage*», o «Caso del tofu frito», un episodio inolvidable para Koperu.

Un día, justo en el momento de entrar en el aula, un compañero llamado Hori se pegó a Koperu y le dijo en voz baja:

—Oye, ¿sabías que a Urakawa lo llaman Aburage?

—¿Ah, sí?

No lo sabía y le preguntó por qué lo llamaban así. Hori, un chico famoso por su charlatanería, puso una sonrisa pícara y le explicó:

—Urakawa trae *aburage* de guarnición en su *ben tō* todos los días.

Encima, lo trae crudo, sin freír.

—Vaya.

—Por lo visto, este trimestre apenas han sido cuatro días los que no ha traído *aburage* para comer. ¿No te has dado cuenta de que Urakawa huele a *aburage*?

Le empezaba a incomodar aquella conversación. Pero siguió preguntándole:

—¿Cómo sabes todo eso?

—El caso es que… —comenzó a decir, y miró a su alrededor antes de seguir cuchicheando aún más bajo—. Esto que te voy a contar es un secreto,

¿vale? Yamaguchi, que se sienta a su lado, lo ha estado observando todos los días y nos ha contado todo lo que ha visto. No se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo? Ni se te ocurra decir que te lo he contado yo. Por supuesto, Urakawa no sabe nada de esto.

Koperu tuvo una sensación desagradable al escuchar aquello. ¿De qué iba Yamaguchi, examinando a escondidas el bentō de su compañero todos los días? ¿Y Hori, que se divertía con lo que le contaba

Yamaguchi y se dedicaba a difundir un apodo despectivo? Koperu casi nunca comía *aburage*. Las pocas veces que aparecía en la comida, casi siempre se lo dejaba. Era una de esas cosas que no había logrado que le gustase. Por eso, no podía negar que le llamó la atención que Urakawa lo trajera para comer casi todos los días. Pero sintió lástima por él porque, con aquel mote, estaba siendo objeto de mofa de sus compañeros sin saberlo. Hori se reía, pero a

Koperu aquello no le hizo gracia. En realidad, llovía sobre mojado. Por una cosa o por otra, los compañeros de curso de Urakawa solían burlarse de él.

Lo cierto es que bastaba con ver su aspecto para darse cuenta de que no era difícil entender por qué sus compañeros se reían de él. Era de estatura media, pero terriblemente paticorto. Además, siempre iba vestido con ropa que claramente no era de su talla, que le sobraba por todos lados y le quedaba fatal. Por el contrario, llevaba un sombrero ridículamente pequeño, pero perfectamente calado y recto, como un soldado.

Era evidente que algo pasaba con su coordinación. Cuando se trataba de lanzar una pelota, correr o hacer cualquier ejercicio físico, era un auténtico desastre. Sus movimientos descoordinados parecían los de una caricatura. A veces, hasta al profesor de Educación Física le costaba contener la risa.

Cuando tocaban ejercicios en las barras fijas para gimnasia, no solo era absolutamente incapaz de hacer la voltereta hacia atrás, sino que ni siquiera sabía hacerla hacia delante con apoyo. Levantaba a duras penas el trasero y se caía sin poder mantenerse colgado de la barra. Volvía a intentarlo, pero no había manera de que lo consiguiera. Aunque nadie podía dejar de sentir lástima por él cuando lo veían colgado de la barra debatiéndose torpemente, era difícil no reírse viéndolo. Al cabo de unos segundos de esfuerzo inútil, el profesor siempre le terminaba ayudando a completar el giro empujándole el trasero.

Aun así, si Urakawa hubiera sido buen estudiante, quizá habría podido evitar la burla de sus compañeros.

Desgraciadamente, no era el caso. Sus notas eran mediocres y, por si fuera poco, era un auténtico experto en quedarse dormido en plena clase.

Pero había una cosa en la que ningún compañero le hacía sombra por

mucho que estudiara: la lectura de literatura clásica china. Curiosamente, Urakawa destacaba muy por encima de los demás en esta materia. No se le resistían ni los textos más difíciles, los llamados *hakubun*, sin notas

explicativas, sin signos de puntuación ni transcripciones fonéticas de ningún ideograma. Sin embargo, aquella rara inclinación por la literatura china y su inusual destreza, lejos de despertar la admiración de sus compañeros, se había convertido, muy al contrario, en chanza. Todos pensaban que la lectura de literatura clásica china solo se le podía dar bien a alguien que fuera nulo en inglés o en matemáticas.

En definitiva, prácticamente todos sus compañeros de curso se burlaban de él. Los más gamberros no paraban de hacerle perrerías y disfrutaban viendo la cara de vergüenza que se le quedaba al pobre Urakawa.

Una vez le dijeron:

—Eh, Urakawa, tienes algo pegado en el pecho.

En cuanto este bajó el mentón para mirárselo, le llenaron la espalda de gravilla por el hueco que se le formó entre el cuello de la camisa y la espalda.

En otra ocasión, en la clase de Caligrafía, en un momento en que Urakawa se ausentó del pupitre, le escondieron el pincel. Cuando volvió, se puso a buscarlo como loco por todos lados.

—¿Se puede saber qué te pasa, Urakawa? —lo reprendió el profesor.

Presa de los nervios, Urakawa no sabía qué decir.

—Mi pincel…

—¿Qué le pasa a tu pincel?

—Es que no lo encuentro.

—¿No lo has estado usando hasta ahora? Búscalo bien.

Ya no sabía dónde mirar, pero a sabiendas de que no lo iba a encontrar se agachó de nuevo para hacer como si buscara debajo de la mesa. En ese momento, una mano salida del asiento de al lado o de delante depositó el pincel en el pupitre de Urakawa. Cuando este levantó la cabeza, lo vio encima de la mesa y se dio cuenta de que le habían gastado una broma. Los de las mesas más cercanas estaban todos absortos en la caligrafía. No había manera de saber quién había sido.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó el profesor, a lo que Urakawa no tuvo más remedio que contestar:

—Sí, estaba encima de mi mesa.

—¿Cómo dices? Mira que eres despistado. A ver si espabilas.

Y es que, al final, siempre era Urakawa el que se llevaba la regañina del profesor.

Además de por su penoso atuendo o por su pobre desempeño académico, había otra razón por la que sus compañeros se burlaban de él. En general, la ropa que vestía, las cosas que tenía, e incluso su forma de reír o de hablar, eran las propias de alguien de extracción humilde y algo pueblerina. Sus padres regentaban una tienda de tofu, mientras que la mayoría de sus compañeros de clase eran hijos de conocidos empresarios, funcionarios, catedráticos universitarios, médicos o abogados. En comparación con la sofisticación de aquellos chicos y chicas de buena familia, las maneras de Urakawa resultaban poco depuradas y hasta paletas. Nadie lavaba el uniforme en casa —todo el mundo lo llevaba a la lavandería— ni utilizaba una tela vieja recortada a modo de pañuelo, como hacía él.

Cuando hablaban del estadio Jingu de béisbol, Urakawa solo conocía los asientos situados en las gradas más elevadas y alejadas del *outfield*

porque nunca había estado en los mejores asientos pró ximos al *infield*, donde solían sentarse sus compañeros. Y, mientras que estos eran asiduos de las mejores salas de cine de la ciudad, Urakawa solo iba a los cochambrosos cines de las afueras. A Ginza iba quizá con suerte una vez cada dos años y apenas sabía nada de aquel barrio. Si la conversación versaba sobre los lugares de veraneo, las pistas de esquí o los *resorts* de baños termales, Urakawa no podía decir nada, así que se quedaba callado, sin más remedio que permanecer al margen de los demás.

Urakawa se sentiría triste y rabioso cuando sus compañeros lo excluían de las conversaciones o lo acosaban, pero, desde que supo que mostrar tristeza, rabia o enfado espoleaba la ferocidad del acoso, parecía que procuraba no manifestar sus sentimientos haciendo como si no pasara nada.

Sufriera la afrenta que sufriera, pasaba página maquillando su humillación

con una sonrisa amarga. La mayoría de sus compañeros empezó a creer que a Urakawa se le podía hacer cualquier cosa sin llegar a soliviantarlo y las bromas se fueron haciendo cada vez más constantes y pesadas. A pesar de ello, la actitud de Urakawa no cambió. Pero ahora, cuando lo pasaba realmente mal, ya ni siquiera sonreía. Se quedaba mirando fijamente al acosador conteniendo a duras penas las lágrimas. Después, rendido e impotente, se marchaba del lugar sin decir nada. Sin embargo, a pesar de que en esos momentos su mirada rebosaba tristeza, no había rastro de odio en ella.

—No os odio ni pretendo haceros nada malo. Ni siquiera pienso en molestaros. Siendo así, ¿por qué me tratáis mal y me hacéis sufrir constantemente? ¿Por qué no me dejáis en paz? —parecía decir cuando se quedaba mirando a su acosador.

Y es que aquella mirada atravesada de dolor pero carente de odio despertaba el arrepentimiento en el corazón de los compañeros menos insensibles. Eso hizo que los que en el fondo carecían de maldad, pero que arrastrados por el ambiente también le habían gastado alguna que otra broma a Urakawa, dejaran de mofarse de él. Pero el grupito de Yamaguchi y sus amigos seguían acosándolo sin tregua y eran cada vez más despiadados con él.

Fue entonces cuando tuvo lugar un incidente. Aquello también sucedió el otoño pasado.

La celebración de la reunión del curso se había acordado para el mes de noviembre y los miembros del comité encargado elaboraron un programa en líneas generales: una presentación inicial, varios discursos, lecturas y música, en ese orden; a continuación, algunos espectáculos, tés y dulces y, finalmente, la clausura. En la hora de la asignatura con el tutor, el profesor Okawa dedicó la segunda mitad de la clase a la elección de los alumnos que pronunciarían los discursos o participarían en los espectáculos.

Después de repartir las papeletas de voto, el profesor Okawa le dijo a Kawase, el delegado de clase, que recogiera todas las papeletas cuando terminasen de escribir el nombre del candidato y se marchó excusándose por unos asuntos que debía atender, no sin antes advertir a los alumnos de que permanecieran en silencio, ya que en las demás aulas seguían estando en clase.

Todos comenzaron a pensar en su candidato mirando la papeleta. Koperu también estuvo pensando un rato con el lápiz en la mano. Entonces, le pasaron una nota. Era uno de esos papelitos con mensaje que los alumnos se solían ir pasando por debajo de la mesa a escondidas del profesor en medio de alguna clase. Pero, como en aquel momento no había ningún profesor, se la estaban pasando a la vista de todos.

El papel llevaba escrito el siguiente mensaje:

Votad a Aburage para el discurso.

No se sabía quién lo había escrito, pero era seguro que había sido alguien del círculo de Yamaguchi. Pretendían que Urakawa subiera al estrado para ridiculizarlo, humillarlo delante de todos y reírse de su

reacción. Leyó el mensaje y, sin más, se lo pasó al siguiente, pero no pensó hacer lo que decía la nota.

Aquel trozo de papel fue pasando de mesa en mesa. Koperu aún no había decidido a quién votar, pero de pronto se dio cuenta de que la nota le llegaría a Urakawa y de que este se sentiría humillado al saber que sus amigos lo llamaban Aburage a escondidas.

«¡Claro! Ver su reacción cuando lea la nota es parte del plan de Yamaguchi y los suyos», dedujo Koperu. Alzó la cara y buscó la nota. Vio que ya estaba a dos o tres mesas de Urakawa. Mientras la seguía con la mirada, el papel terminó llegando a las manos de Urakawa. Koperu se sentaba en las filas de atrás, por lo que no le pudo ver la cara cuando leyó la nota. Pero sí que vio cómo torcía ligeramente la cabeza como si no entendiera el significado de aquel mensaje. En ese momento, Yamaguchi, que se sentaba a su lado, giró la cabeza y miró hacia atrás, y, al tiempo que miraba de soslayo a sus amigos, sacó la lengua y le hizo una mueca a Urakawa. Este, que seguía sin entender nada, pasó la nota a la mesa de detrás. Yamaguchi le volvió a sacar la lengua.

La nota continuó viajando por las mesas hasta que llegó a la de Yamaguchi, que, haciendo un ademán de falsa sorpresa, leyó el mensaje en voz alta para que lo oyeran todos:

—Vo-tad-a-A-bu-ra-ge-pa-ra-el-dis-cur-so. ¿Abu rage? ¿Quién es ese? —

Se escucharon risitas aquí y allá. Yamaguchi estaba triunfante—. ¿Me pregunto quién será ese tal Aburage? —volvió a decir. Y sin más, le soltó a Urakawa—: Oye, Urakawa, ¿tú sabes quién es Aburage?

La confusión de Urakawa era evidente. Deso rientado y medio avergonzado, negó con la cabeza mirando a Yamaguchi.

—No, no lo sé.

Los amigos de Yamaguchi soltaron una enorme carcajada. Otros compañeros también rieron a voces. No hizo falta más. Urakawa se dio cuenta de todo y se quedó demudado. «¡El negocio de mis padres, mi *bentō*!

¡Eso es, Aburage soy yo!».

Urakawa se iba poniendo cada vez más colorado. Hasta Koperu pudo ver lo rojas que se le ponían las orejas.

En ese momento se oyó el golpe seco de una silla que caía al suelo con fuerza. Gatchin se había puesto de pie.

—¡Yamaguchi! ¡Eres un cobarde! —gritó Kitami, indignado.

—¡Deja ya de abusar de los débiles!

Yamaguchi miró por encima del hombro a Kitami, levantó desafiante el mentón y sonrió con desprecio. Kitami, con pinta de no poder contenerse, se fue directo a la mesa de Yamaguchi.

—Sé muy bien que fuiste tú quien se inventó lo de Aburage.

—¡Bah! ¡A mí qué me cuentas!

—Entonces, ¿por qué le has sacado la lengua?

—A ti qué te importa.

Pero antes de que terminara aquella frase, ¡plas!, Kitami le propinó un

sonoro guantazo en la cara a Yamaguchi. Yamaguchi palideció. Se quedó mirando con odio a Kitami y, de repente, le lanzó un escupitajo, que hizo blanco en la cara de Ki tami.

—¡Te vas a enterar! —gritó Kitami, y su cuerpo de bulldog saltó sobre el pecho de Yamaguchi.

La silla cayó al suelo y los cuerpos entrelazados de los dos corrieron la misma suerte entre las mesas. Yamaguchi quedó tumbado bocarriba, y Kitami, a horcajadas encima de él. Yamaguchi era mucho más alto que Kitami, pero, en cuanto a fuerza, no tenía nada que hacer contra este.

Yamaguchi se revolvió para zafarse, pero le fue imposible. En un abrir y cerrar de ojos, Kitami le golpeó la cabeza a Yamaguchi varias veces con los puños. Después, lo agarró por la pechera y lo zarandeó arriba y abajo. En cada envión, la cabeza de Yamaguchi golpeaba el suelo haciendo ruido.

Hasta ahí, Koperu pudo presenciar la pelea desde su asiento. Pero al instante siguiente toda la clase estaba en pie y se arremolinó rodeando a los contendientes. Koperu también se acercó corriendo, pero ya había demasiados compañeros delante y no pudo ver lo que estaba sucediendo.

Cuando finalmente pudo hacerse un hueco a empujones entre sus compañeros, se encontró con una escena totalmente inesperada.

En un estrecho hueco entre las mesas, Yamaguchi seguía tumbado bocarriba, clavándole, a pesar de ello, una mirada feroz a Kitami, que seguía sujetando con fuerza a Yamaguchi contra el suelo. Pero, ahora, Urakawa estaba abrazando por la espalda a Kitami.

—Kitami, déjalo ya. Ya es suficiente, no sigas más —le decía mientras trataba de impedir que siguiera golpeando a Yamaguchi. Urakawa estaba a punto de llorar—. Te lo ruego, perdónalo, ¿vale?

Kawase, el delegado, también trató de calmar a Kitami. Con la

respiración entrecortada y sin decir una palabra, Kitami le aguantaba la mirada a Yamaguchi.

En ese momento se escuchó la voz del profesor:

—¿Qué estáis haciendo? —Todos se miraron, en silencio—. Volved a vuestras mesas.

Cuando comenzaron a moverse, Kitami soltó a Yamaguchi y se levantó.

Una mano de Kitami sangraba. A pesar de encontrarse en una posición de inferioridad, Yamaguchi le había clavado las uñas con todas sus fuerzas.

Después de que Kitami se encaminara a su mesa, Yamaguchi también hizo lo propio con gesto evidente de enfado.

El profesor Okawa habló cuando todos estuvieron sentados.

—¿En qué estáis pensando? Os lo advertí claramente y, aun así, habéis montado este escándalo en cuanto me he ido. ¿Acaso es esta la actitud que se espera de unos alumnos de secundaria? Si hubieseis sido realmente conscientes de que en las demás aulas están en clase, no habríais armado este jaleo. Estoy muy decepcionado —dijo y, mirando alternativamente a Yamaguchi y a Kitami, continuó—: Hay realmente pocas disputas que se tengan que resolver recurriendo a la violencia. ¿Por qué os habéis peleado?

—Ninguno de los dos dijo nada—. Está bien. Os lo preguntaré más tarde.

Pero decidme quién empezó.

—Yo —dijo Kitami sin titubear.

—Entiendo. Así que fuiste tú quien empezó. ¿No habrías podido resolverlo hablando?

—Creo que no.

—¿Puedes contarme qué fue lo que pasó? Me cuesta creer que alguien como tú pegue a un compañero sin motivo.

—…

—Vamos, di. ¿Por qué le pegaste?

—…

Kitami seguía callado.

—Cuéntame la verdad. Está claro que empezaste tú y provocaste este alboroto. Es evidente que hiciste algo que no debías. Pero aún eres joven y te estás formando como persona. No pienso reprenderte más

de lo estrictamente necesario porque fueras incapaz de controlar un arrebato de ira. Si crees que tienes suficientes razones como para que piense que no te quedó más remedio, lo único que te pediré es que no lo vuelvas a hacer.

Pero sé sincero y cuéntame lo que pasó.

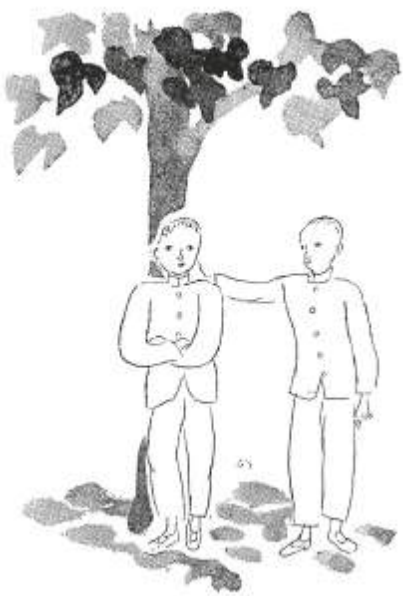
Ni por esas. Kitami permanecía en silencio con la cabeza gacha. Koperu no entendía por qué Kitami no decía nada. Estaba casi seguro de que se libraría de la bronca del profesor si le contaba la verdad y dejaba al descubierto la vileza de Yamaguchi y los suyos.

—¿No vas a decir nada? Está bien. Entonces, te preguntaré a ti, Kawase.

Cuéntame exactamente lo que viste.

Justo cuando el profesor dijo eso, sonó la campana que anunciaba el final de la clase. El profe sor ordenó a Yamaguchi, Kitami y Kawase quedarse con él en el aula, y a los demás, que salieran al patio.

En el patio, Koperu no podía parar de pensar a qué conclusión llegaría el profesor tras las indagaciones. Así que se pasó todo el recreo hablando con Mizutani, debajo del parasol chino que había cerca de la puerta del edificio, esperando impaciente a que los tres salieran del aula.



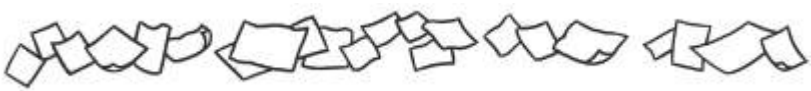
Finalmente, los tres aparecieron cuando ya estaba a punto de comenzar la siguiente clase. Kawase fue el primero en salir. Estaba muy serio. Todos lo rodearon y le preguntaron ansiosos cuál había sido la sentencia del profesor.

Después, apareció Yamaguchi, todavía de morros. Cuatro o cinco amigos se le acercaron corriendo desordenadamente y estuvieron cuchicheando entre ellos. Pero al poco rato se fueron a otra parte flanqueando entre todos a Yamaguchi.

El último en salir fue Kitami. Salió silbando con gesto alegre. Koperu se tranquilizó. Estaba claro que el profesor no le había regañado demasiado.

Urakawa fue corriendo a su encuentro antes que nadie. Estuvo un rato preguntándole cosas con ademanes de preocupación, pero pareció que Kitami lo había tranquilizado, porque, acto seguido, Urakawa miró a los demás con una cara de felicidad que Koperu nunca le había visto.

Según contó Kawase, el profesor se había enterado de todo gracias a su



explicación y Yamaguchi se llevó una bronca importante. Kitami también fue reprendido, pero el profesor había sido menos duro con él.

Aquel día, Koperu hizo parte del camino de regreso a casa con Kitami.

Le preguntó por qué no respondió cuando el profesor le pidió que contara lo que había pasado, a lo que Kitami contestó:

—Si hubiera hablado, habría quedado como un chivato. Y yo no soy ningún chivato —dijo, y se frotó la cara con la mano en la que llevaba puesta la tirita.

Cuando llegaron a la estación de tren y se iban a despedir, Koperu le dijo a Kitami:

—¿Por qué no vienes a jugar a mi casa este domingo? Vendrá también Mizutani.

El cuaderno del tío

Sobre la experiencia de la verdad

Querido Koperu:

El «Caso aburage» que me contaste ayer, todo emocionado, me pareció muy interesante. Aunque no esperaría otra cosa de ti, me sentí orgulloso de que estuvieras de parte de Kitami y te compadecieras de Urakawa. Imagínate la decepción que nos hubieras causado a tu madre y a mí si fueras de la pandilla de Yamaguchi y que tras la bronca del profesor te hubieses ido a una esquina del patio con él, cuchicheando quién sabe qué.

Desde lo más hondo de nuestro corazón, tu madre y yo deseamos que llegues a ser una persona digna de admiración. El último deseo de tu padre fue precisamente este. Por eso, cuando veo que rechazas las conductas viles,

rastreras y retorcidas, y muestras admiración por los espíritus rectos, valientes y honrados, no puedo dejar de sentir —cómo decirlo— una especie de alivio.

No te lo he contado nunca, pero tu padre, tres días antes de fallecer, me llamó a su lado, me pidió que me hiciera cargo de ti y me confesó lo que esperaba de ti:

—Quiero que llegue a ser un hombre admirable, digno como ser humano.

Así que dejo aquí, negro sobre blanco, aquellas palabras de tu padre. Debes guardarlas en lo más hondo de tu ser y no olvidarlas jamás. Yo también las llevo muy adentro de mí y me he prometido recordarlas siempre. En realidad, aquellas palabras de tu padre son la razón por la que te escribo todas estas cosas en este cuaderno, con la esperanza de que las leas algún día.

Estás empezando, poco a poco, a reflexionar en serio sobre el mundo y la vida.

Por eso, será mejor que deje de hablar contigo en tono de broma sobre estos asuntos y lo haga ya seriamente. Y es que uno nunca podrá llegar a ser un hombre como debe ser sin tener las ideas claras sobre lo que debe ser.

Dicho esto, nadie puede explicar en pocas palabras lo que es el mundo y lo que significa que las personas vivan en él. O, en todo caso, si hubiera alguien capaz de hacerlo, nadie podría aceptar fácilmente sus

explicaciones. El inglés, la geometría o el álgebra son conocimientos que te podría enseñar. Sin embargo, qué significa que los humanos formen sociedades y que cada individuo desarrolle su vida en ellas, o qué valor tiene todo eso, son asuntos que no te puedo enseñar. Porque las respuestas a estas preguntas las tendrás que ir encontrando tú mismo a medida que vayas creciendo o, más bien, a base de seguir estudiando y aprendiendo incluso cuando seas un adulto hecho y derecho.

Sabes que el agua está hecha de oxígeno e hidrógeno y, también, que su proporción es de dos a uno. Estas cosas se pueden explicar claramente con palabras, así como ser constatadas en un experimento en clase para convencernos de ello. Pero cuando se trata del sabor del agua fría, por ejemplo, a menos que tú mismo la pruebes directamente, no hay manera de que te lo haga saber. Por mucho que alguien nos lo trate de explicar, solo quienes hayan probado el agua fría conocerán su sabor. De igual manera, es imposible explicar cómo es el color rojo a un ciego de nacimiento. Los colores solo los pueden conocer quienes los hayan visto con sus propios ojos. En la vida, abundan este tipo de cosas.

Por ejemplo, el disfrute que nos procura la pintura, la escultura o la música

solo está al alcance de quienes lo hayan experimentado. Quienes nunca hayan estado en contacto con arte de calidad no lo entenderán jamás, por mucho que se lo tratemos de explicar. Especialmente, con las manifestaciones artísticas ocurre que no basta con tener vista y oído. Es necesario abrir los ojos y los oídos del espíritu para disfrutar de ellas. Resulta, además, que la única forma de abrir esos ojos y oídos del espíritu es entrando en contacto con buenas obras de arte y quedando cautivados por ellas. Máxime, si lo que se pretende es entender qué sentido tiene que existamos en este mundo como personas, lo único que se puedes hacer es vivir una vida auténtica como ser humano y sentir las respuestas en el corazón. Nadie, por muy sabio e importante que sea, nos puede ofrecer esas respuestas.

Por supuesto, ha habido muchos importantes filósofos y monjes budistas que nos han legado palabras llenas de profunda sabiduría. Incluso hoy en día, todos los literatos e intelectuales que verdaderamente se pueden considerar como tales dedican un gran esfuerzo a reflexionar sobre estas cuestiones, allí donde no llegan los ojos de la gente, y vierten sus ideas en sus obras y tesis. Aunque no den sermones como los monjes budistas, sus escritos contienen en el fondo este tipo de sabiduría. Por eso, tendrás que ir conociendo las

ideas de esos pensadores a través de sus obras; sin embargo, en última instancia, deberás ser tú mismo y nadie más —querido Koperu— quien encuentre la llave última. Tienes que vivir tu vida, y solo sobre la base de tus propias reflexiones acerca de las diversas experiencias lograrás comprender también las verdades que contienen las palabras de los grandes pensadores. De ningún modo es como cuando se aprenden matemáticas o ciencias simplemente a través de la lectura.

Por eso, pienso que la clave para estas cuestiones es que desarrolles el hábito de reflexionar sobre el significado de lo que hayas sentido de verdad o sobre lo que sinceramente te haya conmovido. No debes adulterar una pizca los sentimientos honestos y las impresiones sinceras. Trata de analizar seriamente qué has sentido en ciertas situaciones. Si haces esto, en algún momento y en algún lugar, reconocerás en las experiencias irrepetibles y únicas que te emocionen significados que trascienden el momento. Y esos significados son los verdaderos frutos de tu reflexión. Dicho de una forma un poco más difícil: habitúate a reflexionar honestamente a partir de tus propias experiencias.

Quiero que sepas, ¡mi querido Koperu!, que esto es realmente importante. Si no

eres completamente honesto en este punto, por mucho que trates de pensar y decir cosas importantes, todo resultará falso.

Tu madre y yo, igual que tu padre ya fallecido, queremos que llegues a ser una persona digna de respeto. Deseamos, por encima de cualquier otra consideración, que tengas ideas claras sobre el mundo y sobre lo que significa vivir como persona y que, asimismo, vivas honestamente acorde con dichas ideas. Precisamente por eso, me gustaría que reflexionases tranquilamente sobre las cosas que te acabo de decir y las digirieras con calma.

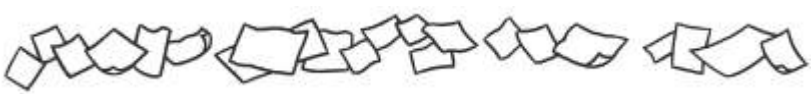
Aunque tanto tu madre como yo tengamos grandes esperanzas depositadas en ti, esto no significa que queramos que tu expediente académico sea sobresaliente, que seas educado y formal y que tus profesores y amigos te consideren un alumno de secundaria intachable. Ni te estamos pidiendo que de mayor llegues a ser alguien del que nadie hable mal, o que te conviertas en una persona sin defectos. Claro que es preferible sacar buenas notas y no ser un maleducado, y que cuando seas adulto y trabajes nadie critique tu vida. Pero eso no es lo único importante. Hay otras cosas mucho más importantes.

Desde que estás en primaria, has aprendido mucho en la asignatura de Ética.

Tienes bastantes ideas sobre el conjunto de normas que debes observar como persona. Ninguna sobra. Por eso, es indudable que, tal como os han enseñado, una persona honesta, aplicada y trabajadora, con dominio de sí misma, cumplidora de los deberes, con sentido cívico, amable, que no despilfarra, etc., sería irreprochable. Alguien con un carácter tan perfecto sería respetado por los demás y sería merecedor del respeto. Sin embargo, lo que realmente debes valorar está un paso más allá.

Si te limitases a actuar simplemente de acuerdo con las normas de conducta que te inculcaron en el colegio y que también están bien vistas en la sociedad, es decir, a comportarte como te han dicho que lo hagas y a vivir como te han dicho que debes vivir —atención, Koperu, nunca llegarías a ser una persona auténtica.

De pequeño, basta con seguir las normas. Pero, a tu edad, ya no es suficiente con eso. La clave está en que, antes de considerar lo que valoran o esperan los demás de ti, tú mismo debes ser consciente, en lo más hondo de tu ser, de en qué consiste realmente la grandeza de las personas. Después deberás, honestamente, querer ser una persona como debe ser. Que tengas claro lo que está bien y lo que está mal, y que cada decisión que tomes y cada acción que



decidas llevar a cabo estén sólidamente asentadas en sentimientos auténticos que broten de tu corazón. Como suele decir tu amigo Kitami, «digan lo que digan…», hay que tener convicciones firmes.

Sin ellas, por mucho que nosotros deseemos que llegues a ser una gran persona y que tú mismo lo pretendas, llegarás, a lo sumo, a parecerlo; pero nunca a serlo. Hay mucha gente que solo pretende quedar bien a ojos de los demás, que solo se preo cupa por la imagen que muestra. Esta gente suele descuidar su yo auténtico. No me gustaría que fueras así.

Por eso, Koperu, quiero insistir en esta idea: cuida como el mayor de los tesoros tus sentimientos auténticos y las cosas que te conmuevan verdaderamente. Ten esto siempre presente y reflexiona sobre el significado de esos sentimientos.

Quizá lo que hoy te he escrito sea aún algo difícil de comprender para ti. Pero, dicho resumidamente, lo esencial es esto: mientras acumulas experiencias, esfuérzate en todo momento por escuchar la franca voz de tu corazón.

Acuérdate siempre del «Caso aburage».

¿Qué fue lo que tanto te emocionó?

¿Por qué te cautivó la actitud de Kitami?

¿Por qué te conmovió de aquella manera ver a Urakawa tratando de evitar que Kitami siguiera golpeando a Yamaguchi?

Por último, opinas que Urakawa es excesivamente apocado y pusilánime. Yo también lo creo. Si fuera más valiente, no le machacarían de esa manera. Pero, no obstante, alguien que estando en su situación pudiera plantarles cara sin acobardarse a Yamaguchi y sus amigos sería un auténtico héroe. Me parece un error reprocharle a Urakawa no ser un héroe. Somos los demás los que debemos ser comprensivos con gente como él. Sobre todo, cuando el propio Urakawa demostró su bondad y generosidad hasta el punto de pedir que perdonaran a alguien como Yamaguchi, que se lo hace pasar tan mal.

3

y la leche en polvo

El domingo que quedaron fue un precioso día soleado de otoño.

El plan era que Mizutani y Kitami comieran temprano y que a las 13.00 h estuvieran en casa de Koperu, que estuvo inquieto toda la mañana.

Durante la comida, sentado a la mesa frente a su madre, se sintió todo el tiempo nervioso pensando en que en cualquier momento podía sonar el timbre anunciando la llegada de sus amigos. Entre bocado y bocado, mientras masticaba, no paró de mirar el reloj de pared. Su madre, por fin, le dijo riendo:

—Come tranquilo, hombre. ¿Cuántas veces vas a mirar el reloj? Creo que lo has hecho unas quince veces.

—No es verdad —replicó, sonrojándose ligeramente—. Como mucho, diez.

—Te parecerán pocas. ¡Ahí vas otra vez, lo has vuelto a mirar!

—No, no. Solo he mirado el calendario. Estás siendo injusta conmigo, mamá.

—Anda ya. En cualquier caso, tómate todo el té, ¿vale? Si no, no vas a terminar de tragar la comida. Y deja ya de preocuparte. Vendrán enseguida.

Terminó de comer. Eran las 12.40 h. Se tumbó en la sala de estar y leyó en la prensa los artículos de opinión sobre la liga de los seis equipos universitarios —las 12.46 h—. A continuación, repasó todos los manga dominicales —las 12.50 h—. Después, leyó una crónica sobre una visita al zoo —las 12.53 h—.

—Aaah…

Lanzó el periódico con desgana y soltó un quejido lastimero.

—¿Qué estarán haciendo?

Su madre lo oyó y no pudo contener la risa.

—Pues sí que estás ansioso. Estoy expectante por saber qué clase de personas ilustres has invitado. No sé si seré capaz de complacerlas con mis artes culinarias.

La aguja larga del reloj se iba aproximando a las doce. Finalmente, sonó

un «clic» y el reloj emitió un único «pooom». Era la una. Desesperado, Koperu decidió ir a buscarlos a la estación de tren. Pero justo en ese momento sonó el timbre de la entrada en la habitación de la criada.

Cuando llegó corriendo a la entrada, vio a Kitami plantado allí. Se le veía con gesto triunfante por haber sido tan puntual. Unos quince minutos más tarde, llegó Mizutani.

Hasta casi las tres, todos jugaron en la habitación de Koperu, en la primera planta de la casa: a las cartas, al *crokinole*, al *shogi*, el ajedrez japonés, a Sherlock Holmes… Lo pasaron fenomenal. Cuando jugaba con Mizutani se divertía mucho, pero solían estar tranquilos; con Kitami, la reunión estuvo mucho más animada. Los tres perdieron la cuenta de las veces que se rieron a carcajadas. Cuando más o menos hubieron jugado a todo lo que podían en la habitación, Koperu dijo:

—¿Queréis escuchar la retransmisión del partido del Waseda contra el Keiō?

—¿Te refieres a escuchar una grabación?

—No, me refiero a una emisión de radio en directo. La hago yo.

—¿En serio?

Koperu levantó la caja de la radio y la puso encima de la mesa. Acto

seguido, se cubrió la cabeza con una tela y se agachó detrás de ella.

A los pocos segundos, comenzó la retransmisión:

—Bajo el azul cielo despejado y el viento en calma, no hay rastro de polvo en el aire límpido del estadio Jingu. La gran bandera de Japón apenas ondea en las gradas del fondo del jardín en una jornada más que propicia para un gran partido de béisbol. Es un día perfecto para este deporte, señoras y señores.

—¡Muy bien, Koperu! —lo animó Kitami.

—¡El coloso de Jōhoku, Waseda! ¡La maravilla de Jōnan, Keiō! —

continuó con un tonillo algo pretencioso—. ¡El enfrentamiento épico entre

estos dos grandes lleva siendo considerado lo mejor del béisbol patrio durante los últimos 30 años! Ni que decir tiene que este partido vuelve locos a los millones de amantes de este deporte de todo el país. El honor del *alma mater*, la ilusión de los compañeros, el peso de los 30 años de tradición… Cuando uno echa la vista atrás, este duelo… —Se entendía por qué se había ofrecido. Lo hacía francamente bien—. Restan apenas 30

minutos para el arranque del partido y el estadio Jingu es un auténtico hervidero de ilusión y emoción. Desde primeras horas de la mañana, las imponentes gradas que rodean el terreno de juego están repletas de decenas de miles de espectadores. En estos prolegómenos del juego, ya no cabe un alfiler en toda la grada. Los conjuntos de apoyo de ambos equipos abarrotan los asientos numerados del interior y del jardín. La hinchada del Keiō ocupa las gradas del lado de la tercera base, y la del Waseda, el flanco de la primera. Con el apoyo de sus respectivas bandas de música, no han parado de animar los momentos previos del encuentro…

—¿Cuándo salen los jugadores? —preguntó Mizutani.

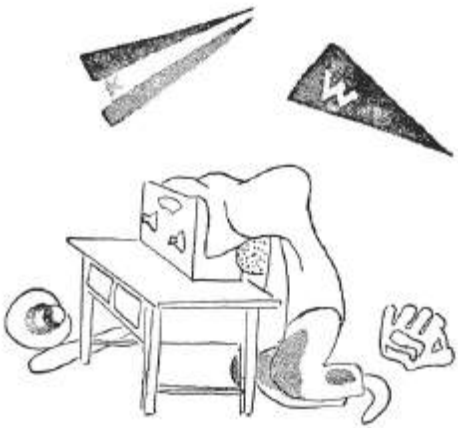
—Ahora voy —contestó la radio.

—Por el lado de la primera base aparece el Waseda. Entran los jugadores al terreno de juego. Todos van vestidos con la misma sudadera gris. ¡El público se levanta en las gradas! ¡Todo el estadio en pie, señoras y señores!

Escuchen el sonido ambiente. Los aplausos son atronadores. Se levanta

el coro del Waseda y comienza a sonar el himno para recibir a los jugadores.

Koperu empezó a cantar ahuecando la voz.



«El cielo azul, el sol en alto.

El brillante legado, nuestro honor».

Enseguida, Kitami se unió a Koperu:

«Arde el espíritu en el corazón de los elegidos.

El trono soñado…».

No era fácil emular entre dos el coro de toda una hinchada. Kitami rozaba el grito:

«Waseda.

Waseda.

Campeón, campeón, Waseda».

—¡Y ahora llegan los jugadores del Keiō por el lado de la tercera base!

Pisa el campo el Keiō, todos los jugadores detrás del entrenador, Morita. Es el turno del coro del Keiō. Escuchen, señoras y señores. Es un coro fantástico.

Esta vez, empleó un tono más agudo:

«Sangre nueva, corazones ardientes.

Nuestro legado, nuestro orgullo».

De pronto, Mizutani se le unió, cantando con voz clara:

«Héroes de nuestra esperanza, aquí presentes.

Fuerza que avanza hacia la victoria.

Siempre nueva.

Mirad a los elegidos…».

La radio continuaba su emisión:

—Ambos equipos han comenzado con el calentamiento. Los jugadores del Waseda se reparten por el campo. Comienza el bateo libre. Repasemos ahora el historial de enfrentamientos entre estos dos equipos. En el año 38

de la era Meiji…

—Eso sobra —interrumpió Kitami.

—Es que sin este repaso no parece un Waseda-Keiō —se quejó la radio.

—Qué más da. Es mejor que el partido empiece cuanto antes.

—¿Tú crees? Bueno, vale… —dijo la radio y pareció algo decepcionado por no poder alardear de sus conocimientos. Aun así, satisfizo rápidamente la petición de Kitami—. Los dos equipos han terminado con sus ejercicios de bateo y defensa. El partido está a punto de comenzar. Comienza a la ofensiva el Waseda y el Keiō ocupa las posiciones defensivas. El lanzador del Keiō, Kusumoto, ha subido al montículo. Se le ve con una sonrisa. El primer bateador del Waseda, Satake, se coloca en el cajón de bateo. *Play Ball*! ¡Comienza el partido!

De repente, Koperu aulló con una voz extraña:

—Uuuu, uuuu, uuuu… —Simulaba el sonido de la sirena.

Así comenzó el partido, pero el encuentro se fue complicando a medida que avanzaba. En las primeras entradas, ningún equipo logró puntuar, pero a partir de la cuarta, tras adelantarse el Waseda logrando el primer punto, ambos equipos conectaron *hits*, completaron

carreras hasta la base y sumaron puntos en cada entrada.

Cada vez que el Keiō anotaba un tanto, Kitami decía:

—Bah, eso no puede ser.

Y Koperu hacía que el Waseda ganara uno o dos puntos gracias a fallos

del Keiō. Pero, cuando eso sucedía, era Mizutani el que protestaba:

—Es imposible que el Keiō cometa esos errores.

Al narrador del partido no le resultaba fácil ir desarrollando el encuentro para que los dos estuvieran satisfechos. No tenía más remedio que convertirlo en una loca sucesión de remontadas: un equipo puntuaba y el otro lo igualaba; este remontaba y volvía a empatar el primero, y así hasta que llegaron a la segunda mitad de la novena entrada. El Waseda en defensa y el Keiō a la ofensiva. El primero aventajaba el partido en un punto.

—¡Un corredor en la primera base y otro en la tercera! ¡Se dirige al cajón de bateo Kachikawa, el capitán del Keiō! ¡Un auténtico as que defendiendo no tiene rival por su agilidad y bateando asume la gran responsabilidad de la tercera posición en el orden de bateo! Aunque ya suman dos *outs*, con un *hit* podría igualar el encuentro, si logra que avance a *home* el corredor de la tercera base. El conteo sobre el bateador es de un *strike* y tres bolas malas.

No obstante, no es descartable que el experimentado Wakahara lance una cuarta bola mala aposta para evitar el enfrentamiento directo con Kachikawa y espere al siguiente bateador.

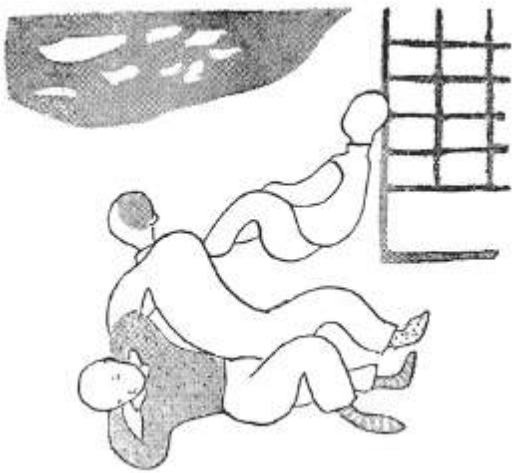
—¡Venga ya! ¡Tiene que eliminarlo con tres *strikes*! —gritó Kitami.

—Wakahara se coloca en la goma. Levanta los brazos por encima de su cabeza y se prepara para lanzar la quinta bola. Lanza. ¡Buen bateo! La bola coge impulso y se eleva con ganas hacia el ala izquierda del estadio. El jardinero izquierdo retrocede a toda velocidad. Sigue retrocediendo. ¡La bola le sobrepasa y golpea el muro a los pies de la grada! ¡Anota carrera a *home* el corredor de la tercera base! El de la primera avanza como una exhalación. Deja atrás la tercera base y alcanza el home. *Home in!*

¡Remontó el Keiō, gana el Keiō, ganó el Keiō! Kachikawa conectó un impresionante *hit*, avanzó tres bases y logró los dos tantos definitivos

de la remon tada. Uuuu, uuuu, uuuu…

Sin embargo, la sirena no pudo terminar de anunciar el final del encuentro porque Kitami se levantó y se abalanzó sobre Koperu.



—¡Cállate, maldita radio! —dijo, y sujetó la cabeza de Koperu sin quitarle la tela que lo cu bría.

—¡Oh, tenemos un problema! ¡Tenemos un problema! —gritó Koperu debajo de la tela—: Ha aparecido un exaltado, señoras y señores.

—Cierra el pico, maldita sea. ¡A callar!

—El exaltado es… Es… ¡Es un aficionado del Waseda!

—¡Charlatán!

Kitami reía con la cara colorada y aplastó a Koperu contra el suelo cogiendo impulso en cada empellón. Koperu continuó narrando debajo de Kitami:

—El exaltado… está obstaculizando… la emisión. ¡Este narrador… se está jugando la vida… en esta transmisión!

Kitami estalló en una carcajada. Aprovechando la coyuntura, Koperu intentó ponerse de pie. Los dos se agarraron y se desplomaron juntos a un lado del escritorio. La caja de la radio estuvo a punto de caerse de la mesa, pero Mizutani se lanzó veloz y evitó la caída en el último instante.

Kitami soltó las manos y Koperu sacó la cabeza por debajo de la tela. Los

dos seguían riéndose a carcajadas, tirados en el suelo. La cabeza de Koperu estaba encima de la tripa de Kitami, y, cada vez que este se reía, sus vibraciones se transmitían a la cabeza de Koperu.

—Estoy agotado.

Koperu se tumbó emulando un gesto de extenuación. Kitami también dejó caer los brazos y descansó. Mizutani emitió un leve gemido y se echó cerca de los dos.

Los tres permanecieron un rato tumbados sin decir nada. Ya ni siquiera necesitaban hablarse. Solo estar así, tumbados, les resultaba entretenido.

Fuera, el sol iluminaba un espléndido día de otoño. Por el resquicio de la puerta corredera, al otro lado del pasillo, se divisaba un trozo de tejado de la vivienda vecina rodeada de árboles del jardín. Allende la barandilla se extendía el cielo azul. Nubes como algodones estirados de formas cambiantes pasaban flotando por aquel cielo. Koperu escuchaba, como embelesado, el sonido del traqueteo remoto del tren.

Kitami y Mizutani se marcharon de noche.

Después de la emisión radiofónica del partido del Waseda contra el Keiō, los tres se fueron a un descampado y estuvieron jugando al *catch-ball* y a batear. Más tarde, regresaron a casa y cenaron animadamente, hasta que cayó la tarde. Entonces, llegó el tío de Koperu a hacerles una visita y la conversación cogió un nuevo impulso, pero tanto Mizutani como Kitami eran aún chavales de primero de secundaria y no podían llegar muy tarde a casa. Cuando el reloj anunció las siete, se levantaron para irse. Koperu y su tío salieron para acompañarlos.

Era una bonita noche de luna. La luna acababa de alzarse y asomaba su faz lustrosa por un lado del grueso tronco de un olmo del Cáucaso. Era una luna luminosa muy propia del 10 de octubre. Los cuatro iban caminando por una calle estrecha y oscura con setos, y la luz de la luna iluminaba y apagaba sus rostros por entre las hileras de olmos. Las tejas brillaban como

mojadas y, sin abrigo, el aire nocturno se sentía casi frío. Al alzar la vista, las altas copas, ya sin hojas, se perfilaban nítidas en el aire claro. El cielo nocturno que se extendía por encima de aquellos

árboles era de un añil tan intenso que casi estremecía. Estrellas como puntadas de agujas brillaban altas y minúsculas en aquel cielo.

«Qué bonito», pensó Koperu.

Era una noche otoñal de aire puro, que tensaba la carne y estimulaba el espíritu y, al mismo tiempo, invitaba a respirar honda y serenamente.

Los cuatro fueron caminando despacio hacia la estación por aquel tranquilo barrio residencial de las afueras de la ciudad. Aún quedaba un trecho hasta que comenzara el bullicio de los alrededores de la parada.

Mizutani le preguntó a Koperu:

—Oye, ¿tú sabrías responder a la pregunta de antes? Me refiero a la historia de Newton.

—Bueno…

—Es que es raro. Yo no lo tengo nada claro.

Mizutani dijo eso y miró la luna. Su luz le iluminó el rostro. Koperu también levantó la cara y la contempló. La luna parecía colgada en medio del cielo. Todo estaba sumido en un extraño silencio. De pronto, Koperu recordó que existía una enorme distancia entre ellos y la Luna —y que la Tierra está ejerciendo una fuerza invisible sobre la Luna salvando esa enorme distancia—.

Koperu tuvo una sensación indescriptible de lejanía. Entonces, le dijo a su tío:

—Tío, ¿nos podrías explicar la historia de Newton de antes?

La historia a la que se refería la había contado su tío tomando fruta después de la cena. Quién sabe por qué, les había preguntado de repente mientras pelaba una manzana:

—Conocéis la historia de la manzana de Newton, ¿verdad? Aquella según la cual la idea de la gravitación universal se le ocurrió tras ver caer una manzana. Pero ¿sabéis cómo llegó a la idea a partir de la observación?

—Ninguno de los tres lo sabía. Entonces, les hizo otra pregunta—: ¿Ni siquiera se os ha ocurrido pensar en ello?

Los tres negaron con la cabeza.

—¿De verdad? —dijo, y pareció algo incrédulo.

En ese justo instante, terminó de pelar la manzana y la piel cayó en la bandeja. El tío dejó de lado la historia de Newton y se concentró en comerla.

—Qué rica. ¿De dónde será?

La conversación se desvió a la comparación de las manzanas de Aomori y Hokkaido. Ni Mizutani ni Koperu tuvieron ocasión de profundizar en aquella historia. Eso era lo que había recordado Mizutani en el camino de vuelta.

El tío también se acordó de eso cuando Koperu le pidió que se la explicara:

—Es verdad. Me quedé a medias con esa historia. —Se detuvo y encendió un cigarrillo de liar. Después, reanudó la marcha y comenzó a hablar—. Esto sucedió poco después de que yo empezara primaria. En un suplemento de un periódico durante las fiestas de Año Nuevo, venía un conjunto de tres láminas de dibujos al óleo en los tres colores primarios: la primera representaba la escena del emperador Buretsu matando a un jabalí de una patada; la segunda, la escena de la madre de Mencio reprendiéndolo, dejando una tela a medio tejer; y la tercera, la escena de Newton observando una manzana que ha caído al suelo. Por supuesto, no tenía ni idea de lo que representaba cada dibujo. Pero mi hermana mayor —tu madre, Koperu— me leyó las explicaciones que venían con las láminas y me las fue detallando una a una. Por entonces, tu madre ya iba a la escuela secundaria femenina. Tendría uno o dos años más que vosotros ahora.

Como sabía leer, las leyó y me las explicó. Recuerdo que, en ese momento, ella me pareció una persona muy sabia.

»A día de hoy, sigo sin saber por qué ese periódico había reunido aquellas escenas en el suplemento. En cualquier caso, se puede entender el significado de los dibujos si a uno le describen lo que representan. Hace mucho tiempo, hubo en Japón un emperador muy valeroso llamado Buretsu, que una vez salió a cazar y mató a un jabalí de una patada. La

madre de un gran sabio chino llamado Mencio reprendió a su hijo, que había vuelto a casa dejando los estudios a medias, y lo mandó de vuelta a la escuela. Un importante científico llamado Newton vio caer una manzana de un árbol e hizo un enorme descubrimiento que se conoce como ley de la gravitación universal. Hasta ahí, lo puede entender incluso un niño de primaria. La historia del emperador Buretsu es quizá las más fácil de entender. La de la madre de Mencio también es bastante evidente: abandonar los estudios a medias es como dejar una tela a medio tejer. Sin embargo, la historia de Newton es diferente. Cuando uno se pregunta el porqué de aquella historia, resulta que no está nada claro.

»Recuerdo que, después de escuchar atentamen te a mi hermana —bueno, a tu madre—, le pregunté: "¿Y por qué?". La puse en un aprieto. Ella trató de hilar una explicación para un niño de primero de primaria a partir de la

relación entre la Tierra y la Luna, la Tierra y el Sol y la que existe entre otros planetas. Todavía lo recuerdo bien. Con la ayuda de bolas de goma y pelotas de ping-pong, se esforzó en hacérmelo entender: "Esta es la Tierra, en la que vivimos. Esta es la Luna. Y, si ocurre esto, pasa lo otro", y así.

Pero, al fin y al cabo, yo era un niño de primero de primaria y aquel esfuerzo cayó en saco roto. Me acuerdo de la extraña sensación con la que la escuché, a medio camino entre la comprensión y la

incomprensión.

Finalmente, se dio por venci da y, con cara de circunstancias, me dijo:

“Estas cosas son todavía difíciles para ti. Lo entenderás mejor cuando seas mayor”. Y ahí se quedó la cosa.

»Antes, cuando me estaba comiendo la manzana…, bueno, no; cuando estaba pelándola, de repente me vino a la memoria aquel episodio.

—¿Y cuándo lo entendiste? —preguntó Koperu, que, en realidad, sentía más curiosidad por saber si a su edad ya lo había entendido.

Su tío continuó:

—Pasó una cosa curiosa. En los últimos años de primaria, ya había comprendido en líneas generales la relación entre la Tierra y la Luna y otros fenómenos sobre el sistema solar que tu madre me había intentado explicar sin conseguirlo. En secundaria, aprendí otros detalles y llegué a tener una idea más o menos clara sobre el asunto. Aun así, seguía sin comprender cómo la caída de una manzana pudo desarrollarse en la cabeza de Newton para acabar alumbrando la idea de la fuerza gravitatoria. Aunque comprendiera a grandes rasgos lo que era la fuerza de gravitación universal o el movimiento de los planetas, aquella pregunta sobre lo que había ocurrido en la mente de Newton siguió sin respuesta.

—¿Y cuándo la encontraste? —Koperu insistió.

Su tío le contestó:

—La pregunta me estuvo rondado la cabeza mucho tiempo, pero se conoce que no estaba tan ávido por encontrar la respuesta. Y así seguí hasta que llegué a la universidad.

—¿A la universidad? —preguntó Koperu, entornando los ojos. Kitami se rio.

—Sí. No lo entendí hasta que llegué a la universidad. Era algo en lo que solo pensaba vagamente y lo dejaba estar. Pensaba: tal vez solo fue que estaba ensimismado dándole vueltas a algún problema de física y, de pronto, cayó la manzana quebrando el silencio. Cuando, sorprendido, volvió en sí, le vino la idea a la cabeza como un rayo que rasga el cielo.

—¿No fue así? —preguntó ahora Kitami.

—El caso es que, según los expertos, existen dudas acerca de la veracidad de la anécdota. No se sabe con certeza qué fue lo que ocurrió en realidad. Sin embargo, cuando en la universidad le pregunté sobre ella a un amigo que estudiaba en la facultad de Ciencias, me contó lo que él creía que pudo haber sucedido en la mente de Newton. Y, por fin, me pareció entenderlo.

—¿Qué explicación te dio?

—¿Lo entenderemos? —Koperu y Mizutani preguntaron uno detrás del otro.

El tío dio tranquilamente una calada al cigarro y siguió:

—Oh, claro que lo entenderéis. Él estaba seguro de que alguna idea se le ocurrió cuando la manzana cayó al suelo. Sin embargo, la clave está en lo que pasa a partir de ese momento.

»La manzana caería, probablemente, de una altura de unos tres o cuatro metros; pero Newton se preguntó qué pasaría si cayese de una altura de diez metros. Por supuesto, la manzana caería igual de cuatro metros que de diez,

¿verdad? ¿Y de quince metros? Igual, ¿no? ¿Qué tal veinte metros? Lo mismo, ¿no es así? Aunque se fuera aumentando la altura progresivamente

—cien metros, doscientos metros, varios cientos de metros—, sin lugar a dudas, la manzana caería según la ley de la gravedad.

»Sin embargo, si se fuera aumentado aún más la altura —varios miles de metros, varias decenas de miles de metros— hasta llegar a la Luna,

¿seguiría la manzana cayendo al suelo? Está claro que seguiría cayendo mientras le siguiera afectando la gravedad, ¿correcto? No solo las manzanas; cualquier cosa debería caer. Pero ¿qué pasa con la Luna? La Luna no cae. ¿Por qué?

Esta vez, ninguno de los tres dijo nada y esperaron a que el tío siguiera hablando. En ese momento, ya habían dejado atrás la hilera de olmos y avanzaban por un caminito que bordeaba un terreno abierto. Sobre el tejado de una casa de dos plantas al otro lado del terreno, la luna permanecía en silencio observándolos atentamente.

—La Luna no cae. Sabéis que esto es porque están equilibradas la fuerza con la que la Tierra tira de la Luna, por un lado y, por otro, la

fuerza con la que la Luna gira alrededor de la Tierra y que haría que esta se fuera volando a alguna parte. Por cierto, la idea de que entre los cuerpos celestes existe atracción no fue cosa de Newton. La propuesta según la cual las estrellas giran alrededor del Sol siguiendo una órbita, porque existe atracción entre las estrellas y el Sol, había sido planteada mucho antes de Newton, en los tiempos de Kepler. Asimismo, que las cosas se caen sin nada que las sostenga era algo que se sabía y se había explicado mucho antes de Newton, con la ley de la caída libre de los cuerpos de Galileo.

»Gravedad y gravitación universal. La órbita fija de los planetas alrededor del Sol es consecuencia de la atracción del Sol. Esta fuerza es la misma que la que atrae los objetos a la superficie de la Tierra, es decir, la gravedad. Si el Sol no ejerciera atracción, el planeta T avanzarían en la dirección que indica la flecha R. El hecho de que lo que realmente sucede es que avanza a la posición T', significa que el planeta T cae de R a T' en dirección a S.

»Entonces, ¿cuál fue el descubrimiento de Newton? Newton conectó la idea de la gravedad que actúa sobre los cuerpos en la Tierra y la de la atracción que opera entre los cuerpos celestes, y de mostró que ambas son fuerzas de la misma naturaleza. Por eso, la cuestión clave sería entender

cómo estas dos ideas se conectaron en la mente de Newton. —Al terminar la frase dio una calada al cigarro, tiró la ceniza y siguió—: Pero, como os acabo de decir, al ver caer la manzana, Newton fue pensando en lo que ocurriría si la altura de la caída fuera aumentando hasta llegar a la Luna. En su origen, la ley de la gravedad versaba sobre los cuerpos en la Tierra. Sin embargo, si se fuera separando del suelo un cuerpo que cae hasta llevarlo cerca de la Luna, la relación entre ese cuerpo y la Tierra no sería la que mantendría estando en la Tierra: sería otra que mantendría en el cielo; es decir, se igualaría a la relación que los cuerpos celestes mantienen entre sí.

»Llegados a este punto —querido Koperu—, ¿no te parece de lo más natural que comenzaran a conectarse en la mente de Newton la idea de la atracción entre los cuerpos celestes y la de la gravedad que opera sobre los cuerpos que caen? Newton pensó que estas dos fuerzas serían de la misma naturaleza. Creyó que podría llegar a demostrarlo y se puso a investigar.

»A partir de ahí, calculó la distancia entre la Luna y la Tierra, la gravedad que hay en la Luna o la atracción de la Tierra y, después de mucha dedicación y esfuerzo, finalmente lo acabó demostrando.

Gracias a ello, un mismo principio de la física pudo explicar, de una manera clara y precisa, el movimiento de las estrellas que se desplazan por el inmenso espacio o el de una gota de rocío que cae de la punta de una hoja. Es decir, la física sirvió para explicar tanto los fenómenos terrestres como los celestes. Fue una auténtica hazaña en la historia de la ciencia.

Después de decir aquello tiró el cigarro que estaba fumando. La llama roja trazó una parábola y se apagó.

—¿Qué te parece, Koperu? ¿Lo has entendido?

En vez de contestar, Koperu asintió en silencio. Kitami y Mizutani también seguían callados. Ninguno de los tres sabía cómo expresar lo que estaban sintiendo en aquel momento.

Entonces, el tío comenzó de nuevo:

—El verdadero mérito de Newton no está solo en que se le ocurriera que

la gravedad y la atracción pudieran ser lo mismo; sino que, además, partiendo de aquella idea, con un esfuerzo y un empeño pertinaces, terminó demostrándolo. Esa demostración era algo realmente difícil que no estaba al alcance del común de los mortales.

»No obstante, sin aquella idea inicial, su investigación ni siquiera hubiera comenzado, así que no se la puede minusvalorar en ningún caso.

»Cuando mi amigo terminó su explicación, tuve la convicción de que incluso las grandes ideas partían de reflexiones sorprendentemente anodinas. ¿No os parece? En el caso de Newton, consistió en ir aumentando la altura de la que caía la manzana desde los tres o cuatro metros iniciales hasta otras mucho mayores, hasta que, llegado a un punto, se dio de bruces con una idea grandiosa.

»Por eso, Koperu, hay que tener cuidado con lo que damos por sentado o lo que tenemos por obvio. Si se persiguen sin descanso las consecuencias de ideas inicialmente obvias, se podría llegar a topar con otras que no lo son en absoluto. Claro que esto no es algo que ocurra solo en la física…

La luna ya estaba bastante alta y seguía observando en silencio a los cuatro desde un punto ligeramente desviado por encima del extremo de la chimenea de unos baños públicos lejanos. Sobre sus cabezas se

extendía el infinito cielo nocturno tachonado de estrellas titilantes. Pensar en astros lejanos en una noche como aquella hacía que uno se sintiera fundir y desaparecer en la atmósfera.

Los cuatro siguieron caminando bañados en una luz azul. La gravilla que cubría el camino brillaba hermosa a la luz de la luna.

Más tarde, Koperu y su tío volvían a paso ligero por el mismo camino.

Venían de dejar a Mizutani y Kitami en la estación. Ya se sentía el aire frío de la noche. Apenas hablaron. La luna los acompañaba, serena en el cielo, ni enfadada ni sonriente ni lastimera, llegando hasta ellos por encima de los tejados y los postes eléctricos y sorteando las ramas de los olmos.

Al llegar frente a la casa de Koperu, su tío se detuvo:

—Bueno —dijo.

Los dos se saludaron:

—Buenas noches, tío.

—Buenas noches igualmente.

Cinco días después —es decir, el viernes— ocurrió algo inusual: el tío recibió una larga carta de Ko peru.

Decía así:

Querido tío:

Esto es algo que pensaba contarte la próxima vez que nos viésemos, pero finalmente me ha parecido mejor escribírtelo en una carta, así que aquí va.

He hecho un descubrimiento.

Sin duda, ha sido gracias a la historia de Newton que nos contaste.

Pero, como estoy seguro de que mis amigos me tomarían el pelo si les dijera que he hecho un descubrimiento, te lo cuento solo a ti.

Te agradecería que tampoco se lo contases a mamá, al menos durante un tiempo.

He llamado a mi descubrimiento la «ley de las redes: la relación entre

las personas-molécula». Primero pensé en llamarlo «el secreto de la leche en polvo», pero, como parecía el título de una novela de detectives de alguna revista infantil, decidí cambiarlo. Si se te ocurriera alguno mejor, estaré encantado de conocerlo.

La verdad es que todavía no sé muy bien cómo explicarte el descubrimiento, pero quizá lo entiendas si te cuento la secuencia de mis pensamientos.

Lo primero que me vino a la cabeza fue la leche en polvo. Por eso creo que mis amigos me tomarían el pelo. La verdad es que hubiera preferido pensar en otra cosa menos tonta, pero qué le voy a hacer.

Así fue como sucedió.

El lunes, me desperté en medio de la noche. Debí de despertarme por culpa de algún sueño que tuve, pero no lo recuerdo. Sea como fuere, cuando me desperté estaba pensando en una lata de leche en polvo: una de esas grandes de Lactogen que en casa usamos para guardar *senbei*, galletas de arroz, y galletas de otros tipos. Entonces, me acordé de algo que me contó mamá: cuando yo era bebé, tomaba Lactogen todos los días porque ella tenía poca leche. Por lo visto, la lata que tenemos ahora es un recuerdo de aquella época. Cuando me contó aquello, se me ocurrió decir que, en ese caso, una vaca australiana sería también mi madre. Lo dije porque el Lactogen se fabricaba en Australia y la lata lleva un mapa de Australia. Pensé en todo eso en la cama. También pensé en muchas cosas de Australia: sus praderas, sus vacas, sus aborígenes, sus fábricas de leche en polvo, sus puertos, sus barcos de vapor y muchas otras. En ese momento recordé la historia de Newton. Dijiste que Newton dio con una idea genial porque había ido si guien do sin parar las consecuencias de lo que le sucedería a una man za na si fuera cayendo de alturas cada vez mayores, empezando de los tres o cuatro metros iniciales. Así que me pregunté qué sucedería si yo hiciera lo mismo con la leche en polvo.

Me puse a pensar en la cama, en orden, empezando por las vacas australianas hasta llegar a la leche en polvo entrando en mi boca.

Pero acabé harto porque era interminable. Aparecía muchísima gente. Te lo voy a escribir para que lo veas:

(1) Hasta que la leche en polvo llega a Japón.

Las vacas, las personas que cuidan a las vacas, las que las ordeñan, las que transportan la leche a las fábricas, las que convierten la leche en le che en polvo en las fábricas, las que la meten en latas, las que empaquetan las latas, las que las transportan a los trenes en camión o lo que sea, las que las cargan en los trenes, los maquinistas, las que transportan los paquetes de los trenes a los puertos, las que las cargan en los barcos y la tripulación de los barcos.

(2) Desde que la leche en polvo llega a Japón.

Las personas que descargan los barcos, las que transportan la carga a los almacenes, las que vigilan los almacenes, los

comerciantes que venden la mercancía, las personas que la anuncian, los farmacéuticos de las farmacias, quienes transportan las latas a las farmacias, el dueño de la farmacia, sus mozos y el que trae la leche en polvo a la cocina de nuestra casa. (Sigo mañana por la noche).

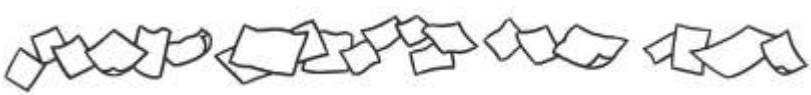
Me di cuenta de que la leche en polvo llegaba hasta mí a través de una larguísima carrera de relevos desde Australia. Si tenía en cuenta incluso a las personas que trabajan en las fábricas o construyen los trenes o los barcos, miles de personas, o quizá incluso decenas de

miles, estaban conectadas conmigo. Pero a la única que conocía era al dueño de la farmacia que está cerca de casa, a nadie más. Por supuesto, ellas tampoco me conocen. Eso me pareció realmente extraño.

Después, todavía en la cama, pensé en la lámpara que tenía apagada, en el reloj, en el escritorio, en el tatami y, uno a uno, en el resto de los objetos que tengo en la habitación. Entonces, me percaté de que con todos ellos ocurría lo mismo que con el Lactogen: un sinfín de personas formaba una larguísima cadena detrás de cada cosa. Pero prácticamente todas eran desconocidas para mí y no les podía poner cara.

Seguí haciendo lo mismo, aunque al rato me quedé dormido y me olvidé en qué estuve pensando. Pero al día siguiente sí que me acordaba de lo que te acabo de contar. Creo que esto es un descubrimiento. Me he dado cuenta de algo que ocurre con todas las cosas por haber pensado de una forma en que nunca lo había hecho.

Hice lo mismo con cada cosa que iba viendo de camino a la escuela y también allí. Ocurría lo mismo con todo. Y supe que no era el único que estaba conectado con tantísimas personas. En clase hice lo mismo con la ropa y los zapatos del profesor. Vi que seguía pasando lo mismo. La ropa del profesor empezaba con las ovejas de Australia.



En fin, creo que las personas-molécula estamos conectadas, a través de redes invisibles sin que seamos conscientes de ello, con una gran cantidad de personas a las que ni conocemos ni hemos visto siquiera. He decidido, por lo tanto, nombrar a este descubrimiento

«ley de las redes: la relación entre las personas-molécula».

Ahora estoy en plena aplicación de esta idea para confirmar que es correcta. Hoy he sabido que sucede igual con la calzada de asfalto.

En la clase de Matemáticas estuve algo despistado, pensando en que el pelo y la barba del profesor están conectados con la peluquería, y el profesor me llamó la atención. Hacía mucho tiempo que no me regañaba. Sin embargo, creo que un descubrimiento bien merece una bronca del profesor y debo estar preparado para soportarla.

Me gustaría seguir escribiendo, pero mamá me está diciendo que me

acueste. Así que por ahora lo dejo aquí. Eres la primera persona a la que cuento mi descubrimiento.

El cuaderno del tío

Sobre la conexión entre las personas

—y qué es un verdadero descubrimiento—

Querido Koperu:

Muchas gracias por contarme tu descubrimiento antes que a nadie. Me gustaría contestarte enseguida sobre ello, pero, como mañana iré a tu casa, creo que será mejor que lo hablemos cuando nos veamos. Antes, dejaré escritas en este cuaderno mis impresiones acerca de tu carta. Espero que esto sirva para que, cuando algún día lo leas, recuerdes otra vez tu descubrimiento y puedas

reflexionar sobre mis palabras.

Me emocioné al leer tu carta. No es ningún cumplido. Es la verdad. Me pareció admirable que pensaras como lo hiciste. Te puedo asegurar que, a mi edad, ni remotamente hacía nada parecido. La primera vez que pensé con claridad en las cosas de las que hablas en tu descubrimiento fue en el instituto, y porque lo decía un libro. No obstante, después de leer tu carta, se me ocurren muchas cosas en las que me gustaría que pensaras. Las iré detallando una a una para el profesor Koperu.

Me dices en la carta que si se me ocurriera un nombre mejor para tu «ley de las redes: la relación entre las personas-molécula», te lo propusiera. Se me ocurre uno bueno. Pero no lo he inventado yo, sino que es un nombre últimamente recurrente en el ámbito de las ciencias económicas o de la sociología. Lo que has descubierto y definido como «la relación entre las personas-molécula», querido Koperu, es lo que los especialistas llaman «relaciones de producción». Los humanos necesitan muchas cosas para vivir. Para producirlas, utilizan distintos recursos naturales. Incluso para utilizar directamente esos recursos —para vestirse o para comer— los humanos tienen que trabajar: cazar, pescar o roturar montes, por ejemplo. Los humanos han trabajado siempre, desde etapas muy primitivas de la historia de la humanidad, actuando en grupo y repartiéndose tareas. Esto ha seguido siendo así porque, sencillamente, no puede ser de otra manera. Como he dicho, los especialistas en la materia denominan «relaciones de producción» a estas relaciones humanas.

Debido a que en sus inicios los humanos vivían dispersos en muy distintas localizaciones y en grupos reducidos, la cooperación o la división del trabajo solo tenía lugar dentro de su reducido círculo. En esa época, todos sabían perfectamente quiénes intervenían para, por ejemplo, obtener comida o fabricar ropa. Seguramente, la mayoría se conociera al menos de vista, las cosas que se fabricaran fueran relativamente sencillas y, cuando salieran a cazar o a pescar, lo más probable es que lo hicieran todos juntos. Por lo tanto, pienso que la gente sabía sin necesidad de indagación alguna a quién debía la ropa que se ponía o la comida con la que se alimentaba.

Con el tiempo, sin embargo, debido a los intercambios de bienes y al establecimiento de relaciones maritales entre los miembros de distintos grupos,

el ámbito de la vida en común se fue ampliando. El tamaño de las agrupaciones humanas aumentó hasta llegar a formar naciones. En ese momento, la cooperación y la división del trabajo ocurría a una escala mucho mayor que en el pasado y las relaciones humanas se volvieron más complejas, de modo que ya no era posible saber quiénes en concreto habían trabajado para fabricar ropa o para obtener y producir comida. De la misma manera, quienes fabricaban ropa o producían comida no tenían ni idea de quiénes se la ponían o se la comían.

Simplemente, trabajaban y producían distintos bienes y, a cambio, recibían otros que necesitaban ellos o su familia, o bien dinero para comprarlos. Su finalidad era la compensación que obtenían por ello, y la identidad de los destinatarios de esos bienes les era indiferente.

Andando el tiempo, las relaciones comerciales se intensificaron, las transacciones comenzaron a implicar a las naciones y las relaciones humanas se hicieron aún más intrincadas. Por ejemplo, un campesino chino compra gusanos de seda, vende el hilo de seda crudo para ganar dinero y este termina convertido en ropa que visten los nobles romanos. Cuando esto ocurre, ya no solo intervienen quienes producen los bienes, sino quienes los transportan y otras muchas personas que colaboran y se reparten el trabajo en las fases intermedias de todo el proceso. Así, las distintas regiones del mundo se fueron conectando cada vez más hasta llegar a conformar la gran red que une el mundo en la actualidad.

Hoy en día, la preocupación de los fabricantes de hilos o las compañías hilanderas de algodón japonesas no es que a los japoneses les falte seda o algodón; ni piensan vender en el mercado

internacional solo cuando hayan cubierto las necesidades de la población japonesa. Producen a gran escala con la intención de hacer negocio, desde el principio, en el mercado internacional. Es decir, trabajan sobre la base de la conexión entre las personas a nivel mundial.

Los centenares de millones de habitantes de la India o de China necesitan tejidos de algodón y otras mercancías japonesas, al igual que a los japoneses les hace falta la lana australiana o el petróleo americano.

De esta forma, las personas han trabajado siempre con el fin de obtener lo necesario para la vida y, como consecuencia de ello, han terminado conectadas, formando una densa red. Y, como tú mismo te has dado cuenta, existen relaciones entre personas desconocidas que no se podrían deshacer fácilmente.

Nadie puede sustraerse a estas conexiones. Hay personas que no se dedican a producir ningún objeto material, pero estas también están integradas en la red.

Para vivir debemos vestir y comer cada día, por lo que es necesario estar, de alguna forma, conectado a la red. Incluso aquellos que pueden comer sin tener que trabajar están integrados en ella de formas es peciales. Ya tendremos ocasión de hablar más en detalle sobre las profundas conexiones que mantienen incluso los habitantes de países lejanos. Pero lo importante es que las personas están conectadas entre sí, como he dicho, y que los especialistas en la materia llaman «relaciones de producción» a esta conexión. Te diste cuenta de esto reflexionando a partir de la leche en polvo.

Entre los conocimientos que deberás adquirir como parte de tu formación básica adulta, se encuentran la economía y la sociología. Estas disciplinas académicas se dedican a investigar distintos aspectos de las relaciones humanas partiendo de la base de que las personas viven estableciendo relaciones como las descritas. Por ejemplo, ¿cómo han ido cambiado las relaciones humanas a lo largo de distintas épocas?, ¿qué hábitos y costumbres se han desarrollado como

consecuencia de esas relaciones? o ¿qué leyes gobiernan dichas relaciones? Es decir, tu descubrimiento es el punto de partida de estas áreas de conocimiento y, por lo tanto, algo que ya se sabía desde hace mucho.

Quizá te decepcione saber que tu descubrimiento no era tal, sino algo harto conocido. Sin embargo, no debes desanimarte en absoluto. El que hayas sido capaz de darte cuenta de algo tan importante sin que nadie te lo contara es, definitivamente, digno de admirar. No importa que fuera algo bien sabido e incluso elemental en ciertas disciplinas. Aplaudo tu capacidad de reflexión.

Pensar así a tu edad no lo hace cualquiera.

Pero sobre lo que me gustaría que reflexionases es acerca de la naturaleza de los descubrimientos realmente valiosos para la humanidad y que todos admiran.

Esos descubrimientos no solo deben ser nuevos para uno mismo, sino que deben serlo para toda la humanidad.

La experiencia individual tiene un límite. Sin embargo, los humanos disponen de lenguaje. Por eso, pueden comunicar sus experiencias y aprender de las de otros. Además, al haber inventado la escritura, pueden transmitir sus experiencias por medio de los libros. De esta forma, los humanos comenzaron a contrastar sus experiencias acerca de distintas situaciones y las fueron elaborando desde diferentes puntos de vista. Cada una de las disciplinas académicas, o campos de estudio, son elaboraciones coherentes de un amplio espectro de experiencias desde perspectivas concretas. Por eso, se puede afirmar que las disciplinas académicas son compendios de las experiencias humanas a lo largo de su historia. La humanidad, por haber heredado esas experiencias del pasado y haber ido añadiendo otras, ha podido evolucionar de un estado equivalente al de los animales salvajes al actual. Si, en cambio, cada ser humano siempre hubiera tenido que partir de su estado original simiesco, los humanos habrían seguido siendo eternamente como monos y el nivel de civilización actual

habría sido inalcanzable.

Por todo ello, debemos estudiar todo lo que podamos del mayor número de disciplinas posibles y aprender de la experiencia de la humanidad, o no encontraremos recompensa por muy duro que trabajemos. Si vamos a trabajar duro, debemos dedicar nuestro esfuerzo a resolver problemas aún no re sueltos.

Si no, nuestro empeño carecerá de sentido. Solo así nuestros descubrimientos

tendrán sentido como hallazgos de la humanidad. Solo estos podrán ser considerados grandes descubrimientos.

Con todo lo que te he dicho, comprenderás la importancia de estudiar sin necesidad de más sermones por mi parte. Si persigues un gran descubrimiento, lo primero y más importante que debes hacer es estudiar y absorber los conocimientos existentes para alcanzar la cima de alguna disciplina académica.

Y, después, trabajar duro en ella.

Pero para ello, e incluso para alcanzarla —recuérdalo muy bien, querido Koperu—, deberás mantener vivo el espíritu que te impulsó a permanecer indagando tu pregunta en medio de la noche.

Una cosa más para terminar:

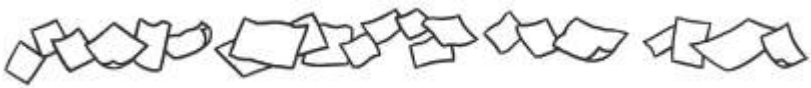
Pensaste en lo que necesitas para vivir y te diste cuenta de que muchísimas personas trabajan para que lo puedas tener. A pesar de ello, la mayoría de esas personas son desconocidas para ti. Esto te pareció extraño.

El mundo es extenso y es imposible que todos se conozcan. Sin embargo, considerar personas completamente ajenas a quienes dedican su vida a producir y elaborar lo que uno necesita —para alimentarse, vestirse o vivir en casa— es, como muy acertadamente sentiste, extraño.

Sin duda es extraño, pero lo cierto es que las cosas son así. Aunque las personas hayan creado una red que conecta el mundo entero, las conexiones de esa red distan mucho de poder considerarse auténticas relaciones humanas. Por eso, a pesar de todo el progreso alcanzado por la humanidad, aún no cesan los conflictos. En los juzgados no pasa un día sin que se tramite un pleito y, si surgen conflictos de intereses entre países, se va a la guerra. Las «relaciones entre las personas-

molécula» que has descubierto y descrito con esas palabras son, en efecto, más parecidas a la que hay entre las moléculas de la materia que a una relación verdaderamente humana.

Sin embargo, querido Koperu, los humanos deben ser lo que son. Es una lástima que las personas entablen relaciones que no son humanas. Incluso entre personas desconocidas se deberían establecer relaciones humanas. Por supuesto, no estoy diciendo que haya que hacer esto o lo otro ahora mismo. Solo es que me gustaría que también fueras reflexionando seriamente sobre estas cuestiones en tu camino hacia la madurez. Entre otras cosas, porque este es uno de los problemas irresueltos de la humanidad.



Pero ¿cómo es una relación verdaderamente humana?

Sabes que tu madre no busca compensación alguna cuando hace cosas para ti.

Dedicarse a ti en cuerpo y alma es lo que la hace feliz. Seguro que tú también, cuando haces algo por un buen amigo, te sientes bien y no necesitas nada más.

Nada hay más hermoso que las personas cuando encuentran la felicidad en procurar el bien ajeno. ¿No crees, querido Koperu, que esta debería ser la base de una relación verdaderamente humana?

Un amigo pobre

Cuando el aire frío comienza a soplar en el patio del colegio todos los días, se acerca el final de la temporada de béisbol. Todos empiezan a jugar al fútbol. Por fin, llega el invierno.

A comienzos de diciembre, se sucedieron cuatro o cinco días agradables en los que uno sentía adormilarse si se quedaba tomando el sol apoyado en la pared del edificio de las aulas, orientado al sur. Pero la temperatura bajó de golpe el día 10. Después, un día tras otro, el cielo estuvo cubierto de nubes como algodones viejos y el frío penetraba los huesos. La nieve no iba a tardar en caer. Los exámenes finales del segundo trimestre estaban a la vuelta de la esquina.

En las aulas se encendieron estufas. Al entrar en las clases viniendo del frío patio, el aire caliente abofeteaba a los alumnos. ¡Y la somnolencia que los invadía cuando empezaban a entrar en calor! Ya no era solo Urakawa el que daba cabezadas, pero su adormecimiento era más evidente que el de los demás: se le caía la cabeza hacia delante y, asustado, volvía a levantarla.

Koperu le vio hacer eso varias veces.

Nadie sabía por qué, pero de repente Urakawa faltó a clase dos o tres días seguidos. Desde su asiento, Koperu veía ahora un vacío en el espacio que

solía ocupar su espalda encorvada. A Koperu aquello le empezó a preocupar. Pasaron cuatro días y no apareció; al quinto, tampoco.

«Quizá esté resfriado», pensó.

Cuando un compañero de clase faltaba tres días seguidos, lo normal era que algún amigo fuera a verlo y se enteraran de lo que le pasaba. Pero Urakawa no tenía amigos así. Koperu se dio cuenta de eso y pensó en ir a hacerle una visita.

Era la tarde de un sábado. Terminadas las clases, Kitami vino corriendo hacia él para llevárselo a jugar al fútbol.

—Venga, vamos a jugar. Hoy les daremos su merecido a los del B. La última vez merecimos ganar.

Kitami estaba motivadísimo, pero, como pensaba ir a ver a Urakawa, no le dijo «venga, vamos», como era costumbre.

—Es que tengo algo que hacer —respondió.

Kitami se llevó una decepción y trató de convencerlo diciéndole varias veces: «Venga ya, sin ti no nos vamos a divertir». Estas palabras le hicieron dudar, pero finalmente decidió seguir adelante con su plan de ir a ver a Urakawa. Se despidió tajante sin dejar margen de réplica a su amigo y salió solo por el portón del colegio.

El cielo estaba despejado y la luz del sol caía sobre él, pero el viento soplaba fuerte y era una tarde fría.

Le habían dicho que había que bajar del tren enfrente de un templo grande de Koishikawa, caminar hacia la nueva avenida y, al llegar, subir la pendiente hacia la derecha en dirección a un gran cementerio; después, bajar por una cuesta que hay justo antes de llegar al camposanto y, al final, continuar hacia la izquierda por una callejuela sucia y destartalada por la que a duras penas podía pasar un coche. La casa de Urakawa estaría en el lado derecho de esa callejuela. Dado que la tumba del padre de Koperu estaba en el cementerio al final de la cuesta, aquella parte de la ciudad no le

era completamente desconocida; pero sí era la prime ra vez que entraba en aquella callejuela.

Había una pescadería, una frutería, un puesto de batatas asadas, una arrocería, una tienda de chucherías… Ambos lados de aquella calle estrecha estaban repletos de pequeños establecimientos de apenas metro y medio o dos de ancho. No solo eran estrechos, también eran de techo bajo y oscuros.

Se diría que un adulto podría tocar fácilmente sus aleros con la mano.

Además, al ser viviendas adosadas de dos plantas, la calle que quedaba entre ellas estaba húmeda y en sombra. Koperu se sintió como si se hubiera adentrado en un túnel. Pero allí había mucho ajetreo. Entre las filas de tenderas con mandil y madres con sus bebés a la espalda, pasaban jóvenes en bicicleta con botas de goma, sorteándolas. Niños mal vestidos y sucios, jugando a espadachines, aparecían de repente dando brincos. En el ambiente agitado flotaba un olor extraño.

Koperu fue caminando, fijándose en las casas del lado derecho. En la entrada de una carnicería vio a su dueño gordo, ataviado, a pesar de ser un hombre, con un delantal sucio friendo algo sin descanso. Sobre su cabeza colgaba un trozo de papel que decía: «filete de ternera empanado 10

céntimos, croquetas 7 céntimos». En el puesto de al lado estaban en plena faena ante la atenta mirada de varios niños. Allí vendían *taiyaki*, un pastel de masa de trigo parecida al gofre con forma de besugo y relleno de pasta dulce de judías rojas. Y, finalmente, el establecimiento contiguo era una tienda de tofu cuyo cartel decía «Sagamiya» con letras grandes escritas con pintura. Era la casa de Urakawa.

Delante había dos o tres señoras de pie. Koperu no sabía qué decir para entrar en la tienda y se quedó haciendo cola detrás de ellas.

La señora que atendía en la tienda era una mujer grande de unos 40 años con el pelo recogido en un moño. Ella también llevaba un delantal y los codos al descubierto. Definitivamente, aquella calle estaba llena de gente con delantal. El suyo, reventón, parecía que iba a rajarse de un momento a otro de lo estirado que estaba y a duras penas rodeaba su cuerpo. Tenía el rostro rubicundo y la corpulencia de un luchador de sumo.

—Marchando un tofu.

Hablaba con una voz vigorosa, como la de un hombre. Introdujo el tofu en una olla azul y se lo entregó a la clienta. La señora que iba delante de él en la fila lo cogió, lo envolvió en una tela cuadrangular y salió a la calle encogiéndose como si tuviera frío.

—Usted, dos *aburage*, ¿no? Eso está hecho.

Volvió a responder enérgica, entregó a una mujer joven los *aburage* envueltos en papel de periódico y recibió las monedas. En ese

momento,

pareció percatarse de la presencia de Koperu y, al tiem po que introducía el dinero en la caja, le soltó sin más:

—¿Y tú qué quieres, chavalito?

Koperu titubeó, sorprendido por aquellas maneras tan directas:

—Esto… Quería saber si está Urakawa.

La mujer lo remiró, entre incrédula y sorprendida. Después, asintió dos o tres veces moviendo mucho la cabeza, como si de pronto lo hubiera comprendido todo.

—Eres un amigo de Tome, ¿eh? Muy bien. Pensé que serías algún mandado. Claro que está —afirmó. Y, volviendo la cabeza hacia el fondo de la tienda, dijo en alto—: Tome, ha venido un amigo a verte.

Al fondo del establecimiento en penumbra se veía a alguien trabajando de espaldas. Cuando oyó la voz de la señora, se sorprendió y se giró para mirar hacia la entrada.

Era Urakawa.

—Vaya, eres Honda —dijo al aparecer.

Koperu se quedó con la boca abierta cuando lo vio. Había visto a mucha gente con delantal en aquel barrio, pero resultó que hasta Urakawa llevaba puesto uno.

Por debajo del delantal asomaban sus pantalones sobrados de talla marca de la casa y sus pies calzaban chanclas con suelas de madera. Koperu, con los ojos como platos viendo a Urakawa plantado allí con aquellos palillos largos de bambú en la mano, le dijo:

—Pero ¿no estabas enfermo?

—…

Urakawa parecía incómodo y no decía nada. La señora respondió por él:

—No, no está enfermo. El que sí está resfriado es mi empleado. Como mi marido no está y no tengo a nadie que me pueda ayudar, necesito que este me eche una mano incluso faltando a clase. Estamos con tanto trabajo que ni siquiera hemos avisado a la escuela. En fin… En

cualquier caso,

bienvenido. Venga, venga, pasa adentro.

Koperu y Urakawa se fueron hacia el fondo y se sentaron en el borde del suelo elevado de la entrada. La señora acercó el brasero de latón a Koperu, emitiendo un leve gruñido de esfuerzo, y les sirvió té. Sin embargo, ella no tenía tiempo para quedarse allí tranquilamente. Otros clientes la reclamaban.

Koperu se había sentado al lado de Urakawa, pero no sabía qué decir. Así que se limitó a permanecer allí sorbiendo el té mientras lo iba soplando para enfriarlo. Urakawa tampoco tomaba la iniciativa y estaba medio inquieto.

Pero, al poco rato, dijo como disculpándose:

—¿Me puedes esperar aquí un momento? Es que me quedan algunos por freír. —Y se levantó.

En una esquina de la tienda había un fogón y, sobre él, una olla de hierro con aceite hirviendo.

—Acabo enseguida. Frío estos que me quedan y termino —dijo, señalando con los palillos de bambú una mesa que había al lado.

En la mesa había cuatro o cinco rodajas finas de tofu. Urakawa las cogía con cuidado con los palillos para que no se deshicieran y las sumergía suavemente en el aceite. Luego, una vez fritas, los sacaba

pinzándolas con los mismos palillos. Fue entonces cuando Koperu comprendió, por primera vez, que el *aburage* era tofu frito.

—Es que si no los dejo hechos ahora, no me da tiempo para ir a venderlos por la tarde —dijo Ura kawa sin apartar los ojos de la olla.

Ejecutaba la tarea con la destreza de quien está acostumbrado a ella y fue friendo las rodajas una tras otra. Pescaba del aceite los tofu ya fritos asiéndolos con la punta de los palillos, escurría el aceite con un golpe seco en el aire y los lanzaba encima de la malla metálica. Y entretanto esperaba a que se frieran las demás rodajas, iba apilando los tofu ya fritos en horizontal y, de vez en cuando, le daba unos golpecitos al montón con la parte media de los palillos. Los *aburage* iban así quedando muy formalitos, juntos y ordenados.

«¡Madre mía!», se dijo Koperu para sí, maravillado.

Ni se imaginaba que el mismísimo Urakawa, tan torpe para cualquier ejercicio físico, fuera tan hábil con aquellos larguísimos palillos. De pie frente a la olla de hierro, Urakawa era un profesional hecho y derecho.

Hasta rezumaba una tranquilidad y un saber estar semejantes a los de un lanzador profesional que subiera al montículo tras cinco o seis años batiéndose el cobre en el campeonato.

—¡Madre mía! —dijo Koperu, esta vez de verdad—: ¡Qué bien lo haces!

Urakawa sonrió de una forma un tanto especial, entre avergonzado y orgulloso.

—¿Cuánto has practicado para aprender a hacerlo así? —le preguntó.

—¿Practicar?

—Claro, es que lo haces genial.

—Nunca he practicado. Solo ayudo de vez en cuando a mi madre. Pero,

¿sabes?, es que si hago uno mal, perdemos tres céntimos. Por eso procuro

hacerlo siempre lo mejor que puedo.

Después de sacar del aceite los últimos cuatro o cinco, dijo:

—Mamá, ya están —dirigiéndose a su madre.

—¿Ah, sí? Muy bien, muy bien.

La señora, a pesar de su corpulencia, se acercó rápidamente trotando, asió la olla con la ayuda de un trapo húmedo y la bajó del fogón. Koperu no pudo por menos que admirar su fuerza. Ura kawa se quitó el delantal y se limpió las manos con papel de periódico que tenía cerca. Por fin, apareció el Urakawa del colegio que acostumbraba a ver.

—Oye, tienes muchas cosas que preguntarle a tu amigo, ¿no? Anda, llévatelo a tu habitación —le dijo su madre. Urakawa parecía indeciso. Pero ahora le dijo a Koperu—: Chico, ¿le harías ese favor? Es que está muy preocupado por estar faltando a la escuela… Esto es un cuchitril, pero de vez en cuando está bien que veas casas como estas, ¿no crees? Venga, Tome, enséñasela. Seguro que tu amigo está harto de ver casas bonitas.

Urakawa y Koperu se descalzaron, subieron por las escaleras exteriores de la trasera de la tienda, que crujieron a sus pasos, y llegaron a la habitación de Urakawa.

Era una tosca habitación de apenas seis metros cuadrados con orientación norte.

Una de las paredes tenía una ventana con varias franjas de cristal esmerilado. Solo la de la franja superior era transparente. Por ahí se veía un cielo invernal azul acero.

Fuera ululaba el viento y la ventana vibraba haciendo ruido.

Encima de la pequeña mesa colocada delante de la ventana había libros, cuadernos y la cartera de Urakawa que Koperu conocía bien. Los dos pusieron en el suelo un par de cojines finos, se sentaron cara a cara y acercaron sus manos al brasero de cerámica de Seto. Las manos de Urakawa estaban llenas de sabañones y en la falange del dedo índice tenía

una gran grieta abierta.

—¿Cuándo empiezan los exámenes de fin de trimestre? —preguntó Urakawa.

—A partir del día 17.

—¿Ya tenéis el calendario de los exámenes?

—Qué va, todavía no. Pero todos dicen que nos lo darán el lunes que viene.

Al escuchar aquello, la cara de Urakawa se contrajo en un gesto de angustia.

—¿Hasta dónde habéis llegado en Inglés?

—Hasta el final del tema 16.

—¿Y en Matemáticas?

—Hoy hemos empezado con las proporciones.

¿Y la Lengua? ¿La Historia? ¿La Geografía? ¿Las Ciencias Naturales?

Urakawa fue preguntando en detalle lo que habían avanzado en cada asignatura. Koperu le fue indicando las páginas hasta las que habían llegado abriendo los libros de texto de Ura kawa. Este las iba marcando y contaba una y otra vez la cantidad de páginas. A Koperu le dio pena verlo tan preocupado.

—No te preocupes tanto. Cinco días de clases los recuperarás enseguida.

—¿Tú crees? Durante el día no tengo tiempo para estudiar y cuando llega la noche tengo tanto sueño que…

—Aun así, lo que estamos aprendiendo ahora es muy fácil. Vas a entenderlo todo enseguida, ya lo verás.

—Para ti será fácil porque eres muy inteligente —dijo, y sonrió triste.

Faltase o no al colegio, Urakawa se levantaba todos los días antes del alba, ayudaba a su familia a hacer tofu como un empleado más de la tienda y después iba a la escuela a toda prisa. Esa era la razón por la que, más o menos a mediodía, le solía invadir un sueño terrible y se adormilaba en clase.

Pero ahora faltaban su padre y el emplea do habitual. Para sacar adelante la tienda entre tres —otro empleado recién llegado e inexperto, su madre y él—, el esfuerzo que tenían que hacer era el triple de lo normal. Aunque por ser aún un niño le faltaba la fuerza que requerían ciertas labores, Urakawa estaba perfectamente familiarizado con todo el pro ceso, por lo que debía estar presente

también para instruir y supervisar al nuevo. Sin embargo, se acercaban los exámenes y se estaba quedando rezagado con las lecciones.

Cuando pensaba en los estudios, el pobre se angustiaba.

—¿Cuándo podrás volver a la escuela? —preguntó Koperu, también preocupado.

—Podré ir en cuanto venga mi padre, pero…

—¿Va a tardar mucho?

—Es que no lo sé. En realidad, debería haber llegado anteayer.

Koperu le preguntó adónde se había ido y por qué estaba tardando en regresar. Urakawa comenzó a explicarle la situación con cuentagotas y voz pesarosa.

Según él, su padre se había ido a su pueblo natal, en la prefectura de Yamagata. El pueblo era también el de su madre, por lo que muchos tíos y tías de Urakawa vivían allí. A Koperu le pareció raro que su tienda se llamara Sagamiya, siendo sus padres de Yamagata. Urakawa le explicó que ese era el nombre que su padre heredó de la tienda en la que trabajaba antes de independizarse.

Resultó que había ido a pedir dinero. Urakawa no sabía si lo que necesitaba eran varios cientos o decenas de yenes; tampoco, para qué lo quería. Pero sabía que, si no lo conseguía, iba a tener muchos problemas.

En definitiva, se había ido a Yamagata buscando la ayuda de sus hermanos, incluso ahora que estaba cubierto de nieve. Estaba seguro de que su demora se debía a alguna dificultad para conseguir el dinero. Urakawa no sabía nada más; pero eso hacía que estuviera aún más inquieto. Cuando contaba todo aquello, su gesto sombrío lo hacía parecer un adulto.

—Pero no se lo cuentes a nadie, ¿vale? Mi madre cree que no sé nada de esto —dijo Urakawa en voz baja—. Pero lo sé porque me desperté por la noche el día antes de que se fuera mi padre y los oí hablando.

No sabía qué decir para consolar a Urakawa. Se sentía verdaderamente mal por él. Nunca había tenido aquella sensación de opresión en el pecho.

Pero, por mucha pena que sintiera, ¿qué podía hacer él? Y, cuando pensaba en la sincera angustia de Urakawa, ¿cómo iba a decirle cualquier cosa para consolarlo? Se quedó mirando en silencio las brasas. La ventana traqueteaba y el ulular sin cesar del viento le empezó a parecer un ruido espantoso.

—De verdad, no se lo digas a nadie, ¿vale? —volvió a insistir Urakawa al cabo de un rato.

—Claro que no —dijo Koperu, sintiéndose casi aliviado de poder decir algo. Si decirle aquello servía para consolarlo, eso ayudaba también a Koperu. Sin pretenderlo, su voz sonaba cada vez más vehemente—: Tú tranquilo, que no se lo voy a contar a nadie. Te lo puedo jurar —dijo, y le acercó la mano con el dedo meñique estirado. Se sentía dispuesto a prometerle cualquier cosa con tal de alegrar a Urakawa.

El dedo meñique rojo por los sabañones de Ura kawa se entrelazó al de Koperu. Una vez entrelazados los dedos, los dos tiraron con fuerza. Ambos se pusieron serios en ese instante. Sobre todo Urakawa, que apretó los labios aguantando en silencio el dolor de los sabañones. Pero, cuando se soltaron, se miraron y rieron.

La expresión de Urakawa rebosaba confianza en Koperu.

En ese momento, de la habitación siguiente a la contigua se oyó a alguien toser débilmente: «Cof, cof».

—Oh, es verdad. Tengo que ir a ver a Kichidon —murmuró Urakawa —.

Es el chico que trabaja con nosotros. Está acatarrado. Vengo enseguida —

dijo.

Justo cuando se iba a levantar, se abrió la puerta corredera y apareció un chiquillo de unos seis años. Detrás de él, había una niña de quinto o sexto de primaria, de pie y sujetando con gesto ceremonioso una bandeja con un plato de dulces y té. El niño iba vestido con una chaqueta y un pantalón, ambos de punto de lana. Su rostro redondo era idéntico al de Urakawa y sus ojos pequeños parecían minúsculos cortes hechos en la piel de la cara. Sus pómulos, sus manos y su chaqueta estaban terriblemente sucios. La niña llevaba un bebé a sus espaldas y también iba vestida entera de punto de lana.

El niño siguió de pie en el mismo sitio, sin parar de mirar a Koperu de

arriba abajo, pero la niña entró con cuidado en la habitación de Urakawa portando la bandeja. Era seguro que, para ella, aquella era una de esas situaciones en las debía poner en práctica los modales aprendidos en el colegio. Pero su forma de caminar rígida y su gesto exageradamente serio parecían más propios de un representante de alumnos que subiera al estrado a recoger un diploma. Cuando estuvo al lado de Koperu, se puso de rodillas, hizo una reverencia muy formal, le entregó la bandeja y volvió a inclinarse.

En el pla to para dulces había varios *taiyaki* humeantes.

—¿Es tu hermana pequeña? —preguntó Koperu a Urakawa.

—Sí. Y ese de ahí es mi hermano.

La hermana de Urakawa se levantó, giró sobre sí misma hacia la derecha en tres movimientos —uno, dos, tres— y se fue andando con mucha parsimonia.

Pero de pronto se detuvo y miró a su hermano:

—Bun-chan, ¿qué estás haciendo? —le gritó—. Qué maleducado eres.

Anda, ven aquí.

El chiquillo se había metido en la habitación sin que nadie se percatara de ello. De pie y mudo, miraba fijamente los *taiyaki*. No parecía que estuviera escuchando a su hermana.

—Que vengas aquí, te digo. Maleducado —le volvió a decir, y le tiró del brazo a su hermano.

Pero Bun-chan apartó la mano de su hermana y siguió mirando los *taiyaki* aun con más ansia. Se los comía con los ojos.

Koperu levantó un *taiyaki* del plato y se lo dio al niño. Este miró un segundo la cara de Koperu, pero lo cogió sin decir nada y se lo llevó rápidamente a la boca. Su hermana estaba enfadadísima:

—Qué vergüenza. No conoces los modales. Se lo voy a decir a mamá. Te vas a enterar —dijo, y cogiendo a Bun-chan del brazo lo arrastró fuera de la

habitación.

Bun-chan desapareció mientras devoraba el *taiyaki* a dos carrillos.

—Mi hermana es delegada de clase. Los estudios se le dan mejor que a mí —dijo Urakawa.

Después, los dos comieron *taiyaki*. Era la primera vez que Koperu lo probaba porque su madre no le daba dulces de poca calidad. Ella siempre le había dicho que eran malos para el cuerpo y por eso Koperu ni siquiera había querido probarlos. Pero ahora que lo había probado, quién sabe si por el hambre que tenía, le pareció que estaba bastante bueno.

—Cof, cof. —Se volvieron a oír toses débiles.

—Vaya, me había olvidado. Tengo que ir a ver a Kichidon —dijo Urakawa.

Y, dejando en la bandeja el *taiyaki* a medias, se fue de la habitación disculpándose.

Inmediatamente después, Koperu oyó voces como de una conversación que procedían de la habitación en la que, al parecer, había un en fermo:

—… no importa. No te preocupes —decía Ura kawa. Pero no pudo oír qué era lo que no impor taba—: Así que quédate acostado. Yo… —seguía hablando Urakawa, que parecía estar tratando de convencer de algo al enfermo.

Al cabo de un rato, se oyó cómo se abría una puerta corredera y cómo Urakawa empezaba a hacer algo en el fondo del pasillo: «Grach, grach», se oía. Koperu se levantó y abrió la puerta corredera de la habitación en la que estaba y miró hacia el lugar de donde procedía el

sonido.

En el fondo del pasillo vio a Urakawa agachado, rascando enérgicamente con una barrena un bloque de hielo dentro de una palangana. A sus pies, había una bolsa de hielo ya derretido aplastada contra el suelo como un cuerpo tendido sin vida. Estaba cambiando el hielo de la bolsa que Kichidon se ponía en la cabeza.

Eran las tres de la tarde cuando Koperu dijo:

—Creo que me voy a ir.

Pero antes le hizo a Urakawa otra promesa diferente además de la anterior: le prometió que el próximo miércoles vendría de nuevo para explicarle lo que no entendiera de Inglés o de Matemáticas y, antes del examen, le iría dejando sus apuntes en orden. Ambas cosas las había propuesto Koperu pensando en Urakawa. Este, por su parte, le prometió a Koperu que la próxima vez que viniera le dejaría manejar un motor que tenía en la tienda. En la tienda tenían instalada, pegada a una pared y colocada sobre un asiento de unos ochenta centímetros, una máquina para moler la soja: un motor accionaba una cinta conectada a un molino de piedra que trituraba el grano. Urakawa pensó que podría dejarle operar esa máquina a Koperu a modo de agradecimiento. Por supuesto, Koperu se lo agradeció mucho. Él tenía en casa un motor de juguete comprado en unos grandes almacenes, pero no se podía comparar con uno de verdad.

—¿Ya te vas? —le preguntó la madre con su tono de voz enérgico al ver a Koperu yéndose mientras seguía atendiendo a los clientes—. Siento no haberte hecho caso apenas. Espero que no te haya sentado mal y que vuelvas más veces. A diferencia de ti, a mi Tome le falta un hervor y a veces es un poco desesperante, pero quiero que sepas que está contentísimo de que lo hayas venido a ver. ¿Verdad, Tome?

Urakawa sonrió como avergonzado y asintió sin decir nada.

Pero, en menos de un minuto, llegó otra noticia que hizo aún más feliz a Urakawa.

Justo cuando Koperu salía de la tienda y Urakawa detrás de él para despedirlo, una bicicleta roja se detuvo delante de la tienda, como un pájaro que llegara volando, y su joven conductor se apeó de un salto.

—Señora Urakawa, le traigo un telegrama.

Era un telegrama que mandaba su padre desde Yamagata. Urakawa lo

supuso inmediatamente. Cla vó su mirada en la cara de su madre, que lo

había abierto y lo leía en silencio. El gesto de su madre bastaría para saber si eran buenas o malas noticias. ¿Qué cara pondría? Al lado de Urakawa, Koperu también se quedó mirando expectante el grueso rostro de la señora.

Lo estuvo leyendo con el entrecejo levemente fruncido, pero cuando terminó sonrió ampliamente. Los dos suspiraron aliviados. El alivio era evidente también en el rostro de su madre.

—Tome, papá llegará esta noche. Mira —dijo, y le entregó el telegrama a Urakawa.

Con letras color lila, el telegrama decía así:

Todo arreglado. Vuelvo esta noche.

Los dos salieron a la calle. Bajo el cielo azul que se entreveía desde la estrecha calle, el viento frío seguía azotando los tejados y ululando.

Koperu y Urakawa fueron sorteando a la gente, uno al lado del otro, por aquella calle que parecía un túnel en dirección a la avenida del tranvía.

Urakawa parecía estar en otra parte, como si no viera a los transeúntes con los que se iban cruzando.

—Oye, «todo arreglado» significa… —dijo en voz baja Urakawa— que mis tíos le ayudan, ¿verdad?

—Seguro.

—Claro.

—Seguro que sí. Tiene que ser eso.

Se iban exaltando mientras hablaban.

Desaparecía una preocupación para Urakawa y, además, volvería a clase.

Su alegría era patente en su andar brioso. A pesar de que en el colegio sus compañeros le tomaban el pelo y se reían de él, Urakawa celebraba como un triunfo el volver a la escuela.

Los dos se despidieron al llegar al final de aquel barrio, en la esquina que daba a la avenida.

—Bueno, nos vemos… —dijo Urakawa con un deje de pena en su voz, y se marchó hacia la calle de los delantales.

Koperu tenía que bajar la cara de tanto en tanto para protegerse del ventarrón mientras iba caminando a buen ritmo por la avenida. Se sentía como si no pudiera avanzar más despacio.

El miércoles siguiente, Koperu volvió a casa de Ura kawa según lo acordado. Resumiré lo que sucedió para no alargar demasiado el relato.

Gracias a él, Urakawa recuperó las clases perdidas y con ello cierta

calma.

Koperu, por su parte, disfrutó de lo lindo accionando y deteniendo el motor.

En un momento en que Koperu se quedó embelesado observando la máquina, que comenzaba a girar haciendo «buuum», la madre de Urakawa

—aquella señora gorda— contemplaba a su vez a Koperu con las manos en jarras, los codos tensos y un gesto evidente de satisfacción, seguramente pensando: «Qué diferente es este chico de mi hijo».

Al regresar a casa, terminó una cena tardía y, aunque ya eran las 20.00 h, se fue a casa de su tío.

Su tío estaba metido en el *kotatsu*, una especie de mesa camilla con brasero o estufa y faldones de tela gruesa. Estaba leyendo la edición vespertina del periódico, alumbrándolo de cerca con la lámpara eléctrica.

Koperu también metió las piernas en el *kotatsu* e inmediatamente le dijo todo orgulloso:

—Tío, hoy he manejado un motor.

—¿Un motor? ¿De juguete?

—¡No digas tonterías! Uno de verdad, hombre. He estado operando un motor de verdad.

—Vaya. Mira qué bien. ¿Y qué clase de motor era?

A Koperu le pareció poco meritorio decirle que fue un motor de una tienda de tofu. Así que, simplemente, se quedó callado. Pero su tío le volvió a preguntar:

—¿Has estado en alguna fábrica?

—Sí.

—¿En cuál?

—¡En una fábrica de alimentos elaborados! —dijo, dándose importancia.

—¿Qué alimentos elaborados?

—Bueno, pues… alimentos que, digamos, tienen la soja como su materia prima y…

—¿Y?

—Se elaboran cociéndola y…

—¿Y después?

—Luego se tritura y…

Llegados a este punto, el tío comenzó a sonreír maliciosamente y continuó por él:

—Después, se cuece eso en una vaporera y se trocea en rectángulos de dos centímetros de grosor, catorce o quince de largo y siete de ancho,

¿quizá? Luego, se enfrían con agua y se venden por cinco céntimos cada uno. ¿No es así?

—Bah, lo adivinaste —dijo, y se rascó la cabeza.

El tío se rio, pero no tardó en volver a ponerse serio y le preguntó:

—¿Has estado en casa de Urakawa?

Koperu le contó a su tío los pormenores de las dos visitas que le había hecho. Como todo lo que vio y oyó en casa de Urakawa fue nuevo para él, disfrutó mucho contándoselo:

—La madre de Urakawa es más grande que tú. Es como Tamanishiki, el luchador de sumo. Es capaz de levantar ella sola una olla así de grande llena de aceite. Yo diría que tiene mucha más fuerza que tú.

—Madre mía. Como me despiste y me cuele en su casa sin querer, me agarra del pescuezo y me lanza a la calle.

—Qué va. No lo haría si no hicieras nada malo. Es muy amable y atenta.

Me cae fenomenal.

Siguió contándole más detalles de la casa de Urakawa, así como otros sobre el propio Urakawa, según le iba preguntando su tío. No obstante, mantuvo en secreto que su padre había ido a Yamagata a pedir dinero.

Koperu supo mantener el secreto.

Después de escucharlo, su tío dijo:

—La verdad es que Urakawa es muy diferente a vosotros. Ahora entiendo por qué no tiene amigos en el colegio. Por cierto, me gustaría que me dijeras una cosa.

—¿El qué?

—¿Cuál crees que es la mayor diferencia entre vosotros y él?

—A ver, pues… —empezó Koperu, pero se quedó pensando, algo confuso. Estuvo así un rato entre pensativo e indeciso, pero finalmente dijo con evidente incomodidad—: La familia de Urakawa es pobre, pero las nuestras, no.

—Exacto —dijo su tío al tiempo que asentía y le volvía a preguntar—:

¿Pero qué diferencia crees que hay, no entre su familia y las vuestras, sino entre él y vosotros?

—No lo sé. —Koperu no supo qué responder.

En ese momento, el reloj marcó las 21.30 h y emitió un «pooom».

Koperu tenía clase al día siguiente y no podía estar danzando hasta muy tarde. Interrumpieron la charla y regresó a casa a corriendo.

Pero la última pregunta de su tío tiene miga. Así que vamos a curiosear otra vez en su cuaderno para saber qué hay escrito. Aquella noche también, después de que Koperu se fuera, su tío se quedó escribiendo afanosamente en su cuaderno.

El cuaderno del tío

Porque somos personas

—Sobre lo que significa ser pobre—

1

Querido Koperu:

Has hecho muy bien en ayudar a Urakawa. Qué feliz debió de sentirse tu amigo, siempre marginado en el colegio, por tu muestra inesperada de buena voluntad y disposición. Entiendo que tú también te sentiste muy satisfecho ayudando a un amigo solitario y necesitado, y sabiendo que lo hiciste tan feliz.

Además, creo que fue una muy buena experiencia para ti saber que dentro del Urakawa del que todos se ríen hay otro que, lejos de poder ser objeto de mofa alguna, es dueño de un corazón hermoso y lleno de buenos sentimientos que no podemos dejar de admirar. Escuchándote hablar, me fue muy grato no detectar en ningún momento sentimiento de superioridad alguno en ti, ni en lo que hiciste por él ni en tu forma de contarme las cosas. Creo que eso es porque tú y Urakawa sois buenos y sinceros. Si Urakawa hubiera sido alguien retorcido, quizá hubieras pensado de él: «¿De qué va? Si no sabe hacer nada en la escuela»; o tal vez incluso, aunque no lo llegaras a decir: «¿Qué se cree? Con lo pobre que es». El carácter sincero y bueno de Urakawa impidió que se despertaran ese tipo de reacciones en ti. Por otro lado, si te hubieras acercado a Urakawa desde una posición de superioridad, alardeando de tus buenas notas o despreciando los escasos recursos de su familia, ni siquiera el tímido Urakawa hubiera aceptado tu ayuda alegremente. Así que celebro realmente que no hubiera nada de eso por ninguna de las dos partes. Me alegra especialmente saber que no menosprecias en modo alguno a Urakawa porque su familia sea pobre.

Irás dándote cuenta a medida que te vayas haciendo mayor, pero debes saber que, en general, las personas pobres viven sintiéndose inferiores por serlo. La ropa andrajosa, la vivienda sórdida y la comida de baja calidad son detalles por los que la gente se siente fácilmente avergonzada. Por supuesto, hay personas admirables que viven con orgullo aunque sean pobres, pero no son pocos quienes ante la gente que tiene más dinero adoptan una actitud humillante y servil, como si creyeran que no están a su altura como personas. Naturalmente, este tipo de personas son despreciables. No por ser pobres; son despreciables, precisamente, por su espíritu servil. Dicho lo cual, querido Koperu, es justo reconocer que es muy humano que incluso

las personas con una buena autoestima se sientan en algún momento inferiores por ser pobres. Por eso, debemos ser siempre

discretos y considerados con ellas para evitar que pasen vergüenza. Como personas, nada hay más desagradable que sentir que nos dañan la autoestima.

Pero los pobres suelen sufrir ese dolor con bastante frecuencia. Por eso, debemos evitar a toda costa herir esa autoestima frágil por una falta de consideración hacia ellos.

Es cierto que en teoría nadie tendría que sentirse inferior por ser pobre. Sin lugar a dudas, la auténtica valía de una persona no está en la ropa que se ponga, en la casa en la que viva o en la comida con que se alimente. Por muy estupenda que sea su ropa o por maravillosa que sea su casa, un estúpido será un estúpido y un ser vil será un ser vil, y su valor como persona no mejorará un ápice por tener lo que tenga. Por el contrario, por muy pobre que sea alguien, si es íntegro y de buen entendimiento, siempre será una persona respetable. Por eso, un ser humano verdaderamente seguro de su valía como persona debería poder vivir tranquilamente sin que las circunstancias azarosas de la vida lo alteren constantemente. Con el fin de evitar creernos inferiores por ser pobres o superiores por ser ricos, todos, como seres humanos, debemos tener siempre presente la auténtica valía de las personas. Percibir la pobreza como un signo de inferioridad es una muestra clara de falta de madurez como persona.

Sin embargo, ser honrado e incluso severo con uno mismo no está reñido con el deber de ser comprensivo y considerado con la fragilidad de la autoestima de las personas con pocos recursos. No tendrás ningún derecho a ignorar esos sentimientos, como mínimo hasta que hayas pasado por su misma situación, hayas sufrido y padecido la pobreza en tus carnes, y aun así no pierdas la confianza en ti y seas capaz de ir por la vida con la cabeza bien alta. Ten esto siempre presente. Debes saber que, si llegaras a jactarte de la solvencia de tu familia o sintieras el más mínimo desdén por las personas que viven en la pobreza, te harías merecedor del desprecio de otros más nobles que tú. Las personas que desconocen lo que es realmente importante en un ser humano se convierten en ignorantes merecedores de compasión, precisamente, por esa ignorancia.

En casa de Urakawa no actuaste con altivez en ningún momento. Ahora sé muy bien que no hay en tu corazón rastro de desdén ni menosprecio hacia las personas con pocos recursos. Sin embargo, aún no eres consciente de cuán importante es seguir siendo así cuando seas

mayor. Me gustaría aprovechar la

ocasión para que comprendas la importancia de esto, una importancia que irá en aumento cuanto mejor sepas cómo funciona el mundo. De hecho, es algo que deberías no perder nunca de vista también para conocer el mundo en su justa medida. La razón es que —quiero que prestes mucha atención a esto y lo recuerdes muy bien— la gran mayoría de la gente que vive en el mundo es pobre.

Y porque el hecho de que esa gran mayoría no pueda llevar una vida digna de una persona es el gran problema de nuestro tiempo.

2

Fuiste a casa de Urakawa y te diste cuenta de las diferencias entre su familia y las vuestras. Supiste que la suya es una familia pobre en comparación con las vuestras. Sin embargo, una cantidad ingente de personas en el mundo —tantas que te sorprendería— no pueden vivir ni siquiera en una casa como la de Urakawa. Si se comparase con ellas, la familia de Urakawa no sería ni mucho menos pobre. Quizá te sorprenda saber esto.

Pero párate un momento a pensar en los empleados jóvenes que trabajan en su negocio. Ellos sueñan con llegar a regentar algún día una tienda como la de Urakawa. Estamos diciendo que la familia de Urakawa es pobre, pero puede mandar a su hijo a cursar estudios de secundaria. En cambio, los chicos que trabajan en su tienda han tenido que abandonar los estudios en primaria.

Siguiendo esta línea, la familia de Urakawa dispone de una máquina para hacer tofu, compra la soja, que es su materia prima, emplea a chicos jóvenes y vive, en definitiva, desarrollando una especie de negocio familiar. Pero sus empleados jóvenes, aparte de su esfuerzo, no tienen nada que los ayude a salir adelante.

Trabajan todo el día con sus cuerpos para mantenerse vivos.

¿Qué les espera a estas personas si enferman o sufren graves accidentes que los incapaciten de por vida? Para quienes su cuerpo es su única fuente de subsistencia, no poder trabajar significa quedar condenado a morir de hambre. A pesar de ello, lamentablemente, quienes peor lo pasarían si enfermaran o se lesionaran suelen vivir en las circunstancias más propensas a enfermedades o accidentes. Alimentos de baja calidad, viviendas insalubres y trabajos físicamente exigentes, incompatibles con lujos tales como reservarse energía para no estar demasiado cansados al día siguiente. Trabajan azuzados por

las necesidades inmediatas y permanentes.

El verano pasado fuimos con tu madre a Bōshū[2]. ¿Recuerdas aquel bosque de chimeneas humeantes que estuvimos viendo durante un rato desde las vías altas del tren en nuestro trayecto por los barrios de Honjō y Jōtō después de partir de la estación de Ryōgoku? Hacía mucho calor. Bajo un cielo de verano deslumbrante, el paisaje de tejados cubriendo densamente el terreno y las innumerables chimeneas descollando entre ellos se extendía hacia la línea del horizonte. Un viento caliente que llegaba pasando por encima de aquella extensión se metía en los vagones. Nada más salir de Ryōgoku dijiste que querías un helado. Nos fuimos a Bōshū huyendo del calor de Tokio, pero debajo de cada una de aquellas chimeneas había decenas y centenares de obreros, trabajando bañados en sudor y cubiertos de polvo. Después de dejar atrás la ciudad de Tokio, comenzamos a ver lozanos arrozales y por fin respiramos aliviados sintiendo el aire fresco. Pero, si lo piensas un poco, enseguida te darás cuenta de que aquellos hermosos arrozales no existirían sin el duro trabajo de agricultores que no podrían huir del calor aunque quisieran. De hecho, vimos desde el tren a hombres y mujeres trabajando en los campos, sumergidos en el agua hasta la cadera, arrancando afanosamente la mala hierba.

Esas personas existen. Esas personas existen en todo Japón; qué digo: en Japón y en todo el mundo. Y son la mayoría en cualquier país. Cuántas incomodidades no padecerán en su día a día. Nada les sobra para vivir y ni siquiera en la enfermedad reciben todos los cuidados necesarios. Estudiar —la transmisión del conocimiento, ese orgullo de la humanidad— o deleitarse con grandes obras de arte —pintura o música— son anhelos dados por perdidos antes siquiera de intentar alcanzarlos. ¡Mi querido Koperu! Leíste dos tomos de Los grandes logros de la humanidad y conoces la increíble odisea de decenas de miles de años de esfuerzo y superación de la humanidad, desde los tiempos inmemoriales en que éramos equiparables a bestias salvajes hasta las cotas de civilización alcanzadas hoy en día. Sin embargo, los frutos de este esfuerzo no son compartidos por todos los hombres. Seguramente digas: «Eso no está bien».

Efectivamente, no debería ser así. Algo falla si todos los humanos no viven como tales; algo falla si el mundo no es ese lugar en que los humanos puedan vivir como tales. Para los dueños de un corazón recto esto es indiscutible. Pero, por muy lamentable que nos pueda parecer, por ahora, el mundo no es así. La humanidad ha progresado, sí; pero aún no ha llegado hasta ese punto. Todas

estas cuestiones son problemas pendientes de la humanidad.

La existencia de la pobreza es el origen de terribles problemas en el mundo: innumerables personas sumidas en la desgracia a causa de la pobreza o conflictos entre humanos profundamente enquistados por causas derivadas de la pobreza. No pretendo contarte todos esos problemas ahora a ti, que vives feliz y en paz con el mundo. No es necesario porque los irás conociendo inexorablemente a medida que vayas creciendo.

Pero ¿por qué a pesar del desarrollo alcanzado por la humanidad siguen existiendo estos problemas? ¿Por qué no se erradican estas desgracias de una vez? A tu edad, aún es pronto para que entiendas todas las dimensiones del problema. Aunque podrás comprender las ideas básicas leyendo la parte de «La sociedad» de la Guía para la vida, no será ni mucho menos tarde que formes correctamente tu propio juicio sobre el asunto cuando ya seas mayor, y una vez que conozcas suficientemente el funcionamiento intrincado de la sociedad y hayas, asimismo, alcanzado cierta madurez intelectual.

De lo que, sin embargo, me gustaría que fueras plenamente consciente ahora, es de lo afortunado que eres de poder estudiar sin ataduras ni impedimento alguno y de poder desarrollar tu talento sin límites en un mundo como este.

¡Querido Koperu! Presta atención a la palabra «arigatai». Como sabes, se utiliza con el sentido de «es de agradecer» o «merece agradecimiento». Sin embargo, el significado literal y originario de esta palabra es «es difícil que algo sea así» o, dicho de otro modo, «es algo que no suele ocurrir». Cuanto más consciente es uno de que su dicha o fortuna en la vida es algo poco común, más agradecido se siente. Así, la palabra «arigatai» pasó a significar «es de agradecer», y decir

«arigato» se convirtió en la forma de expresar gratitud. Fíjate en el mundo que te rodea y pon tu situación actual en perspectiva. ¿No crees que la tuya es realmente «arigatai», en el sentido literal de la palabra?

No todos pueden cursar estudios de secundaria como vosotros solo porque hayan terminado primaria. Asimismo, si uno pertenece a una familia como la de Urakawa, deberá dedicar parte del tiempo de estudio a trabajar. Pero en tu vida no hay nada que te impida estudiar. Solo depende de tu esfuerzo aprovechar todo lo que la humanidad ha ido acumulando con gran esfuerzo a lo largo de decenas de miles de

años.

Si efectivamente es así…

Sabes bien lo que sigue sin que te lo tenga que decir: qué debe hacer alguien en una situación afortunada y privilegiada como la tuya y cuáles deben ser los principios rectores de tu vida para que sea auténtica. Estoy seguro de que ya lo sabes y no hace falta que te lo repita.

Deseo de corazón, junto con tu difunto padre, así como junto con tu madre, que tantas esperanzas tiene depositadas en ti, que alimentes tu talento sin descanso y llegues a ser una persona verdaderamente valiosa para el mundo.

¡Confiamos en ti, Koperu!

3

Para terminar, te voy a dejar planteado un problema sobre el que me gustaría que reflexionaras. Sabes bien lo conectadas que están las personas gracias a tu

«ley de las redes». Aunque las personas cuyas vidas son difíciles y las que viven de manera relativamente cómoda —como nosotros— aparentemente no mantengan ninguna relación, lo cierto es que están relacionadas mediante conexiones difícilmente separables. Por eso, es un error ignorar a esas personas y vivir solo buscando nuestra propia felicidad. Sin embargo, sería un despropósito tremendo considerarlas únicamente como merecedoras de compasión, como seres infelices y desgraciados. Koperu, aquí hay otra cuestión importante que no debemos pasar por alto.

Entre las personas que han vivido en la pobreza, solo han cursado estudios de primaria y después han dedicado su vida a trabajos físicos, hay muchas que siendo adultas ni siquiera saben lo que tú ya sabes. Lo normal es que desconozcan los conceptos más elementales de geometría, álgebra o física, que solo se enseñan después de secundaria, y tampoco es extraño que sus gustos y preferencias sean poco refinados y vulgares. Si viéramos las cosas únicamente desde este punto de vista, no será difícil que te creas mejor que ellas. Pero, si cambias la perspectiva, te darás cuenta de que son ellas, precisamente, las que cargan a sus espaldas con las vigas maestras de este mundo. Y, en este sentido, serían personas incomparablemente más respetables y admirables que tú.

Piénsalo bien. ¿Acaso hay algo que necesitemos nosotros para vivir que no sea el producto del trabajo de otros seres humanos? De hecho, los productos más refinados como el conocimiento científico o las obras de arte también son posibles gracias a la dedicación y al esfuerzo de estos seres humanos. Sin el

trabajo de los demás, ni civilización ni progreso alguno hubieran tenido lugar.

¿Y qué hay de ti? ¿Qué es lo que tú haces? Recibes muchas cosas del mundo, pero ¿qué aportas tú? No hace falta pensar mucho: solo recibes sin aportar nada. Las tres comidas al día, los dulces, los lápices que utilizas en tus estudios, la tinta, la pluma, los folios… Aún eres un chaval de secundaria, pero consumes muchas cosas en tu día a día. La ropa, los zapatos, el escritorio y otros enseres o la casa en la que vives quedarán inutilizables con el tiempo, por lo que los estarías consumiendo igualmente. Visto así, se puede decir que tu vida es la de un especialista en consumir.

Ni que decir tiene que nadie vive únicamente produciendo sin consumir nada, porque todos necesitan comer y vestirse, por ejemplo. Ni tampoco se trata de demonizar el consumo porque la producción está, precisamente, destinada a un consumo provechoso. Pero, si se comparase a la gente que produce para el mundo más de lo que consume y a la que solo se dedica a consumir sin aportar nada, y se preguntara cuál es más respetable y valiosa para el mundo, la respuesta es evidente. Si no hubiera nadie que produjera cosas, no sería posible consumir nada saboreándolas o disfrutándolas. Trabajar para crear nos hace humanos. Esto no solo es aplicable a los productos materiales, como alimentos o ropa. En el mundo de la ciencia o del arte, quienes producen conocimiento u obras de arte son mucho más importantes que quienes simplemente los reciben.

Así que deberás tener siempre clara la diferencia entre las personas que producen y las que consumen. Consideradas así las cosas, te darás cuenta de que entre quienes se pasean recostados en sus coches y viven en casas estupendas hay, curiosamente, bastante gente poco valiosa. Asimismo, encontrarás, entre las personas que no gozan de aprecio social, a muchas ante las que debemos inclinarnos.

Y esta es, querido Koperu, una de las grandes diferencias entre vosotros y Urakawa.

Urakawa aún es un adolescente, pero ya está admirablemente integrado en el lado de quienes aportan. El olor a aburage que

impregna su ropa es algo de lo que bien podría enorgullecerse y en ningún caso sentirse avergonzado.

Dichas así las cosas, pudiera parecer que estoy criticando que solo consumas y no produzcas; pero no es eso lo que pretendo. Sois todavía estudiantes de secundaria que os estáis preparando para después poder contribuir a la

sociedad. Por lo tanto, no tengo nada que objetar a vuestra situación. Pero debéis ser conscientes de lo que sois ahora: simples consumidores. Por eso, lo correcto en vuestro caso es sentir, humildemente, admiración y respeto por Urakawa, que, aun obligado por las circunstancias, está cumpliendo con su papel en el negocio familiar y trabaja sin poner mala cara.

Que alguien como vosotros se ría de él es de una inconsciencia atroz, además de un despropósito mayúsculo.

Después de que digieras todo lo anterior, hay algo más sobre lo que me gustaría que reflexionaras.

En relación con los objetos materiales necesarios para la vida diaria, solo consumes y no produces. Pero, aunque quizá no seas consciente, en otro orden de cosas estás creando algo grande todos los días. ¿De qué crees que estoy hablando?

Querido Koperu.

No te diré la respuesta para que tú mismo encuentres una.

Tómatelo con calma. Basta con que recuerdes esta pregunta y encuentres la respuesta en algún momento. No se la pidas a nadie. Es muy probable que la de otra persona no te convenza. Lo importante es encontrarla tú mismo. Quizá la encuentres mañana o no la descubras ni siquiera de mayor.

En cualquier caso, como personas, pienso que es una respuesta que todos debemos encontrar.

Graba esta pregunta en tu corazón, recuérdala de vez en cuando y piensa bien en ella. Estoy seguro de que algún día te darás cuenta de que hiciste bien en hacer lo que te pedí.

¿De acuerdo? Venga, que no se te olvide.

5

Napoleón y cuatro jóvenes

En una elevación del terreno de Takanawa, desde el que se avista el mar de Shinagawa y cuya arboleda es frondosa aun en invierno, se alza una gran mansión de estilo occidental. Es la casa de Mizutani. El edificio, cercado por vallas de hierro, tiene techo de tejas rectas coronado por una veleta.

Aquella construcción occidental a la antigua usanza, con claras reminiscencias de la era Meiji, está rodeada de árboles de jardín y sumida siempre en una calma que parece perpetua. El día 5 de enero, Koperu volvía a casa de Mizutani después de un tiempo.

Ese día estaba previsto que Kitami y Urakawa también fueran a su casa.

Concluidos los exámenes del segundo trimestre sin sobresaltos, conociendo cada uno sus notas y a punto de comenzar las vacaciones de invierno, Mizutani había invitado a los tres a jugar en su casa el día 5. Koperu había estado varias veces en casa de Mizutani. Solía ir desde que estaba en primaria. Pero para Kitami y Urakawa era la primera vez. Mizutani invitó a Urakawa porque Koperu le había contado cosas sobre él y le había caído bien.

En cuanto a los exámenes del segundo trimestre, Koperu fue, como siempre, uno de los mejores de la clase, y Urakawa, a pesar de su

inseguridad, lo hizo mejor que en el trimestre anterior. Sobre todo, en

Inglés, cuyas notas sorprendieron al propio Ura kawa. Quedó claro que la ayuda de Koperu fue efectiva. Así que los dos recibieron el Año Nuevo satisfechos y con buen ánimo. Koperu estaba especialmente ilusionado de que los tres buenos amigos se juntaran, ahora también con Urakawa. Era una mañana de invierno poco habitual en Tokio, sin viento y con el cielo despejado. Koperu fue caminan do deprisa hacia la casa de Mizutani por el barrio de mansiones y palacetes engalanado con grandes pinos ornamentales. Hasta iba sudando un poco.

Delante de las dos gruesas columnas hechas con piedras superpuestas que flanqueaban el portón de la casa de Mizutani había dos *kadomatsu* gigantes, más altos que un hombre adulto y que recordaban a un guardia de honor presentando armas. Al otro lado del portón había plantado un enorme *shii* que tapaba el cielo con su follaje. Rodeando aquel árbol y subiendo por un caminito de gravilla, se llegaba a una elegante entrada con porche. En el césped circular que había delante, cuatro o cinco palmeras rozaban sus troncos peludos y extendían sus copas como manos abiertas en extraños

gestos. La luz del sol las bañaba por encima del alto tejado de la mansión.

Normalmente la puerta de la entrada estaba cerrada y en silencio. Pero ese día estaba abierta y había colocado un tarjetero.

«¿Habrán llegado ya Kitami y Urakawa?», pensó mientras pulsaba el timbre.

Apareció un *shosei*[3] que conocía. Este, al verlo, dijo inmediatamente:

—Bienvenido. Ya están todos y le están esperando.

Koperu miró de reojo a un lado de la entrada mientras se quitaba los zapatos. Debajo de un precioso pino en una maceta, vio unas botas de suela gruesa de baja calidad y unas botas de fútbol, ambas perfectamente colocadas.

Siguió al *shosei*, dobla que te dobla, por oscuros pasillos con suelo de moqueta. Cada vez que venía a casa de Mizutani, le maravillaba su tamaño y se preguntaba: ¿qué harán con todas estas habitaciones? El *shosei* seguía caminando sin decir nada delante de él, que solo podía seguirlo también en silencio.

La habitación de Mizutani estaba en un edificio anexo al que llamaban Pabellón Nuevo. Se trataba de un luminoso edificio de hormigón

armado que el padre de Mizutani había construido expresamente para él y sus hermanos. Su luminosidad se debía a que todas sus estancias estaban diseñadas para que la luz natural entrara en ellas como si tuviesen paredes de cristal. A sus pies, y desde todas las salas, se contemplaba sin obstáculos la bahía de Shinagawa. El padre de Mizutani era un importante hombre de negocios que representaba a todo un sector empresarial. Ejercía cargos de administrador, auditor y otros equivalentes a los de presidente en varias grandes compañías y bancos. Sus títulos no se contaban con los dedos de las dos manos. Con el dinero que tenía, quería hacer lo más felices posible a los hermanos Mizutani.

Llegaron por fin a la habitación de Mizutani. El *shosei* golpeó la puerta

con los nudillos.

—Pasa. ¿Quién es? —dijo una preciosa voz de mujer.

A Koperu le sonaba aquella voz.

Al abrir la puerta, una figura vestida con un suéter amarillo se dio la vuelta y miró a Koperu. Era una chica de unos diecisiete o dieciocho años con el pelo corto y unas facciones muy bien definidas. Era la hermana mayor de Mizutani. Mizutani, Kitami y Urakawa estaban sentados, uno al lado del otro, muy formales, cerca de la ventana por la que entraba una luz cálida.

—¿Eres Koperu? Llegas muy tarde. Pensaba que ya no vendrías —dijo la hermana de Mizutani. Pero inmediatamente le volvió a decir a modo de saludo—: En cualquier caso, feliz Año Nuevo.

—Feliz Año —respondió, al tiempo que se fijaba en un detalle que le llamó la atención.

A pesar de ser una chica, la hermana de Mizutani llevaba pantalones, como ellos. Sin embargo, a ella el gesto de incredulidad de Koperu no le pareció importar en absoluto y volvió a dirigirse a él:

—Hacía mucho que no te veía. Pero sigues siendo igual de bajito.

—No me tomes el pelo. A ti te parecerá que no he crecido, pero soy como mínimo cinco centímetros más alto que el año pasado —replicó Koperu algo disgustado—. Tú tampoco es que seas muy alta.

—¡Anda que no! Soy la novena más alta de clase. No como alguien, que es el segundo por la cola.

—Bah. Es igual. Habla chucho, que no te escucho —respondió Koperu resignado, y se acercó a sus amigos.

Los tres se levantaron y se intercambiaron saludos de «Feliz Año» con Koperu. Este les preguntó qué estaban haciendo.

—Estábamos escuchando a la hermana de Mizutani mientras te esperábamos —dijo Kitami—. Las cosas que nos cuenta son muy interesantes. ¿Por qué no la escuchas tú también?

Koperu se sentó en una silla que encontró cerca. Era una silla de un diseño vanguardista y occidental. Su estructura era una única barra de acero curvada como un trazo hecho con pincel y con una gruesa tela pegada en el respaldo y el asiento. Todo lo que había en aquella habitación —el escritorio, las estanterías, el flexo— carecía de ornamentos innecesarios y compartía un diseño de líneas sencillas y elegantes. La habitación era un espacio refrescante, alegre y moderno. Desde la gran ventana se veía la reverberación de la luz en el agua del mar de Shinagawa.

—¿Qué les estabas contando, Katsuko? ¿Cuentos de hadas? —preguntó Koperu.

—Anda ya, no seas impertinente. Les estaba hablando sobre el espíritu heroico —respondió Katsuko.

—¿Ah, sí? Suena a algo complicado.

—Para nada. Solo pienso que tanto los chicos como las chicas debemos tener espíritu heroico.

—Venga, es igual. Sigue contándonos, por favor —intervino Kitami.

Katsuko se puso de pie delante de los cuatro sentados y comenzó a hablar:

—Como os iba diciendo, hay una anécdota maravillosa de Napoleón que tuvo lugar durante la batalla de Wagram, en 1809. El ejército francés y las fuerzas de Austria se enfrentaron cerca del Danubio. Fue una batalla épica.

Los países implicados se jugaban su destino. Por muy fuerte que fuera su ejército, Napoleón no lo tuvo fácil. Cientos de soldados a caballo se abalanzaban como un tsunami sobre las líneas francesas, las atravesaban e iban acercándose. La Guardia Imperial de Napoleón se las veía y se las deseaba para resistir y repeler las acometidas de los

contrarios, que no obstante volvían una y otra vez, en nuevas y más feroces oleadas, pasando por encima de los cadáveres de sus compatriotas. La Guardia Imperial, considerada in vencible, estuvo a punto de ser arrollada varias veces. —

Katsuko se detuvo y tomó aire. Constató la atención con la que todos la

escuchaban y continuó—: En esos momentos, Napoleón estaba observando la batalla desde la cima de una colina. Los contrincantes se precipitaban sobre el ejército fran cés con la vista puesta en él. Por eso, los oficiales del Estado Mayor que lo acompañaban estaban nerviosísimos. «Su Majestad, le rogamos abandone este lugar temporalmente», le insistían; pero él no mostraba ninguna intención de moverse. No hubo manera de convencerlo para que se trasladara a un lugar más seguro. ¿Sabríais decirme por qué Napoleón se negaba a ir? —preguntó, y, poniendo los brazos en jarras y clavando los pies firmes en el suelo, esperó la respuesta de alguno de los cuatro.

Sin embargo, todos se limitaron a permanecer en silencio mirando a Katsuko con cara de no saber qué decir. Con un movimiento de cabeza, Katsuko se levantó el pelo que le empezaba a caer en la cara y prosiguió con entusiasmo:

—Si solo hubiera tenido que comandar la batalla, lo hubiera podido hacer desde otro lugar mucho más seguro. Por lo tanto, no se quedó en aquel cerro porque tuviera que seguir dirigiendo el combate. Ni mucho menos.

Napoleón se quedó allí porque estaba embelesado, viendo combatir a las tropas. ¡No se quería ir porque quería seguir viendo al enemigo! «¡Qué bravura, qué bravura!», exclamaba admirado por la intrepidez de las tropas que se le echaban encima para matarlo. Se había olvidado hasta del riesgo que corría estando allí… ¿No os parece maravilloso? —Los ojos de Katsuko brillaban y sus pómulos se habían encendido de la emoción—. Me parece un hombre admirable. Pensadlo bien. Están en plena batalla. Es la guerra. Es una lucha a vida o muerte. O los matas o te matan. Es una situación límite, desesperada. En medio de esa vorágine, ser capaz de alabar el arro jo del enemigo, de quedar cautivado por su bra vura… Me parece realmente grandioso. Realmente viril.

Embargada por la emoción, la mirada de Katsuko parecía contemplar la lejanía. A Koperu, en ese momento Katsuko le pareció hermosa.

—¿Pero quién ganó al final? Napoleón, ¿verdad? —preguntó Mizutani.

—No seas impaciente, Hayao. Si es que no me dejas hablar —dijo, sobreactuando un gesto de desdén—. Por supuesto que ganó Napoleón. Tras dos días de batalla encarnizada, finalmente, Napoleón doblegó a las fuerzas austríacas. Pero el resultado de la batalla no es lo importante.

—¿Cómo que no? Perder es un fracaso.

—Si es que no te enteras. Gane o pierda, un héroe es un héroe. No, mejor: un héroe es, precisamente, alguien grande incluso en la derrota.

¿Acaso no te das cuenta de esto siendo un chico, Hayao? —dijo, y frunció el ceño con expresión triste ladeando la cabeza.

Un mechón de pelo le cayó en la cara. Después, anduvo un rato yendo y viniendo delante de los cuatro con cara de estar pensando en algo muy serio, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Urakawa y Kitami estaban absortos en la escena con la boca abierta. Koperu y Mizutani se miraron.

—Mi hermana se cree que es Napoleón —dijo Mizutani en voz baja.

Koperu entornó los ojos.

—Es evidente que en una guerra nadie quiere perder —comenzó de nuevo Katsuko—. Además, todo el mundo aprecia su vida. A nadie le gusta hacerse daño. Nunca he estado en ninguna guerra, pero me imagino en una y deben de ser terribles. Estoy segura de que, la primera vez, cualquiera temblaría de miedo. Pero…

»Pero las personas, cuando están imbuidas de espíritu heroico, pueden olvidar el miedo. El valor para superar cualquier dificultad brota en sus corazones y ni siquiera temen la muerte. Esto es lo que más me fascina. Es como si el ser humano trascendiera sus límites.

—Hummm —asintió Kitami en tono de aprobación.

—Además, no solo es que no se sienta perder la vida; si solo fuera eso, un bruto temerario también sería un héroe. Alguien que se encolerizara, se dejara dominar por la locura y se volviera un temerario, no tendría nada de

admirable. Sería poco más que un perro rabioso. Pero mantener la calma, no perder la cordura y, a pesar de ello, no sentir miedo a morir… Eso, para mí, es maravilloso.

—Hummm —volvió a asentir Kitami.

A su lado, Urakawa parecía aún un poco perdido. Pero seguía mirando a Katsuko con mucho interés. Nunca había conocido a una chica como aquella.

—Cuando pienso que en ciertas situaciones las personas son capaces de armarse del coraje necesario para superar cualquier miedo o sufrimiento, siento algo indescriptible en mi corazón. ¿No os parece que embarcarse voluntariamente en empresas que exigen dolor y sacrificio y hallar la felicidad en culminarlas es algo verdaderamente grandioso? Cuanto mayor es el sufrimiento, mayor es la dicha al superarlo. Por eso, ni la muerte las arredra. Pienso que esa es la esencia del espíritu heroico.

»Estoy convencida de eso. Me parece mucho más digno morir movido por este espíritu que seguir vivo ociosamente y sin preocupaciones. Perder siendo fiel a este espíritu no sería un fracaso, como no sería una victoria ganar sin ese espíritu.

Katsuko se detuvo y exclamó con una voz que vibraba de emoción:

—¡Oh! ¡Aunque solo fuera una vez, me gustaría sentir ese espíritu en medio de un gran dolor! ¡Qué maravilloso sería! Napoleón es grandioso. Su vida entera estuvo guiada por este espíritu. Era el espíritu heroico personificado. Por eso pudo admirar hasta quedar embelesado con la bravura de los combatientes enemigos. Me parece un hombre tan auténtico… ¿Verdad, Koperu? —dijo de pronto dirigiéndose a él. Cogió una pequeña postal que había encima del escritorio y continuó hablando mientras se la mostraba—: ¿Qué te parece este dibujo?

Era un cuadro de Napoleón a la cabeza de un gran ejército a campo abierto. En la mitad superior de la escena se extiende el cielo nocturno invernal. El terreno desolado y sin rastro de vegetación está cubierto de una

fina capa de nieve. Un sinfín de carros de cañones debieron de pasar por el terreno con la nieve derretida: en el suelo se ven surcos hondos ya congelados. Por esa banda de tierra levantada y en pésimas condiciones, Napoleón avanza a lomos de un hermoso caballo blanco mirando de frente a la lejanía. Le siguen un gran número de generales

y oficiales, también a caballo. Dejando un trecho de campo nevado, se ve marchando a la enorme tropa de infantería formando innumerables líneas. Su final se pierde en el horizonte. El cielo, que cuelga bajo, se ilumina levemente en la línea del horizonte y destaca en el cielo plomizo la figura del héroe ataviado con su abrigo gris y tocado con bicornio. La escena traslucía un profundo pesar.

—Esta escena —comenzó a explicar Katsuko sin esperar su respuesta —

representa a Napoleón y su tropa yendo a combatir contra el ejército de la coalición de varios países europeos que habían invadido territorio francés en 1814. Era un momento en que Napoleón estaba en declive. Después de su fracasada campaña en Rusia, muchos países europeos se aliaron para hacerle frente y penetraron en Francia. Tras su derrota en la batalla de Leipzig, siguió luchando en distintos frentes, mostrando una vitalidad casi sobrehumana, hasta que finalmente regre só a Francia. Cuando supo que el ejército de la coalición había invadido territorio francés, volvió a prenderse en su corazón el ardor guerrero, convocó a los soldados supervivientes y se enfrentó a los invasores. Los soldados estaban agotados, la munición era escasa y las tropas enemigas los doblaban varias veces en número. Así que esta vez ni el mismísimo Napoleón podía estar convencido de la victoria.

Pero no por eso se arredró. Fue a sabiendas de que iban a sufrir. No obstante, anhelaba ganar esta última batalla con la esperanza de revertir su suerte. ¿Qué creéis que sentía Napoleón en esos momentos?

—¿Ganaron? —preguntó Koperu.

—No. Perdieron. Napoleón fue capturado y desterrado a la isla de Elba.

Por eso, cuando veo este cuadro se me hace un nudo en la garganta. A pesar de ser consciente de su más que probable infeliz destino, Napoleón no pudo

negarse a dar la batalla. Fue incapaz de rendirse al enemigo sin ofrecer resistencia y sin sufrir la derrota en sus carnes. Contemplo esta escena pensando en ello y me invade una sensación indescriptible.

Al escuchar aquello, Koperu también se compadeció del sino de Napoleón y sintió una mezcla de pena y admiración. Kitami le cogió la postal a Koperu y también se quedó un rato contemplando la escena con un gesto de emoción contenida. Urakawa se asomaba a la postal al

lado de Kitami y la observaba con mucho interés.

— *Allons enfants de la Patrie…* —Katsuko comenzó a cantar en voz baja *La Marsellesa*, el himno nacional francés.

Más tarde, los cuatro amigos y Katsuko salieron al soleado césped y jugaron animadamente.

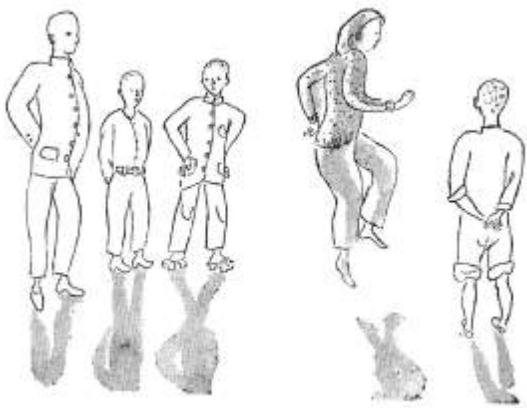
A Mizutani no se le daban muy bien los deportes y sentía más inclinación por el dibujo o la música; en cambio, su hermana Katsuko era una deportista todoterreno que destacaba en cualquier disciplina: formaba parte del equipo de baloncesto de su curso y era jugadora de la selección de voleibol del instituto; en atletismo era corredora de relevos en las carreras de velocidad de distancia corta y en salto de altura y longitud era plusmarquista. Sus disciplinas predilectas, y a las que más tiempo dedicaba, eran las de salto. De hecho, buscaba formar parte del equipo japonés olímpico femenino para participar en las siguientes Olimpiadas. Por eso, su padre le había construido en una esquina del césped del jardín un área de competición oficial para las disciplinas de salto, incluyendo una estupenda pista de aceleración. Los saltómetros blancos con marcas de altura eran los auténticos, así como el listón, que era el oficial. Era todo idéntico a lo que había en el estadio Jingu: una auténtica maravilla. Los cinco jugaron al *catch-ball* y, bajo la dirección de Katsuko, practicaron el triple salto, el salto de longitud y el de altura.

Ni Koperu ni Kitami eran rivales para Katsuko en salto. Si Koperu

superaba a duras penas el listón colocado a un metro de altura, inmediatamente llegaba Katsuko para, con las manos metidas en los bolsillos, superarlo sin despeinarse. Fueron elevando la altura de la barra travesera hasta que Katsuko fue la única que podía seguir saltándola. Los cuatro solo podían quedarse mirando, embobados con su depurado estilo.

Contemplar cómo Katsuko, vestida con su suéter amarillo y sus pantalones azul marino, giraba su cuerpo en el aire encima del listón para caer de pie en la arena era un auténtico espectáculo. En el triple salto, Kitami lo dio todo, proclamando enérgico antes de saltar: «¡Saltaré con espíritu heroico!», pero no pudo hacer nada frente a Katsuko. Ese día, Urakawa no tuvo vergüenza a pesar de su manifiesta torpeza y saltó muchas veces. Al principio, era incapaz de dar el segundo salto, el llamado *hop*, que se da con la misma pierna de batida que inicia la secuencia. Con mucha paciencia, Katsuko le mostró a Urakawa cómo se debían ejecutar los movimientos, saltando

una y otra vez. Cuando Urakawa por fin pudo hacerlo como se debe, Koperu, Kitami, Mizutani y Katsuko aplaudieron a rabiar y dieron vivas como si se hubiera logrado un récord en los mismísimos Juegos Olímpicos. El vergonzoso Urakawa se puso todo colorado, pero al mismo tiempo tampoco podía contener una gran sonrisa de satisfacción y felicidad.



Después de disfrutar de distintos juegos y practicar las disciplinas de salto, Urakawa propuso jugar al *bōoshi.*

—El *bōoshi* se me da muy bien. No suelo perder —dijo.

Mizutani apareció inmediatamente con un palo hecho de bambú adecuado para el juego. El primero en enfrentarse a Urakawa fue Koperu, que fue derrotado con facilidad. Probó Mizutani a continuación, pero Urakawa no tuvo ningún problema en deshacerse de él. Le siguió Kitami, diciendo: «¡Me vengaré de vosotros!», y se escupió en la mano antes de agarrar el palo. Pero Urakawa ni se inmutó. Kitami empujaba con todas sus fuerzas y su cara se puso roja del esfuerzo. Urakawa estuvo un rato conteniendo sus acometidas con la cadera baja, pero de pronto contraatacó, y en un abrir y cerrar de ojos puso erguido a Kitami.

—¡Ahora verás! ¡Ahora verás! —gruñía Kitami mientras se resistía como podía.

Pero el empuje de Urakawa era incontenible. A pesar de sus vehementes

«¡Ahora verás! ¡Ahora verás!», Urakawa lo fue desplazando poco a poco y finalmente lo derribó.

—¡Pido revancha! —saltó Koperu, que fracasó de nuevo.

Lo volvió a intentar varias veces, alternándose con Mizutani y Kitami, pero Urakawa estuvo intratable.

—¡Eres fortísimo! —Kitami se quitó el sombrero ante su superioridad —.

¿Por qué eres tan bueno?

—¿Por qué? Pues… —respondió Urakawa riéndose— es que a veces juego por las tardes usando el palo de carga con los chavales jóvenes que trabajan en la tienda. El *bōoshi* tiene su truco, no creas.

Almorzaron en el comedor del edificio principal todos juntos, incluidos la madre y el hermano mayor de Mizutani. Del techo alto colgaba una lujosa lámpara de diseño y grandes cuadros al óleo en galanaban las paredes. Un hermoso arreglo floral animaba la mesa, cubierta con un mantel totalmente blanco. Los cubiertos, perfectamente colocados —cuchillos, tenedores, cucharillas de plata —, indicaban que el banquete era de gala. Pero a los invitados aquello les parecía más una ceremonia o un ritual y no hubieran sabido decir si lo que comían estaba bueno o malo. La madre de Mizutani se mostró muy cariñosa con ellos, pero sus maneras eran tan formales que parecía un miembro de la casa imperial y los chicos no se atrevían a contestar con naturalidad. Además, parecía como si el hermano mayor de Mizutani no se diera cuenta o ignorara abiertamente que ellos estaban presentes: estuvo con cara de pocos amigos y sin abrir la boca durante toda la comida. Como llevaba traje, Kitami le preguntó a Mizutani: «¿Tu hermano trabaja en algún sitio?». Este le contó que su hermano era estudiante de Filosofía en la universidad. Quizá era que estudiar Filosofía le quitaba a uno las ganas de hablar con estudiantes de secundaria.

Cuando terminaron de comer, los invitados, a pesar de que habían sido convidados a un banquete, se sintieron aliviados.

Volvieron a toda prisa a la habitación de Mizutani y Katsuko. Una vez allí, se relajaron de nuevo y jugaron al *crokinole*, al ping-pong, a las cartas y a otros juegos. Allí había tantos juguetes como para abrir una tienda.

—Me da envidia que tengas tantos juguetes —dijo Koperu.

—Bueno, pero no tengo con quién jugar.

—¿Y tu hermana?

—Desde que está en los últimos cursos del instituto ya no juega conmigo.

—¿Y tu padre? ¿No juega contigo cuando vuelve del trabajo?

—Mi padre tiene reuniones también por la noche y siempre está muy ocupado. Lo normal es que llegue a casa cuando ya estoy dormido. No es raro que pasemos cuatro o cinco días sin vernos.

—Vaya.

—Además, mi madre también sale mucho. Así que cuando estoy solo, me pongo un disco y lo escucho o dibujo.

A Koperu le chocó que su amigo viviera en una casa tan estupenda, le comprasen todo lo que quería y, aun así, su día a día pareciera bastante triste.

—Entonces, ven a jugar a mi casa siempre que quieras.

—Si fuera por mí, iría a verte mucho más. Pero mi madre me dice que no debo ir tanto porque molesto.

—No molestas para nada.

—Últimamente, mi hermana no hace caso a mi madre y se va a jugar adonde le da la gana. Además, mi madre es un poco rara. Me pregunta por qué no me hago amigo de Hori o de Hamada. ¿Cómo voy a llevarme bien con charlatanes y egoístas como esos?

—Ya te digo. ¡Me caen fatal! ¿Pero por qué quiere que seas su amigo?

—Yo tampoco lo entendía hasta que me lo explicó mi hermana. Sabes que el padre de Hori es un político muy conocido y que el abuelo de Hamada es miembro de la Cámara de los Pares, ¿verdad? Pues me dijo que era por eso.

—¿Ah, sí?

—A mí me da igual que su padre sea político o que su abuelo sea miembro de la Cámara de los Pares. Hori y Hamada no me gustan. Encima,

son los correveidiles de Yamaguchi.

—Eso es. Hacen todo lo que Yamaguchi les ordena. Y no paran de hablar mal de Kitami. No podríamos ser amigos de gente así. Explícale a tu madre cómo son.

En ese momento, Kitami pareció oír la conversación de Koperu y Mizutani y dijo como si se hubiera acordado de repente:

—Ah, sí, es verdad. Ahora que habláis de Yamaguchi, me contaron una cosa rara a finales del trimestre pasado. —Todos miraron a Kitami —: Por lo visto, algunos mayores del equipo de judo han decidido pegarnos a Yamaguchi y a mí.

—¿A ti y a Yamaguchi? —dijo Koperu, sorprendido.

A todos les pareció raro y se acercaron a Kitami. Pero este parecía no darle importancia al asunto.

—Como os lo cuento. Nos quieren pegar a Yamaguchi y a mí. Me lo contó Higuchi, el de segundo.

En la escuela de Koperu, los alumnos de los cursos superiores del equipo de judo habían iniciado un movimiento para endurecer el ambiente de la escuela. Según ellos, la disciplina brillaba por su ausencia entre los alumnos y el ambiente de la escuela estaba viciado de pereza y apatía. En primer lugar, los alumnos ya no amaban a la escuela como era debido y en las competiciones deportivas no se veía ardor alguno en las gradas. En segundo lugar, los alumnos de los cursos inferiores se estaban volviendo insolentes y estaban perdiendo la estima y el respeto por los alumnos de los cursos superiores. En tercer lugar, cada vez eran más los alumnos que leían novelas, veían teatro o estaban absortos en las *revues* y las películas. A este paso, el espíritu fundacional de la escuela, «Sobrios, rectos, fuertes», se iba a perder. Por lo tanto, era el momento de lanzar una advertencia a todos y renovar completamente el aire que se respiraba en la escuela. Estas eran sus ideas y las manifestaban continuamente. Algunos pronunciaron discursos en el festival de teatro y música de la escuela lamentando la decadencia

general de la sociedad. Otros exponían cons tantemente esas mismas opiniones en la revista de los estudiantes. No solo se dedicaban a manifestar sus ideas, sino que estaban comenzando a castigar a quienes osaran contrariar el espíritu de la escuela.

—Los alumnos que no aman a su escuela tampoco amarán a su país cuando sean mayores. Quienes no aman a su país son antipatriotas. Por consiguiente, los alumnos que no aman a su escuela son futuros

antipatriotas. Es nuestro deber castigar a estos elementos subversivos.

Tal era su argumento.

Por supuesto, los alumnos deberían amar a su escuela. Amar a su escuela para procurar hacerla mejor es lo correcto. Asimismo, es mejor que los alumnos de los cursos inferiores traten con respeto a los de los cursos superiores. Y, como estudiantes, deberían procurar evitar los pasatiempos poco edificantes. En este sentido, las ideas por las que abogaban estos alumnos mayores del equipo de judo no eran un despropósito en absoluto.

Sin embargo, estos no solo creían que sus ideas eran las correctas, sino que todas sus decisiones también lo eran. De ahí que hubieran decidido de antemano que quienes a ellos no les gustaran eran alumnos contrarios al espíritu del centro que merecían un correctivo. Pero un error aún mayor en el que incurrían era que se arrogaban el derecho a criticar y a castigar a los demás por sus equivocaciones. Ningún alumno de secundaria debería tener ese derecho sobre sus compañeros.

Debido a que partían de estos errores, aunque pensaran hacer algo bueno por la escuela, estaban provocando diversos incidentes indeseables que no contribuían en absoluto a mejorarla. A nadie le puede gustar una escuela en la que unos alumnos violentos campen a sus anchas, tachen de antipatriotas a quienes no fueran a animar al equipo de la escuela o diesen palizas a los que cometieran cualquier desliz. Una cosa es que no convenga cantar canciones de moda en la escuela; pero otra muy distinta, que se obligue a todos a escuchar *shigin* a todas horas. Peor aún es que los alumnos de los

primeros cursos se pasen el día con el miedo en el cuerpo.

En efecto, más o menos desde el final del segundo trimestre, los alumnos de primero y segundo estaban empezando a sentirse algo cohibidos. Una mañana, de camino a la escuela, un chico se olvidó de hacer la reverencia a un alumno mayor, y solo por eso lo reprendieron duramente entre varios. A quienes llevaban relojes de pulsera de estilo occidental, los miraban mal. Si se enteraban de que alguien había estado hablando a escondidas de los alumnos mayores, lo tachaban de insolente. Higuchi era un chico de segundo muy aficionado a la literatura, lector empedernido de libros para mayores y que gustaba de ir al teatro. Esto lo había convertido en un elemento peligroso a ojos de algunos alumnos mayores. De los estudiantes de primero, miraban mal a Yamaguchi por ser un presumido, por su afición al cine

rayana en la locura y por tener más de doscientas fotografías de actores. Por su parte, Kitami también estaba en su punto de mira por

«impertinente, con lo pequeñajo que es», porque no se callaba nunca sus opiniones ante los mayores ni ante nadie. Aunque se desconocían las fuentes, el rumor de que a comienzos del tercer trimestre los mayores iban a dar un escarmiento a estos supuestos indeseables se había extendido por toda la escuela. Higuchi, al enterarse del rumor y al saber que a Kitami y a él los habían metido en el mismo saco, se lo contó a Kitami a escondidas.

—Que zurren a Yamaguchi no es que me importe demasiado, pero tú no te lo mereces en absoluto. Nunca has hecho nada malo —dijo Koperu, indignado.

—Es porque me negué a hacer la reverencia un par de veces que me encontré con Kurokawa. En otra ocasión, lo ignoré cuando me quiso quitar la pista de *sponge ball* a pesar de que yo la tenía reservada. Supongo que por esas cosas me tendrá por un insolente —dijo Kitami.

Kurokawa era un alumno de quinto, segundo capitán del equipo de judo y más grande físicamente incluso que el profesor de Educación Física.

—Ese tío… —continuó Kitami con un tono de fastidio— se pasa el día

abroncando a los que tararean canciones de moda y él no para con el *naniwa-bushi*, que canta forzando una voz ronca. Le oí en el tren de vuelta de la excursión del otro día. Decía que el *naniwa-bushi* es parte del *bushido*, el código ético de los antiguos samuráis, y que por eso está bien. No sé qué lógica es esa. Después de oírle cantar con esa voz horrible, ahora me cae aún peor.

—Pero no puedes dejar que te peguen.

—No te preocupes. Kurokawa no me pegará sin un motivo evidente.

Piensa en hacerlo cuando tenga una buena justificación. Así que tendré cuidado de no meter la pata y ya está.

—¿Tú crees? —dijo Koperu, preocupado.

Mizutani también parecía preocupado:

—Quizá estén pensando en ir citando uno a uno a los que tienen en su punto de mira para pegarles. Pienso que sería mejor contárselo al

profesor.

—Ni hablar. Eso haría que me odiaran aún más. Además, ese sí que sería un buen motivo para pegarme. Es mejor dejarlo estar.

—No, no. Yo creo que es peligroso.

—Qué va, no te preocupes.

Mientras Kitami y Koperu discutían, Katsuko apareció con un plato lleno de caramelos.

—¿De qué estáis hablando? Koperu, estás muy serio.

Koperu y Mizutani le explicaron a Katsuko la peligrosa situación en la que se encontraba Kitami. Katsuko se indignó:

—Eso es intolerable. Kitami, no te dejes avasallar. No todos los alumnos mayores son como ellos. Los chicos de primero sois tan alumnos de la escuela como los mayores. Si observan las normas del colegio y obedecen a los profesores, los de primero también pueden ir por la escuela orgullosos.

No hay ninguna razón para someterse a los que pretenden imponer sus ideas por la fuerza.

—Pero Kitami está en peligro —interrumpió Mi zutani.

—No te digo que no. Pero encogerse ante los vio lentos solo los envalentona más. Que recurran a la violencia por el bien de la escuela es un sinsentido. Si pensaran en lo mejor para la escuela, se esforzarían para que todos los alumnos, sean del curso que sean, estuvieran a gusto. Pero eso no les importa. Simplemente se sienten mejor creyéndose los dueños de la verdad. Son unos engreídos. Kitami, no se te ocurra ceder ante gente así.

—Por supuesto que no. Digan lo que digan, a mí no me van a achantar.

Hacía tiempo que no le escuchaban a Kitami decir «digan lo que digan…». Pero, aquella vez, Koperu no sintió ganas de reír. Pensar que podrían darle una paliza a Kitami le preocupaba de verdad. No acobardarse ante los mayores estaba bien, pero ¿qué podía hacer él para salvar a su amigo del peligro? Debatieron entre todos sobre el asunto. Mizutani y Koperu opinaban que era mejor contárselo al profesor cuanto antes para que fuera él quien adoptara las medidas

oportunas. Kitami opinaba que eso sería contraproducente, y que lo mejor era no hacer nada. Katsuko, por su parte, creía que se debería esperar el desarrollo de los acontecimientos y, si se detectasen indicios claros de que Kitami iba a ser agredido, hablarlo con el profesor o pensar entonces en la mejor solución. Pero quedaba la duda de si esos indicios serían detectables. En cualquier caso, Kitami se negaba en redondo a recurrir al profesor:

—Me da igual que me peguen. No he hecho nada malo. No me gustaría que pensaran que me acogoto solo por un rumor.

Nadie podía hacer nada si Kitami no estaba de acuerdo. Pero de pronto habló Urakawa, que hasta ese momento no había abierto la boca:

—Chicos, no sé qué os parecería hacer lo siguiente… —Todos se volvieron hacia él—: Si los mayores llamaran a Kitami, nosotros también iríamos con él.

—¿Y luego? —preguntó Koperu.

—Si Kurokawa tratara de pegar a Kitami, le diríamos que nos pegue a nosotros también. Le decimos que si va a pegar a Kitami, que no ha hecho nada, nos pegue también a nosotros. Si hiciéramos eso, creo que no se atrevería a levantarnos la mano.

Todos se quedaron callados.

—¿Y si siguiera en sus trece? —preguntó Katsuko.

—Entonces… Entonces, no tendríamos más remedio que dejarnos pegar.

No podríamos hacer otra cosa.

—¡Muy bien, Urakawa! —dijo Katsuko, saltando de la silla—. ¡Eso es!

Eso es lo mejor. Tratar de defen der entre todos a Kitami, y, si aun así no fuera posible detenerlo, simplemente aceptar lo que hay: correr la misma suerte que Kitami. Ese es el espíritu heroico. Si ese día llegara, podéis contar conmigo. Voy a decirle a papá que vaya al colegio a hablar con la dirección; si él no pudiera, se lo diré a mamá; y si ella tampoco, iré yo misma. Hablaré con el director para que expulsen a ese judoka de la escuela. Así que ánimo, Kitami. Hayao, tú también tendrás que mantenerte firme.

—Vale —dijo Mizutani asintiendo con convicción mientras se mordía el labio de su amable rostro ovalado.

—Tú también, Koperu.

Koperu también asintió.

Aunque Kitami trató de disuadirlos porque no le parecía de recibo que ellos fueran agredidos, todos le dijeron que no se preocupara.

—Decidido, entonces. Es una pena que no esté en vuestra escuela; pero, llegado el momento, os prometo que cumpliré con lo que os acabo de decir.

¿Sellamos la promesa con el dedo menique?

Así hicieron los cuatro amigos y Katsuko, cada uno con el resto.

Estaba empezando a caer la tarde en aquel día corto de invierno.

Koperu, Kitami y Urakawa decidieron irse antes de que anocheciera. La criada de la casa de Mizutani les entregó tres paquetes envueltos en sendas telas blancas de algodón diciendo: «Esto es para ustedes». Eran unos dulces deliciosos y unas manzanas estupendas. Katsuko se dirigió a Urakawa:

—Tienes hermanos, ¿verdad? ¡Pues esto es para ellos! —dijo, y llenó los bolsillos de Urakawa con caramelos, todos envueltos en preciosos papeles de plata.

Los tres abandonaron la casa de Mizutani con sus respectivas bolsas de

obsequios. Mizutani y su hermana los acompañaron un trecho. Fueron avanzando mientras Katsuko, que había cogido la bicicleta, iba y venía, pedaleando lentamente.

Al llegar a la cima de la cuesta desde la que se oteaba el mar de Shinagawa, Katsuko se apeó de la bicicleta con un movimiento grácil.

Todos se detuvieron y se dijeron adiós.

Cuando Koperu, Kitami y Urakawa comenzaron a bajar la cuesta, un crepúsculo como una niebla velaba la ciudad y las farolas comenzaban a encenderse por doquier. Los trenes se movían como deslizándose por el suelo. Al final de la bajada, se veía el tránsito ajetreado de los tranvías y los coches, y el rumor del gentío borboteaba de entre la neblina.

De pronto, los tres tuvieron como un acceso de nostalgia por sus hogares y apuraron el paso en dirección a la estación de Shinagawa.

El cuaderno del tío

Qué significa ser una persona ilustre

—Sobre la vida de Napoleón—

Querido Koperu:

Me quedé algo descolocado con tu repentina conversión en adorador de Napoleón, pero después de escucharte veo que ha sido por influencia de la hermana de Mizutani.

Efectivamente, la vida de Napoleón fue fascinante. En toda la historia de la humanidad, pocos hay que puedan presumir de una vida como la suya. La admiración por Napoleón no es solo cosa vuestra; en todo el mundo muchos jóvenes lo adoran. Es un hecho que en cualquier país no paran de venderse

biografías de Napoleón.

¿Recuerdas que te dije que reflexionaras sobre el significado de las cosas que te llegaran al alma? Pues esta noche trataré de indagar

contigo en los motivos de la fascinación por su vida.

Lo primero que nos asombra de ella es su frenética y trepidante actividad.

Los padres de Napoleón pertenecían a la nobleza local venida a menos de la isla de Córcega y Napoleón fue pobre en su infancia. Más o menos a vuestra edad ingresó en una escuela militar en la Francia continental, alejado de su familia.

Entre sus compañeros abundaban los hijos de la nobleza rica, por quienes Napoleón fue menospreciado y marginado, con lo que estuvo triste y solo.

Incluso en la época en que fue teniente segundo, en calidad de oficial adscrito a una unidad, siguió siendo pobre y no pudo disfrutar de la vida y de los entretenimientos de los jóvenes de la época. Era un oficial joven de cara pálida, huraño y sombrío, que alejado de los círculos pomposos y festivos dedicaba sus horas a estudiar en solitario.

Sin embargo, a los 24 años, con el estallido de la Revolución francesa, este oficial de aspecto mísero fue nombrado, de golpe, general de brigada por su brillante contribución durante el sitio y asalto de la fortaleza de Tolón por las fuerzas republicanas.

Después, viene el famoso episodio del cruce de los Alpes, que todos conocéis.

Guiando un ejército deficiente, mal armado y escasamente entrenado, cruzó por sorpresa los Alpes, se precipitó como una avalancha sobre la llanura del Po y destrozó al gran ejército austríaco. A continuación, fue tomando ciudades italianas una detrás de otra. Napoleón ganaba, ganaba y ganaba, fuera adonde fuera. A su regreso a París cargado de botines de guerra fue aclamado por sus conciudadanos como un héroe, convertido ya en un admirado general victorioso.

En esos momentos, Francia estaba sumida en intensas luchas políticas, que se iban intensificando año tras año, tras la conclusión de la gran revolución, y la inestabilidad no se había resuelto. Los ciudadanos franceses anhelaban sinceramente el restablecimiento del orden y de la paz en el país. Napoleón, aprovechando el sentir general del momento, tomó el poder por las armas, renovó la organización del gobierno y fue concentrando en su persona todo el poder. Inicialmente, fue uno de los tres cónsules provisionales, más tarde logró nombrarse cónsul vitalicio y después, finalmente, se proclamó emperador,

dejando atrás la república. ¡Mi querido Koperu! ¿Cuántos años crees que tenía Napoleón en ese momento? 35 años. Es decir, en apenas diez años pasó, en una carrera trepidante, de ser un pobre oficial al que nadie prestaba atención a coronar un imperio. ¿Conoces ascenso más fulgurante?

Aun convertido en emperador, el ímpetu de Napoleón seguía siendo indomable. Las naciones europeas formaron alianzas en torno al Reino Unido y trataron de derrocar a Napoleón en incontables ocasiones, sin éxito. En cada nueva guerra, el genio de Napoleón parecía brillar aun con más fuerza que en la anterior, y en Austerlitz, en Viena y en Wagram se alzó con victorias que dejarían su huella indeleble en la historia. Holanda llevaba tiempo bajo el dominio de Napoleón, pero en esos momentos la península italiana también quedó incorporada al Imperio, Alemania se rindió ante el poder de Napoleón e incluso España quedó sometida a sus fuerzas. De esta manera, el continente europeo, exceptuando Rusia en el este, quedó prácticamente entero supeditado a la autoridad de Napoleón. Cuando en 1808 se celebró el Congreso de Erfurt, llegaron de Alemania cuatro reyes y 34 aristócratas para presentar sus respetos a Napoleón. Rodeado de aquellos reyes y aristócratas, Napoleón los llegó a agasajar con las actuaciones del famoso actor Talma, que había traído de Francia expresamente para la ocasión. En aquel momento, Napoleón era, literalmente, rey de reyes.

Así llegó la época dorada de su reinado, en la que las vidas de millones de ciudadanos europeos quedaban al albur de los designios de Napoleón. Había alcanzado la cima del poder. Sin embargo, a partir de ese momento, comenzó su ocaso, e inició un descenso vertiginoso que en pocos años acabó en la ruina más absoluta. Conocéis bien cuál fue la causa de su caída: la campaña de Rusia.

¿Por qué Napoleón atacó Rusia? Porque Rusia ignoró las órdenes de Napoleón y siguió manteniendo relaciones comerciales con el Reino Unido. Las islas británicas, valiéndose de su situación geográfica, separadas del continente europeo, nunca habían transigido con la autoridad de Napoleón y siempre se mantuvieron enemistadas con Francia. Para complicarle la vida al Reino Unido, Napoleón había ordenado el bloqueo comercial de Europa contra aquel país, pero no tuvo éxito. Soliviantado por el fracaso, había decido invadir Rusia, una empresa de dimensiones colosales. La invasión rusa, como bien sabéis, fue un desastre para Napoleón. Aunque en las fases iniciales el ejército francés

encadenó victorias en batallas sucesivas, avanzó rápidamente y llegó a

ocupar Moscú, el frío extremo y la falta de provisiones revertió su suerte y lo obligó a retroceder. Durante la retirada por la nieve y el hielo, cientos de miles de soldados perecieron a causa del frío y el hambre. Los que no morían de frío o hambre sufrieron la persecución y el asalto de los cosacos y fueron aniquilados.

Aquel ejército descomunal de más de seiscientos mil hombres, que había irrumpido en territorio ruso al comienzo de la campaña, quedó tristemente reducido en su regreso a una exigua tropa que apenas alcanzaba los diez mil soldados.

La noticia de aquella derrota se difundió rápidamente por toda Europa. Los primeros que, aprovechando la coyuntura, quisieron liberarse del yugo napoleónico por las armas fueron los prusianos, que esperaban ávidos la ocasión.

Los siguieron otras naciones, que se rebelaron contra Napoleón, formaron alianzas y atacaron Francia. Y llegó el hundimiento definitivo de Napoleón.

Derrotado por el ejército aliado y capturado, fue desterrado a la isla de Elba.

Aunque más tarde, tras fugarse de Elba, convocó nuevamente al ejército y afrontó la batalla definitiva en Waterloo, volvió a ser derrotado. Esta vez, fue deportado a la remota isla de Santa Elena, al oeste del continente africano, quedando confinado allí como un preso. Tras cinco años y medio de privaciones, murió finalmente en aquella isla sumido en la tristeza.

Por cierto, Napoleón tenía 46 años cuando fue derrotado en la batalla de Waterloo. Por lo tanto, aquel hombre, que en diez años había ascendido de oficial insignificante a emperador, en su ocaso cayó del trono imperial a la condición de prisione ro en el mismo lapso de tiempo. Se suele hablar de la increíble vida de Napoleón, pero lo cierto es que esa vida de la que todos hablan está contenida en apenas veinte años.

Sin embargo, es indiscutible que fueron veinte años fascinantes. No solo es que aquel ascenso meteórico de un genio, que pasó de ser un oficial pobre a emperador, llegando a tener bajo su dominio a prácticamente toda Europa en un momento dado, y que después se precipitó de cabeza al abismo, parezca un relato con un giro tan increíble como cautivador; sino que las peripecias de su vida durante esos veinte años fueron en conjunto una proeza casi sobrehumana.

Desde los últimos años del siglo XVIII hasta los primeros años del siglo XIX, aquellos veinte años, comenzando con la Revolución francesa, fueron

especialmente turbulentos en Europa. Los problemas surgían por doquier y se sucedían sin descanso, de tal forma que el cúmulo de acontecimientos durante ese período fue casi el equivalente al de cincuenta o cien años de cualquier otro período histórico. Se puede afirmar que todos los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en aquellos años estaban, de un modo u otro, relacionados con Napoleón.

¡Koperu! No sé si lo sabrás, pero en Japón se dice que la mayoría de los primeros ministros tienen problemas de salud a los dos o tres años de tomar posesión del cargo. De hecho, hubo varios que enfermaron a causa del desempeño del cargo y de quienes se sospecha que vivieron menos por eso. Te puedes imaginar lo ajetreado y estresante, física y mentalmente, que puede llegar a ser el ejercicio de un cargo como este, incluso aunque no tengan lugar grandes acontecimientos en los que se decida el curso de la historia. Piensa un momento en ello y vuelve ahora a reconsiderar la vida de Napoleón. Tras el terremoto que supuso la Revolución francesa, Napoleón hubo de establecer un orden nuevo en Francia. Tuvo que hacer frente a incesantes intentos de injerencia extranjera. Y después, sin tiempo para reposo alguno, situarse en el meollo de la política internacional europea para surcar los procelosos mares de la diplomacia. Napoleón arrostró todo ello con admirable afán y no solo gestionó él mismo, directamente, los asuntos nacionales e internacionales; sino que en medio de todo ese maremágnum se embarcó de forma sucesiva en tres o cuatro guerras de dimensiones desconocidas hasta ese momento, dirigiendo un colosal ejército en el mismo campo de batalla en todas ellas. Cómo no podría alguien admirar su apabullante vitalidad.

No se le admira solo por su constancia y tesón para encargarse de todo. Como mínimo en lo que respecta a las guerras, a excepción de la campaña rusa, demostró un genio militar inigualable; tanto es así, que a día de hoy se siguen tomando sus batallas como ejemplos a seguir de táctica y estrategia. Fuera del campo de batalla sus decisiones fueron valientes, audaces, resueltas y firmes en cualquier circunstancia. Parecía no conocer el cansancio y su entusiasmo era inagotable. Su espíritu de lucha jamás flaqueó y su orgullo se mantuvo siempre incólume. Saber que un solo hombre puede llegar a albergar y desplegar tanta vitalidad y dinamismo asombra y maravilla a cualquiera. Hasta Goethe, un coloso de la literatura, ferviente humanista amante de la paz, que albergaba grandes

esperanzas en el progreso de la humanidad, cuando se trataba de Napoleón, se deshacía en sinceros elogios alabando su volcánica vitalidad y su genio resolutivo.

Sí, Napoleón fue un gran hombre, qué duda cabe. Fue un héroe verdaderamente digno de este nombre. En su etapa ascendente en que hizo gala del brío y la pujanza de la juventud, superando las adversidades y escalando raudo a la cima del poder, fue deslumbrante y eléctrico. Solo leer en una biografía acerca de esta etapa de su vida excita nuestros sentidos. En su época de esplendor, gobernando sobre toda Europa como el campeón de la historia universal, fue magnífico como el astro rey. Y su caída es también una hermosa tragedia en sí misma. Cómo no vais a adorar a Napoleón si el mismísimo Goethe cantaba alabanzas de él. Sin embargo, Koperu, no debes olvidar nunca que nuestra admiración por la vida de Napoleón se debe, fundamentalmente, a su impresionante capacidad de acción.

Efectivamente, nos asombra saber que una persona pueda llegar a hacer tantas cosas. Pero no solo nos asombra; nos despierta una especie de confianza en el ser humano. Por eso la lectura de la biografía de Napoleón alimenta nuestra alma, nos contagia su energía y se sigue leyendo con fervor. Dicho esto, cabría preguntarse qué es exactamente la capacidad de acción, el dinamismo y la vitalidad. ¿Acaso no es la fuerza que nos permite lograr cosas? ¿No es la fuerza que nos permite hacer realidad nuestros propósitos?

En definitiva, al tiempo que admiramos la soberbia capacidad de acción de Napoleón, podemos hacernos la siguiente pregunta:

¿Qué es lo que consiguió con su capacidad de acción?

Esta no es una pregunta que se pueda hacer solo acerca de Napoleón. Es necesario hacerse esta pregunta sobre cualquier personaje ilustre o héroe. Las personas consideradas ilustres o héroes son todas poco comunes: tienen mayores capacidades que la gente en general y han logrado hazañas que no están al alcance de todos. En este sentido, son personas por las que debemos sentir respeto y admiración. Pero después debemos tener la osadía de preguntarnos cuáles han sido sus verdaderas aportaciones y para qué han servido realmente. Porque se pueden tener capacidades extraordinarias y hacer maldades extraordinarias. No es imposible que esto ocurra.

Por cierto, Koperu, cuando nos hagamos estas preguntas es importante tener presente la larguísima historia de progreso, de decenas de miles de años, que ha recorrido la humanidad. La razón es que, ya sean

Napoleón, Goethe, Taikō

Hideyoshi o Nogi Taishō, todos han nacido en un momento de la larga historia de la humanidad —son el producto de la historia de la humanidad— y han muerto en su curso.

Como bien sabes, los hombres han cooperado entre ellos para crear la civilización desde los albores de la humanidad y han dejado de ser salvajes gracias a su esfuerzo conjunto. Al principio, utilizaban instrumentos muy rudimentarios, pero poco a poco fueron desarrollando tecnologías y máquinas y transformaron el medio natural en un entorno habitable y cómodo para el ser humano. Crearon el conocimiento científico y el arte, y dotaron la vida humana de felicidad y belleza. Este curso de los acontecimientos es como un gran río que fluye despacio, que seguirá así por mucho tiempo y llegará mucho más lejos. Se dice que Japón cuenta con una historia de unos dos mil seiscientos años, comenzando con el emperador Jinmu, y se calcula que la de Egipto comenzó hace unos seis mil años. Parece mucho tiempo, pero, antes de que cualquiera de estas historias particulares diera comienzo, la humanidad llevaba ya decenas de miles de años a sus espaldas que no están registradas en ningún escrito. Quién sabe hasta cuándo seguirá, si decenas de miles o de cientos de miles de años; pero la humanidad aún recorrerá un largo camino de progreso. Piensa en este gran flujo.

Dos mil o tres mil años nos empieza parecer poca cosa. Y qué decir de la vida de una persona. Es apenas un instante.

¡Koperu! Cuando vuelvas a considerar a las personas ilustres y a los héroes a través de la lente de esta corriente inabarcable de tiempo, ¿qué verás?

En primer lugar, que las personas ilustres y los héroes que se reflejaban enormes en tus ojos son, al fin y al cabo, apenas unas burbujas flotando en ella.

A continuación, te darás cuenta de que, a menos que estén firmemente integrados en esta corriente, los logros de las personas más extraordinarias son tremendamente efímeros. Entre estas personas ilustres, algunos prestaron atención a esta corriente y dedicaron por entero sus cortas vidas y todo su extraordinario talento a impulsarla en la dirección correcta. Otros solo pretendieron satisfacer sus propios deseos, pero aun de forma inconsciente contribuyeron al avance de la corriente. También los hay que deslumbraron al

mundo en un momento dado, pero cuyos logros fueron insignificantes desde la perspectiva de este gran flujo. Y tampoco fueron pocos quienes, aplaudidos como hombres ilustres o héroes, lejos de impulsar la corriente, se empeñaron en revertirla. En ocasiones, un mismo héroe trabajó unas veces a favor y otras en contra de la corriente. En definitiva, a lo largo de la historia los humanos han hecho muchas cosas. Pero los logros individuales se desvanecen si no conviven con esta corriente.

No debes olvidar, Koperu, que hasta un hombre de la talla de Napoleón no es sino otro ejemplo más de esto. Volvamos a Napoleón para analizar sus logros.

Cuando Napoleón comenzó a dar los primeros pasos de su carrera, los franceses estaban inmersos en una lucha sangrienta por la abolición del sistema feudal, corrompido hasta la médula, y para la instauración de una nueva sociedad. Sin embargo, las naciones europeas de entonces eran aún firmes defensoras del feudalismo y, temiendo que Francia se erigiera en el adalid de un nuevo sistema contrario al viejo orden, se lanzaron con sus ejércitos a derrocar el nuevo gobierno francés, formando alianzas. Francia sufrió al mismo tiempo sublevaciones internas y ataques extranjeros. Fue un momento convulso. Pero sus ciudadanos lucharon con valentía y no se dejaron vencer por la dificultad.

Todos los hombres debían cumplir con el servicio militar, se conformó un ejército a toda velocidad y plantaron cara a los enemigos que los atacaban por todos lados. A la sazón, los ejércitos de las naciones europeas estaban, en general, formados por mercenarios, es decir, por soldados contratados que luchaban por un estipendio. Por el contrario, los soldados de las tropas francesas provenían del pueblo, que había obtenido la libertad gracias al nuevo gobierno. Eran ciudadanos que darían gustosos su vida por el país que amaban. Los franceses, que acababan de abrir las puertas de una nueva era bajo el lema «Libertad, igualdad, fraternidad», rebosaban una valentía y una determinación que un mercenario no conocía ni en sueños. Por eso, a pesar de su escaso armamento y munición y de la deficiente preparación para el combate, este ejército se enfrentó a los enemigos con una energía asombrosa. Así lograron repeler los ataques y protegieron la patria de la injerencia extrajera. Después, fue Napoleón quien, comandando este nuevo ejército, ideó nuevas estrategias de combate adecuadas a las nuevas tropas y fue doblegando, uno tras otro, a los ejércitos

anticuados de las naciones europeas.

Se puede decir, por lo tanto, que Napoleón contribuyó, como mínimo, a la caída del régimen feudal y a la defensa de una nación que se esforzaba por configurar una nueva sociedad libre, al menos hasta que se coronó emperador.

No fue esa su única contribución. También promovió con ahínco el fomento de las ciencias y las artes. Supongo que lo sabes de haber leído «Las letras del enigma»

en Los misterios del mundo. En la campaña en Egipto se hizo acompañar de numerosos científicos y artistas junto con las tropas para que estudiaran Egipto.

La importancia de aquellas investigaciones resulta patente en el descubrimiento de la piedra de Rosetta, que proporcionó las claves para el posterior desciframiento de los jeroglíficos egipcios.

Más tarde, cuando el pueblo francés, cansado de las continuas revueltas, comenzó a reclamar orden y paz en el país, Napoleón aprovechó la coyuntura para concentrar el poder en sus manos. Aun así, en la medida en que gracias a su fuerza se pudo restablecer cierto orden y tranquilidad para la sociedad que las reclamaba, incluso esta ambición personal contribuyó a satisfacer las necesidades de la sociedad. Gracias a ello, se supo con claridad en qué consistía el orden en la nueva sociedad nacida tras la abolición del sistema feudal.

Napoleón reunió a los estudiosos para estipular con claridad ese nuevo orden en el Código Napoleónico, que después fue el modelo de la legislación nacional de muchos países. Quizá esta sea la obra más importante de Napoleón. Te sorprenderá saber que incluso nosotros los japoneses le debemos mucho a este código.

Japón también abolió el sistema feudal durante la Restauración Meiji y promulgó la igualdad entre los cuatro estamentos: militares, campesinos, artesanos y comerciantes. Pero inmediatamente afloró el problema de la determinación formal del nuevo orden y, en particular, el de las relaciones entre los ciudadanos. Esto desembocó finalmente en la redacción del primer código civil en Japón. El modelo de este código civil no fue otro que el Código Napoleónico. Este código civil sufrió numerosas enmiendas posteriores, pero sus fundamentos siguen siendo los mismos. Avanzando sin obstáculos sobre estas vías, Japón logró un desarrollo comercial e industrial brillante por primera vez en su historia.

De esta forma, Napoleón sirvió a la conformación de una nueva era

que siguió

al régimen feudal y, aprovechando los avances, cosechó rutilantes éxitos, uno detrás de otro. Sin embargo, al proclamarse emperador comenzó a ejercer el poder por el poder. Ambicionando apuntalar una autoridad sin límites, se fue transformando en un hombre inoportuno para la sociedad.

Su mayor error fue ordenar a toda Europa el bloqueo comercial contra el Reino Unido para doblegarlo, contra la oposición de este país a someterse a sus designios. Napoleón confiaba en que su poder le permitiría tener éxito con este plan. Al mismo tiempo, se sentía obligado a hacerlo para mantener su poder.

Pero el bloqueo comercial contra el Reino Unido, en aquel momento dueño del comercio marítimo mundial, significó complicarles la vida a los millones de habitantes de la Europa continental, más que al propio Reino Unido. La gente empezó a tener problemas hasta para conseguir azúcar, que utilizaba a diario.

Por mucho que se aumentara la producción de remolacha azucarera en Europa, no se podía obtener el azúcar necesario para abastecer a los millones de consumidores. Y, por muy poderoso que fuera Napoleón, no podía borrar de un plumazo las necesidades de tanta gente. A pesar de las duras penas que impuso para quienes violaran la prohibición, el bloqueo no se llevó a cabo plenamente.

Así, el plan de Napoleón terminó en fracaso y, encima, se ganó la animadversión de millones de ciudadanos.

Le siguió otro fracaso: la invasión rusa. Que una expedición a Rusia de un monumental ejército de más de seiscientos mil hombres terminara con la muerte de la mayoría de los soldados en medio del hielo y la nieve fue ciertamente un acontecimiento decisivo. Era un ejército conformado por soldados de distintos países europeos que no fueron a Rusia para lograr algún objetivo para sus respectivos países de origen. No luchaban por el honor de su país ni por su fe ni por sus ideas. Nada los conminaba a anteponer su vida. Solo el poder de convocatoria de Napoleón los había arrastrado hasta Rusia, y muchísimos de ellos murieron sin sentido, víctimas de la ambición de Napoleón. Lógicamente, esos seiscientos mil hombres tenían familia y amigos. Por eso, no solo perecieron ellos, sino que millones de personas relacionadas con ellos hubieron de verter sus lágrimas afligidas por un dolor sin consuelo.

Llegados hasta este punto, convertido en un hombre que infligía dolor y sufrimiento a tantas personas, el poder de Napoleón se había transformado en algo nocivo para el progreso social en la dirección adecuada. Su caída ya

resultaba inevitable y era solo cuestión de tiempo. La historia, en efecto, avanzó en esa dirección.

Querido Koperu. Supongo que, después de conocer así la vida de Napoleón, lo tenemos claro.

Entre las personas consideradas ilustres o héroes, las realmente respetables y admirables son solo aquellas que contribuyeron al progreso de la humanidad. Y, entre sus empresas extraordinarias, las realmente valiosas son únicamente aquellas dirigidas en la dirección de ese flujo.

Si tienes tiempo te recomiendo la lectura de Personas que han contribuido al progreso de la humanidad. Verás que entre las personas consideradas ilustres hay muchas completamente distintas a Napoleón.

Una vez que hayas comprendido todo lo antedicho, deberás volver sobre Napoleón para absorber completamente lo que vale la pena aprender de él. ¡Su vida de lucha permanente, su valentía, su capacidad resolutiva y su voluntad firme como el acero! Sin estos ingredientes, las buenas intenciones para hacer algo por el progreso de la humanidad se quedarán en agua de borrajas. Sobre todo, la fortaleza de no lamentarse lo más mínimo por ninguna dificultad ni de rendirse ante fatalidad alguna. Tenemos mucho que aprender de su espíritu decidido y resuelto.

¿Conoces la siguiente anécdota sobre Napoleón?

Tras la derrota en Waterloo, Napoleón no tenía adónde ir en toda Europa.

Urdió un plan para huir a América desde el puerto de Rochefort, pero ya estaba ocupado por los británicos y fue apresado. La Marina Real lo trasladó al Reino Unido en el navío Bellerophon. Durante el tiempo que la embarcación estuvo anclada en la desembocadura del Támesis, el muelle es taba todos los días a rebosar de curiosos, felizmente sorprendidos. No era para menos. El hombre que había puesto patas arriba toda Europa y fue temido durante veinte años como un héroe invencible estaba ahora preso. Especialmente para los británicos, Napoleón fue un enemigo con el que mantu vieron una pugna de principio a fin y contra quien habían sufrido amargas derrotas en no

pocas ocasiones. Ese hombre había sido capturado finalmente y, encima, traído al Reino Unido. La gente no quería perderse la ocasión de ver con sus propios ojos al menos el navío en que estaba a bordo y una gran cantidad de curiosos se arremolinaba todos los días en el muelle.

Desde que había llegado a Gran Bretaña, Napoleón permanecía encerrado en el barco, así que nadie lo había visto. Sin embargo, un día, deseando tomar el aire después de largos días recluido, subió a cubierta.

La muchedumbre, que de pronto distinguió aquella famosa figura con bicornio en la cubierta del Bellerophon, quedó sin aliento. El muelle, bullicioso hasta ese momento, enmudeció de repente. ¿Qué crees que ocurrió inmediatamente después, Koperu? Las decenas de miles de curiosos allí congre gados se quitaron el sombrero sin que nadie se lo dijera y permanecieron de pie, mostrándole así su profundo respeto y admiración.

Aun derrotado en el campo de batalla, sin sitio adónde ir en toda Europa, apresado por su némesis durante largos años y atrapado en aquel barco en territorio enemigo, Napoleón no quiso mostrarse hundido y humillado ante nadie.

Allí de pie, seguía manteniendo su orgullo regio y arrostraba con admirable entereza y virilidad el destino que él mismo se había labrado. Fue esa presencia portentosa la que atrapó el corazón de la gente y la movió sinceramente a inclinarse ante él. Qué personalidad tan apabullante.

A medida que vayas creciendo, irás reconociendo a muchas buenas personas pero insignificantes, que, a pesar de sus nobles intenciones, por falta de determinación y coraje, no son capaces materializarlas en plenitud. No son pocas las personas que, aun sin ser malas, con su pusilanimidad se hacen infelices a sí mismas y a los demás. Tan vacío de contenido es el espíritu heroico ajeno al progreso humano como la bondad carente de determinación y coraje heroicos.

Imagino que ya conocerás algunos ejemplos.

El suceso del día nevado

Al comenzar el tercer trimestre, aquel rumor del que habían hablado Koperu y sus amigos se difundió rápidamente entre los alumnos de los primeros cursos. Todos tuvieron un mal presentimiento. Pero pasó una semana, pasaron dos, y comenzó el mes de febrero sin que nada de lo que temían hubiera sucedido. Quizá era que los alumnos de cuarto y quinto, ocupados con la preparación de los inminentes exámenes de ingreso al instituto, no tenían tiempo de estar pensando en los alumnos de cursos inferiores. Pareció como si aquel rumor fuera a desvanecerse como algo sencillamente infundado.

Pero Koperu seguía poniéndose nervioso cada vez que veía aparecer con su habitual gesto decidido, en el patio y en otros lugares de la escuela, a cuatro o cinco miembros juntos del equipo de judo. Cuando se los encontraba en el pasillo era imposible no cruzar alguna mirada, así como inevitable pasar cerca de ellos. Koperu se sentía francamente mal. Además, a Koperu, Kurokawa le parecía gigante. Quién sabe por qué, Kurokawa, que tenía la piel de la cara gruesa y rugosa como una naranja agria, a veces le sonreía cuando se cruzaba con él. En esos momentos, Koperu sentía como si algo helado le recorriera el espinazo.

A pesar de ello, Kitami, que era por quien todos estaban angustiados, no mostraba el más mínimo síntoma de preocupación. Cuando se cruzaba con los miembros del equipo de judo, lejos de apartar la mirada, si venían bamboleando los hombros como marineros por el puerto, Kitami sacaba pecho para pasar rozándose con ellos. Encima, inmediatamente después, se daba la vuelta y, ni corto ni perezoso, decía cosas como: «¡De qué van! ¡Ni que fueran bandidos!», y se quedaba tan ancho. A su lado, Koperu ya no se acordaba de las veces que tuvo el alma en vilo por si lo oían.

Por el contrario, Yamaguchi ahora parecía un ratón que oyera el maullido de un gato. Evitaba por todos los medios que lo vieran los miembros del equipo de judo y hasta se pasaba los recreos a la sombra de la sala de kendo, algo más alejada del gimnasio, o en la trasera del gimnasio cubierto, jugando solo con los suyos. Gracias a ello, Urakawa no tuvo que soportar las gamberradas de Yamaguchi y sus secuaces y pasó una temporada de lo más tranquila.

Pasó el 11 de febrero con el *kigensetsu*, y a febrero le iban quedando cada vez menos días, pero seguía sin suceder nada. Hasta el miedoso Yamaguchi empezó a pensar: «Quizá no pase nada». Sin embargo, Koperu y sus amigos hubieron de enfrentarse a la situación temida,

casi de casualidad, por un incidente insignificante.

Aquello sucedió un día nevado en que el aguanieve que había empezado a caer la tarde anterior se convirtió en nieve durante la noche. Continuó nevando por la mañana y siguió así hasta el mediodía.

Hacía tiempo que no nevaba y los alumnos se sintieron despertar. Se habían sucedido cuatro o cinco días muy fríos y oscuros y todos estaban sumidos en una especie de letargo. Pero, de repente, la nieve les devolvió la energía. Desde primera hora de la mañana, en que aún seguía nevando, se pudo ver a algunos alumnos jugando jovialmente en el patio.

Más o menos a mediodía cesó la nevada, asomó un cielo azul como si

alguien hubiera enjugado las nubes y el sol comenzó a brillar con fuerza. En el recreo después de comer, un alegre bullicio animaba el patio. Todo estaba teñido de blanco y refulgía. La luz era tan intensa que costaba mantener los ojos abiertos. En medio de aquella blancura resplandeciente, cientos de alumnos se movían y entremezclaban por el patio. Unos se perseguían y otros se caían. Los encuentros entre unos y otros se sucedían en todas partes y las risas chocaban en el aire sin cesar. Las bolas de nieve volaban a diestro y siniestro bajo la luz del sol. Había chicos echándose nieve y esparciéndola a lo loco. De pronto, asomó una gran bola de nieve entre la marabunta. La estaban rodando entre cinco o seis chicos. Un runrún alegre, como de gran colmena, llenaba el ambiente alegre y luminoso. Koperu y sus amigos también eran parte de aquella algarabía. Se lanzaban nieve entre ellos, se agarraban y rodaban por el suelo y se divertían como cachorros.

Cubiertos de sudor, sus rostros desprendían vaho.

¡Qué rápido se pasaron aquellos 45 minutos de recreo! Sonó la campana que anunciaba el inicio de las clases de la tarde y todos se dirigieron a las aulas todavía insatisfechos. Después de que el flujo oscuro de cientos de alumnos fuera absorbido completamente por el edificio, quedó el patio vacío, nevado y lleno de pisadas. En distintos puntos del espacio diáfano, ahora se veían muñecos de nieve de tamaños variopintos que no existían antes del recreo, en posturas extrañas y mirando cada uno en una dirección distinta.

A Koperu le costó concentrarse en las horas de clase que siguieron. La sangre aún bullía en su cuerpo. Al otro lado de la ventana, la nieve resplandecía con la luz del sol y el reflejo iluminaba hasta el techo del

aula.

De tanto en tanto, llegaban del patio los gritos alegres de los alumnos de alguna otra clase en su hora de Educación Física, seguramente provocados por alguna guerra de nieve. La mirada de Koperu se desviaba sin querer por la ventana hacia el exterior.

Cuando finalmente terminó la última clase, Ko peru saltó de su asiento como un resorte. Metió a toda prisa los libros de texto y los cuadernos en la cartera, voló por el pasillo y salió disparado al patio. Mientras preparaba rápidamente tres o cuatro bolas de nieve, Kitami y Mizutani aparecieron charlando entre ellos. Ninguno pareció percatarse de la presencia de Koperu, que sonrió pícaro y les lazó una bola sin previo aviso. A pesar de que los separaba una distancia considerable, acertó de lleno en la cabeza de Kitami.

Sorprendido, Kitami miró alrededor con cara de pocos amigos.

—¡¿Quién ha sido?! —gritó.

Viendo que Kitami no se había dado cuenta aún y seguía mirando a todos lados, Koperu no se aguantó más y les gritó riendo:

—¡Ea!

Kitami lo vio y su gesto serio se transformó rápidamente en una amplia sonrisa.

—Te vas a enterar —dijo, y ya se había quitado la mochila que llevaba del hombro y la estaba colgando en una escarpia de la pared del edificio. Se volvió hacia Mizutani y le dijo—: A por él.

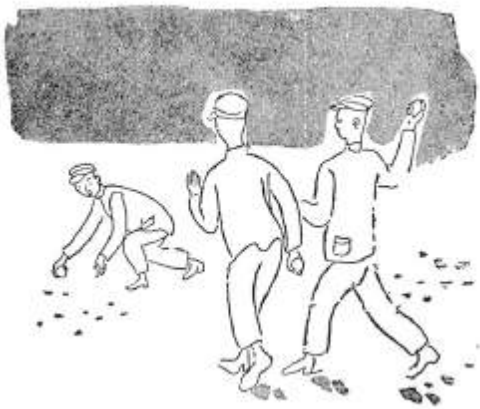
Kitami se agachó rápidamente para compactar la nieve y fabricar los proyectiles. Mizutani también colgó la cartera a toda prisa y comenzó a hacer las suyas. Cuando tuvieron hechas unas cuantas, los dos, riendo, pero con un brillo decidido en sus ojos, se lanzaron a por Koperu.

Koperu permaneció en su sitio y les lanzó dos o tres bolas, pero tras comprobar que no les había dado se dio la vuelta y emprendió la huida. Tres o cuatro bolas volaron hacia él trazando sendas líneas blancas en el aire.

—¡Persecución! —gritó Kitami.

Kitami y Mizutani reanudaron la carrera hacia Koperu cual perros de

caza.



Koperu fue esquivando con agilidad a los alumnos que jugaban en el patio. De vez en cuando, se escondía detrás de algún muñeco de nieve, fabricaba bolas a toda prisa, les lanzaba dos o tres y volvía a huir. Una de esas bolas hizo blanco en el brazo de Kitami, y otra, en el mentón de Mizutani. Esto excitó aún más a los dos, que siguieron corriendo detrás de Koperu. Koperu también recibió el impacto certero y contundente de una bola en toda la espalda.

El uno que huía y los dos que lo perseguían siguieron corriendo por todo el patio y, sorteando hábilmente a los alumnos, se fueron desviando hacia el fondo. Koperu estaba absorto en la huida. Se imaginaba a sí mismo como Napoleón, y a Kitami y Mizutani, como el ejército austríaco. Allí se estaba librando la batalla de Wagram.

La zona del patio en la que había un gran muñeco de nieve, con una maceta en la cabeza a modo de sombrero turco y un brazo recto en alto, era el campamento de Koperu. Se cubrió tras el muñeco y les descargó una andanada. Pero cuando lo consideró oportuno lo abandonó y corrió a buscar

otro campamento. Cuando inició la carrera, vio a Kitami y Mizutani avanzar hacia él dando gritos de guerra.

Koperu llevaba en las manos dos bolas de nieve. Al poco de empezar a correr, pensó: «¡Es el momento de lanzarles una!», y se detuvo. Sin embargo, al girarse para apuntar, no vio a ninguno de los dos.

«¿Qué habrá pasado?», pensó, algo descolocado y buscándolos con la mirada. De pronto, vio que alrededor del muñeco de nieve, que

instantes atrás le había servido de parapeto, se había formado una aglomeración de alumnos. Otros se acercaban corriendo, curiosos por saber lo que estaba sucediendo. Koperu también volvió corriendo al lugar.

Al acercarse, Koperu dio un respingo. Kitami y Mizutani estaban de pie rodeados de cinco o seis alumnos mayores. Y, justo enfrente de los dos, estaba plantado el mismísimo Kurokawa. Kitami tenía la cara levantada y el ceño fruncido. Mizutani es taba con la mirada algo baja y en silencio, a su lado.

—¡Eh, te he dicho que pidas perdón! —dijo Kuro kawa dirigiéndose a Kitami con los brazos cruzados y mirándolo desde arriba—. Destrozaste el muñeco que fabricamos y pretendías largarte sin decir nada. ¡Caradura!

—No quise hacerlo —respondió Kitami con la cara bien alta.

—¿No quisiste? ¡Mentiroso! —le soltó con una voz potente, y señaló el muñeco de nieve—: ¡Fíjate bien! Mira cómo lo has dejado. ¿Cómo te atreves a decir que fue sin querer?

El muñeco de nieve con la maceta en la cabeza se había quedado sin brazo y el palo que le servía de eje sobresalía de su cuerpo como un hueso.

—Iba corriendo concentrado en el juego y no me di cuenta de que choqué contra él —dijo Kitami con la respiración algo alterada.

—¡Cállate! —gritó Kurokawa con una voz que metía miedo—. No me cuentes historias. Basta con que pidas perdón. ¡Pide perdón! ¡Pide perdón!

¿Lo has entendido?

Kitami se quedó mirando en silencio a Kuro kawa, pero al rato dijo con

un tono grave:

—Pediré perdón.

—Eso es. Te perdonaré si te disculpas. ¡Pídenos perdón a todos nosotros!

Kitami agachó la cabeza y dijo en voz baja:

—Perdón.

Koperu suspiró aliviado. Pensó que aquello daría por concluido el incidente, sin más. Pero, cuando ni siquiera había terminado de pensar en ello, todos los alumnos mayores que los rodeaban comenzaron a gritarles:

—¡No te oímos!

—¡Dilo más alto!

—¡Habla claro! ¡Vocaliza bien!

Kitami estaba callado sin decir nada, mirando al suelo.

—Te hemos dicho que lo digas más claro.

—Con esa vocecita de mosquito no te entendemos.

—¿No vas a pedir perdón?

Kitami permanecía de pie y en silencio mientras lo seguían azuzando. El que estaba al lado de Kurokawa, con una calva en un lado de la cabeza, gritó impaciente:

—¡Eh! ¿Acaso no nos oyes? Te hemos dicho que pidas perdón con más claridad. ¡Si lo vas a hacer, hazlo bien!

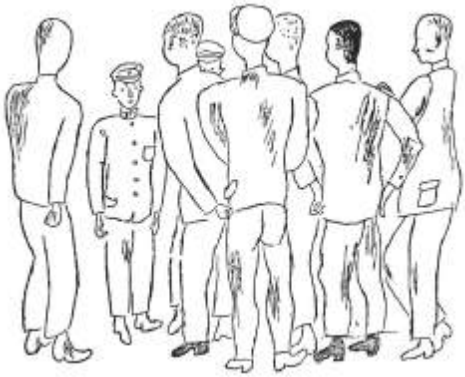
Kurokawa sacó pecho como el líder que era de aquel grupo y lo amenazó:

—¡Kitami! Pide perdón otra vez para que te oigamos todos. Será mejor para ti.

Kitami levantó la cara. Su gesto delataba rabia. Sus ojos brillaban y sus pómulos estaban en tensión. Estuvo unos instantes con los labios temblorosos, pero al final dijo como si vomitara:

—¡Perdón!

Se le entendió perfectamente, pero el tono empleado fue como una bofetada en la cara de todos los mayores, que se agitaron al unísono:



—¡Qué tono es ese!

—¡Eso no es una disculpa!

—¡Impertinente!

Los mayores se le echaban literalmente encima, pero Kurokawa los retuvo con actitud benevolente y se acercó a Kitami:

—¡Eh, Kitami! Estás siendo un poco impertinente —dijo con una voz extrañamente tranquila que resultaba siniestra—: ¿Por quiénes nos tomas?

—…

—Somos mayores que tú. Pero siempre has sido un impertinente con nosotros. No sientes el respeto debido por los mayores. Nunca haces la reverencia. Hasta ahora hemos hecho la vista gorda porque eres de primero, pero, si sigues comportándote así, lo vas a pagar caro.

—Eso es. Le deberíamos dar un escarmiento —gritó alguien.

Kitami seguía con gesto disconforme y los labios apretados, sin decir una palabra. Los curiosos que los rodeaban estudiaban alternativamente las caras de Kurokawa y Kitami, comparando sus gestos, expectantes.

Koperu casi no se tenía en pie. Ni tenía arrestos para posicionarse a favor de sus amigos ni se atrevía a irse como si la cosa no fuera con él. Se quedó mirado la escena con el corazón en un puño. Se notaba el pulso en el cuello.

De pronto, habló Mizutani:

—Kitami… Kitami no lo hizo queriendo. Se despistó un poco y…

—¡Cállate! —dijo Kurokawa como aplastando la frase de Mizutani. Y

continuó—: ¡Kitami! ¿Vas a obedecer como le corresponde a uno de primero o te vas a rebelar? Responde. Actuaremos en consecuencia según lo que digas.

Kitami seguía sin decir nada.

—¡Di algo de una vez! ¡¿Vas a obedecer, sí o no?!

—No —dijo Kitami, con voz afligida. Cerró los ojos y negó enérgicamente con la cabeza.

—Maldito… —dijo el de la calva, que se adelantó apartando a Kurokawa y se acercó a Kitami con el gesto de alguien cuya paciencia ha llegado al límite.

Sin embargo, cuando este trató de golpear a Kitami, apareció en escena Urakawa como caído del cielo y se acercó corriendo a Kitami.

Urakawa se plantó delante del alumno de la calva.

—Kitami no… No tiene la culpa. Nosotros… Nosotros… —dijo, pero los nervios le impidieron seguir hablando.

Quizá ya no sabía ni qué era lo que quería decir. Agitaba las manos y se debatía en un intento deses perado por articular las palabras, pero se trababa sin remedio.

—¡Fuera de aquí, vendedor de tofu!

El de la calva le dio un empujón a Urakawa, que perdió el equilibrio y cayó al suelo de culo. Los amigos de Kurokawa se rieron a carcajadas.

Pero, antes incluso de que cesaran esas risas, sonó un «¡plas!» macabro.

El de la calva le había propinado un tremendo guantazo a Kitami en la mejilla y ahora tenía una mirada asesina.

—Con imp… impresentables como tú, no se podrán defender los principios de la escuela —dijo, y se lanzó otra vez sobre Kitami.

Pero ahora el que se interpuso rápidamente fue Mizutani. Urakawa

también se levantó y corrió hacia ellos. Los dos estaban pálidos, pero aun temblando de miedo se plantaron delante de Kitami para defenderlo.

Koperu creyó que, de hacerlo, aquel era el momento de dar el paso y alinearse con sus amigos. Pero le temblaba todo el cuerpo y se quedaba paralizado. Su cabeza le decía que ahora o nunca, pero su cuerpo no le obedecía.

—Je, je. Esto se pone interesante —dijo Kuro kawa con una sonrisa malévola—. O sea, que vais a defender a Kitami. Nos vais a llevar la contraria poniéndoos de su parte. Muy interesante. Está bien, si tenéis agallas, adelante —dijo, y miró a todos los alumnos menores que estaban a su alrededor—: ¡Que salgan aquí los amigos de Kitami!

Su voz imponía. Koperu miró al suelo sin querer e instintivamente escondió a su espalda las manos con las bolas de nieve.

—Sabemos que entre vosotros hay más amigos de Kitami. ¡Dad un paso al frente!

El de la calva gritó aquello después de Kuro kawa y escudriñó entre los alumnos de los primeros cursos congregados allí. Koperu sintió escalofríos cuando su mirada recayó en él. Soltó las bolas de nieve. Se quedó así, quieto, sin atreverse a levantar la cara.

—¡Ah!

Casi a la par que aquel grito de Mizutani llegaba a los oídos de Koperu, Kurokawa declaró:

—¡Kitami! Serás castigado.

«Pum, pum», sonaron dos golpes dados con el puño cerrado en un cuerpo humano.

—¡Dales su merecido! ¡Dales su merecido! —gritaron a la vez los secuaces de Kurokawa.

Cuando Koperu miró aterrado, vio a Kitami desplomado a los pies del muñeco de nieve y, frente a él, a Urakawa y Mizutani pegados, soportando de pie la andanada de bolas de nieve que les caía encima. Las bolas

llegaban volando una detrás de otra y caían en la cara, en el pecho, en la espalda y en todo el cuerpo de Mizutani y Urakawa. Pero los dos se

mantuvieron firmes y no se apartaron de Kitami.

—Clooon, clooon, clooon…

Las campanadas que anunciaban el comienzo de las clases llegaron del edificio de la escuela. Koperu y sus compañeros ya habían terminado, pero a los mayores todavía les quedaban algunas. Al oír las campanadas, todos fueron abandonando el lugar después de soltar cada uno alguna frase hecha.

Cuando se fueron los mayores, Mizutani ayudó a levantarse a Kitami.

Urakawa recogió el sombrero de Kitami y se lo puso a este en la cabeza.

Kitami se incorporó apretando los dientes.

De repente gritó:

—¡Maldita sea! —Y se abalanzó contra el muñeco de nieve, que se partió por la mitad. La parte superior cayó al suelo y se deshizo en mil pedazos.

Pero Kitami ni se fijó en ello y se lanzó a los brazos de Mizutani—: ¡Qué rabia me da!

Ya no podía seguir conteniendo las lágrimas. Después de soltar algo parecido a un gemido con los dientes apretados, hundió su cara en el hombro de Mizutani y comenzó a llorar, temblando. Los ojos de Mizutani también se llenaron de lágrimas y lloraron juntos abrazados fuertemente.

Urakawa tampoco pudo contener la emoción y rompió a llorar. Se tapó la cara con el dorso sucio de su mano. Su rostro se inundó de lágrimas.

Sus compañeros de curso y otros alumnos de segundo y tercero allí presentes se acercaron a ellos una vez que desaparecieron Kurokawa y los suyos, pero no sabían qué decirles. Se limitaron a cuchichear entre ellos y, poco a poco, se fueron yendo hasta que no quedó nadie salvo los tres amigos llorosos y Koperu.

Koperu permanecía de pie, con la cabeza baja, abatido. Completamente pálido, seguía mirándose los pies como medio atolondrado y sin mover un

músculo. Los rayos aún cegadores del sol los alcanzaban por encima del edificio que quedaba al otro lado del gimnasio. La figura de Koperu, que proyectaba una sombra larga, no podía parecer más triste.

Efectivamente. Koperu estaba hundido en un lu gar muy oscuro.

«Cobarde.

Cobarde.

Cobarde».

Era la voz que resonaba sin remedio en su interior. A pesar de aquella firme promesa hecha en el cuarto de Mizutani, el 5 de enero, jurando defender a Kitami, e incluso si fuera necesario asumiendo ser agredido junto a él, vio cómo golpeaban a Kitami delante de sus ojos y no dijo esta boca es mía ni levantó un solo dedo para ayudarlo. Sin vergüenza, había dejado que todo sucediera como si nada. Por el contrario, Mizutani y Urakawa cumplieron sus promesas y compartieron como hombres el destino de Kitami.

Koperu era incapaz de levantar la mirada.

Sus amigos estaban llorando abrazados a apenas cinco o seis metros de él, pero no se atrevía a acercarse a ellos ni a decirles nada. Sus mejores amigos, hasta hacía tan solo unos instantes, parecían desconocidos a quienes no iba a poder acercarse nunca porque ahora estaban demasiado lejos. Sentía como si se hubiera despeñado al fondo oscuro de un barranco, con paredes imposibles de escalar y abandonado a su suerte. «¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido?», se decía, sin poder comprender la enormidad de su inacción.

En la mente del cabizbajo Koperu se reproducían los quince o dieciséis minutos pasados como una auténtica pesadilla: veía a Kitami, con la cara firmemente levantada y de pie rodeado de los mayores; el perfil de Kurokawa; los ojos llenos de odio del de la calva; el gesto tenso de Mizutani protegiendo a Kitami; la cara de Urakawa a punto de llorar tratando de terminar aquella frase a medias… «Pensé en salir a defender a

Kitami junto con Mizu tani y Urakawa. ¡Ahora o nunca!, ¡ahora o nunca!, me dije innumerables veces. ¡Pero perdí la ocasión y no fui capaz de hacerlo!».

«Yo también…», se dijo.

«Yo también quise salir a defender a Kitami. En ningún momento pensé en huir. Pero perdí la oportunidad y…».

¿Pero quién fue el que, cuando Kurokawa gritó: «¡Que salgan aquí los amigos de Kitami!», se limitó a esconder tras la espalda las manos con las bolas de nieve? ¿Quién tiró las bolas al suelo procurando que nadie lo viera cuando el de la calva lo miró? Recordó esos instantes.

Quizá nadie se diera cuenta, pero él lo sabía. ¡Lo que sintió en aquel momento en que palideció! ¡Cómo miró de reojo a su alrededor para comprobar que nadie lo había visto! Cómo deseaba poder eliminar aquello de su recuerdo.

Era indiscutible que había traicionado a sus amigos y que era demasiado tarde para arrepentirse de tamaña cobardía. «¡He cometido un error irreparable! ¡He hecho algo terrible!».

Koperu se sentía tan miserable que ni siquiera podía llorar. La persecución con la que tan solo unos instantes atrás había disfrutado con sus amigos, entre risas y en medio de la nieve resplandeciente, parecía ahora un recuerdo remoto.

Perdió la cuenta de los minutos que estuvo así de pie. Cuando notó que Kitami, Mizutani y Ura kawa se movían, los miró. Mizutani le estaba diciendo algo a Kitami mientras este asentía repetidamente, y se disponían a iniciar el camino hacia el edificio de la escuela.

«Oh, se van a ir. Si quiero pedirles perdón, lo tengo que hacer ahora.

Como no lo haga ahora…», pensaba.

Aun así, era incapaz de acercarse corriendo a Kitami. ¡Lo mal que había quedado y la vergüenza que sentía! Era como si estuviera clavado en el suelo. Apenas podía dirigirles una mirada débil y temerosa.

«Si Kitami me mirara y me sonriera aunque fuera solo un instante… O si Mizutani me dijera algo…». Deseaba desesperadamente que tuvieran algún gesto para él.

Efectivamente, si Kitami o Mizutani hubieran hecho algo parecido, se habría acercado a ellos corriendo y, probablemente, les habría pedido perdón entre lágrimas. Pero los tres comenzaron a caminar sin más hacia el edificio de la escuela, como si ni siquiera se dieran cuenta de que él estaba allí. Solo Urakawa se detuvo un momento y miró atrás hacia Koperu.

Cuando sus miradas se encontraron, Urakawa puso cara de pena y pareció que iba a decirle algo. Fueron apenas dos o tres segundos, pero no dijo nada y siguió caminando, dándole la espalda.

Koperu se quedó completamente solo. Contemplando a los tres amigos por detrás, que iban caminando con sus cuerpos apretados hacia el edificio de la escuela, sintió desgarrársele el corazón por primera vez en la vida.

¡Había perdido hasta la ocasión de pedirles perdón! Había arrepentimiento

en aquel dolor, ¡pero aún le dolía más ver la amistad de los tres! ¡Qué íntimos parecían! Verlos así, sintiéndose excluido, le resultaba casi insoportable. Kitami colgaba su brazo sobre los hombros de Mizutani, este abrazaba el de Kitami y Urakawa caminaba pegado a él.

Se habían expuesto juntos al peligro, sufrieron y lloraron juntos. En

aquel momento, los tres estaban verdaderamente fundidos en uno. Seguían sintiendo rabia, pero la dicha de contar con amigos en quienes poder confiar hacía que aquella rabia embriagara aún más sus corazones de amistad. Koperu se lo podía imaginar. Precisamente porque se lo podía imaginar, no tener derecho a estar con ellos compartiendo aquel momento lo hacía sentirse profundamente desgraciado. Su mejor amigo desde primaria, Mizutani, ni siquiera se había girado para mirarlo y se iba alejando abrazado con Kitami. Hasta Urakawa, que tanto lo admiraba y confiaba en él, se había limitado a lanzarle una mirada compasiva y se iba sin decirle nada.

Triste y solo, de pie en medio de la nieve, siguió observando por la espalda a sus tres amigos, cada vez más lejos de él. Sus ojos se llenaron de lágrimas dolorosas y ardientes, difuminando las tres siluetas. Hundido, volvió a agachar la cabeza.

Koperu no se acordaba apenas de cómo llegó aquel día a casa. Mientras iba caminando, arrastrando el paraguas por el camino nevado, y también mientras estuvo sentado en el asiento del tren, no hizo más que rememorar las distintas escenas de aquel día. Cuando llegaba a la última, en la que los tres amigos se iban, dejándolo solo, las lágrimas volvían a brotar.

Una vez en casa, a pesar de que su madre le había preparado tortitas, no comió ni la mitad. Y casi no fue capaz de tragar la cena. Su madre, preocupada, le preguntó qué le pasaba:

—¿Te duele la tripa?

Pero Koperu no decía nada.

—¿Te encuentras mal?

Seguía callado.

—Anda, dime qué te ha pasado. Tienes una cara…

Su madre le tocó la frente. Estaba ardiendo. Le puso el termómetro y tenía 38 °C de fiebre. Por haber estado quieto con el cuerpo sudado en medio de la nieve, se había resfriado y se había puesto malo de verdad.

Inmediatamente, su madre le hizo la cama y lo obligó a acostarse. Le puso bolsas de hielo en la cabeza y le dio una aspirina. Durante todo ese rato, Koperu apenas abrió la boca. No solo se encontraba mal y no tenía ganas de hablar, sino que, de no mostrarse antipático, sentía que se iba a poner a llorar. Cuanto más cariñosa se ponía su madre, más ganas tenía de llorar.

Seguramente, su madre atribuyó el mal humor a su estado. Después de aplanar varias veces las mangas y los bajos de los edredones con forma de kimono con los que lo tenía cubierto para que sudara la fiebre, bajó la luz de la lámpara y le dijo:

—Que descanses. Buenas noches. —Y salió de la habitación en silencio.

Cuando se quedó solo, cerró los ojos. Al hacerlo, regresaban las imágenes del incidente en el patio. La cara terrorífica de Kurokawa, los ojos del de la calva, Kitami tirado en el suelo, ¡y las tres figuras de espaldas que se alejaban dejándolo solo! Mordió el extremo de un *yogi* y lloró. Notó cómo caían sus lágrimas en la almohada.

«Me han abandonado. No volverán a querer estar conmigo. Con lo que estoy sufriendo…».

No pudo más y se apartó los *yogi* de un manotazo. Notó el aire frío en su cuerpo a través del pijama. La cabeza le ardía, pero sentía la espalda congelada. Cuando le asaltaban los escalofríos temblaba con fuerza, pero no intentó taparse con los *yogi*.

«¡Ojalá me ponga mucho peor! Ojalá me ponga tan malo, tan malo, que al final me muera…».

«Así sabrán Kitami, Mizutani y Urakawa lo que yo realmente sentía».

Los recuerdos de la

escalinata de piedra

El catarro se complicó y llevaba ya dos semanas en cama. Su estado empeoró de tal manera que en un momento dado temieron una pulmonía.

Durante tres días seguidos tuvo cerca de 40 °C de fiebre y sufrió hasta en sueños. Pero gracias a los incansables cuidados de su madre, que apenas dormía por las noches por él, al cuarto día la fiebre comenzó a bajar y con ella cedió también el sufrimiento. Más o menos a la semana de caer enfermo, podía leer un libro en la cama, pero persistían la febrícula y una ligera tos. Así que siguió haciendo vida en la cama.

Normalmente, aunque no se encontrara del todo bien, Koperu solía decir:

«Esto no es nada», queriendo ir a la escuela a toda costa. Pero esta vez hacía todo lo que el médico le decía sin rechistar y se quedaba tranquilamente acostado. Esa actitud tan poco habitual en él hizo que su madre se extrañara.

«¿Qué le habrá pasado? ¿Habrá ocurrido algo?», se preguntaba.

Tumbado en la cama, Koperu seguía recordando aquel día. Cuanto más pensaba en aquello, más cuesta arriba se le hacía tener que volver a la escuela y encontrarse con Kitami y compañía. Por suerte, dado que desde

aquel día llevaba en casa enfermo, todavía no había tenido que verlos. Sin embargo, no iba a poder quedarse eternamente encerrado. En algún momento tendría que volver a la escuela y encontrarse con ellos. Se angustiaba pensando en los días que estaban por venir.

Pero no por eso deseaba olvidarse de sus amigos para siempre jamás. Eso hubiera sido inimagina ble para él. Mizutani, con quien tan bien se llevaba; Urakawa, quien tanto confiaba en él; y Kitami, un amigo con el que se sentía tan a gusto. Pensar siquiera en la posibilidad de no volver a verlos nunca más, sin antes volver a hablar con ellos, le ponía malo.

«¿Qué debo hacer?», se preguntaba con el mentón hundido en el cuello del *yogi* y con la mirada perdida en el techo. Se pasaba así horas y horas.

El sufrimiento de volver a encontrarse con ellos estaba a la par con el deseo de recuperar aquella amistad. No; más bien deseaba esto último sobre todo lo demás. Era consciente de que la única solución pasaba por pedirles perdón y esperar a que dejaran de estar enfadados. ¿Pero qué debía decirles para disculparse?

En su mente surgían muchas excusas. En primer lugar, lo más probable era que Kitami y Mizutani no supieran que él los había estado observando desde el principio, cuando los mayores acorralaron y pegaron a Kitami. Por lo tanto, si les dijera que cuando, extrañado, volvió sobre sus pasos y llegó al lugar de los hechos ya habían golpeado a Kitami, quizá no se dieran cuenta.

«Claro. Si les dijera eso, Kitami no me echará en cara que no saliera a defenderlo; porque parecerá, no que no salí a defenderlo, sino que no llegué a tiempo y no pude salir en su defensa aunque hubiera querido», pensó.

Pero de pronto se acordó de Urakawa y aquella excusa encalló: Urakawa estaba entre los curiosos. Quizá supiera que Koperu estuvo también allí viéndolo todo desde el principio. Si así fuera, la mentira quedaría inmediatamente desenmascarada.

¿Qué tal si pusiera la enfermedad como ex cusa?

«Cuando pasó aquello, estaba sintiendo escalofríos. Seguramente en ese momento ya estaba enfermo. Me sentía mal, muy mal, y hasta me costaba estar de pie. Estuvo fatal no haberte defendido, pero estaba enfermo y no pude hacer otra cosa. Así que ¿me perdonas?».

¿No me perdonarán gustosamente si les dijera eso? ¿Pero quién se iba a creer que, inmediatamente después de haber estado riéndose y divirtiéndose como un loco, se encontró de repente tan mal? Imposible que nadie le tomara en serio. Aquella excusa tampoco serviría.

En ese caso, ¿qué tal así?

«Iba a salir a defenderte poniéndome delante de Kurokawa. Pero de pronto se me ocurrió que quizá fuese mejor quedarme viendo el incidente de principio a fin y recordar todos sus detalles para, más tarde, servir de testigo. Así, el profesor creería lo que yo le dijera y Kurokawa y los suyos serían castigados con toda seguridad. Por eso, y también para vengarme de vosotros, contuve las ganas de salir y me quedé allí para registrarlo todo al detalle. Por eso no salí. Fue intencionado».

Efectivamente, esta excusa le haría parecer alguien cabal y podría servir, hasta cierto punto, para justificar incluso el incumplimiento de la promesa.

¿Pero le creerán Kitami, Mizutani y Urakawa? Y si le creyeran y Kitami le dijera: «Claro, ahora lo entiendo. No sabía que había sido por eso. Te pido perdón porque hemos estado hablando mal de ti», y encima le pidiera disculpas, ¿podría quedarse tranquilo? De ninguna manera. Si eso sucediera, se sentiría tan mal que no se soportaría. Eso sí que sería traicionarlos.

Aunque nadie más que él supiera la verdad, aquel recuerdo desagradable estaba tallado en su alma. ¡Su brazo escondiéndose hacia la espalda, tratando de ocultar la mano que llevaba las bolas de nieve cuando Kurokawa gritó: «¡Que salgan aquí los amigos de Kitami!»! ¿Cómo podría siquiera intentar parecer alguien reflexivo e incluso digno de respeto teniendo aquel recuerdo grabado a fuego en su memoria? ¿Cómo iba a

poder engañarse a sí mismo?

Cada vez que se recordaba, sentía asco. Ni en sueños había creído, hasta aquel incidente, que cuando llegara la hora de la verdad iba a comportarse con tanta cobardía y vileza. Le pareció terrorífico que las acciones humanas no tuvieran vuelta atrás: una vez hechas, quedaban hechas para siempre.

Uno sabe bien lo que hizo y no importa que nadie más lo sepa; incluso si uno se olvidara de lo que hizo, lo hecho, hecho estaba y era para siempre.

Nadie puede cambiar su pasado.

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?», se preguntaba con la mirada fija en el techo y mordiéndose el labio sin querer. En los atardeceres, cuando pensaba en ello, solo en la habitación y a oscuras, lo embargaba un sentimiento de tristeza indescriptible.

Koperu se volvió taciturno. Pasaba mucho tiempo pensando en silencio.

Normalmente, aunque enfermara, a poco que mejorase, enseguida recuperaba el buen humor. Cuando se ponía malo, su madre hacía todo lo que le pedía a menos que fuera algo que interfiriese en su recuperación, y Koperu siempre solía abusar de sus privilegios de enfermo para pedirle todo tipo de cosas. Pero esta vez, aunque le

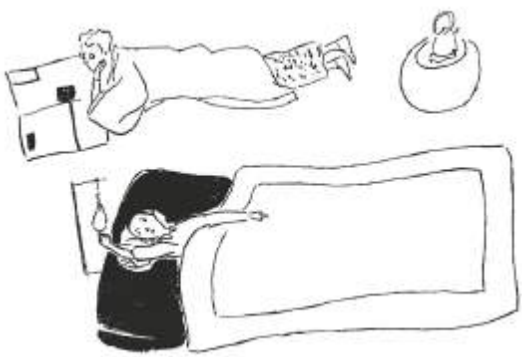
preguntara si quería que le preparase una *omelette*, si le apetecían unos dulces rusos o si quería leer algún libro, Koperu se limitaba a responder de forma ambigua y desganada. Si ella seguía hablándole para animarlo, al final, terminaba diciéndole:

—Calla un poco… —Ponía mala cara, se daba la vuelta en la cama y le mostraba la espalda.

Ella fruncía el ceño, preocupada, y, conteniéndose las ganas de preguntarle: «¿Por qué?», se levantaba y se iba sin hacer ruido. Cuando, en esos momentos, la oía suspirar ligeramente, las lágrimas le caían a borbotones.

Aquel incidente había sido un asunto realmente importante para Koperu.

Nunca se había sentido tan profundamente conmocionado. Cuando murió su padre, estuvo muy triste y lloró mucho, pero no lo atenazaba ningún



remordimiento. Se podía dejar llevar por la tristeza y eso lo aliviaba. Pero ahora el arrepentimiento por algo que ya no tenía remedio lo atormentaba constantemente. No había sido cosa de una ni de dos veces el despertarse en medio de la noche y quedarse despierto sin poder volver a pegar ojo.

Esa vez, Koperu aprendió a reconsiderar seriamente sus acciones y pensamientos y a valorarlos honestamente.

Siguieron días parecidos.

En algún momento, el corazón de Koperu comenzó a teñirse de melancolía.

Por mucho que pretendiera parecer otra cosa a ojos de los demás, el hecho de que había traicionado a sus amigos no iba cambiar un ápice. Ese hecho lo perseguiría eternamente y pesaría sobre su conciencia. Dejó de pensar en excusas. Comenzó a brotar en él un sentimiento puro de disculpa hacia sus amigos. Empezó a querer, sinceramente, pedirles perdón y decirles: «Cometí un error. La culpa es mía». ¿Pero le perdonarían solo con pedirles perdón? ¿No se disgustarán aún más con él si admitía su cobardía?

Cuando pensaba en ello, se sumía en la confusión.

Era una mañana de domingo.

La luz penetraba en la habitación del enfermo y se oía bullir el agua de la tetera de hierro encima del brasero.

Su tío estaba al lado de Koperu, leyendo el periódico recostado en el suelo y en silencio.

Koperu estaba acostado bocarriba, haciendo balancear la bolsa de hielo colgada que ya no necesitaba. La bolsa colgaba abombada con su agua ya tibia, e iba y venía en un vaivén que Koperu impulsaba a modo de pistón mientras pensaba en cosas completamente distintas.

«¿Se lo digo o no se lo digo?», se preguntaba. Si se lo quería contar, aquel era el mejor momento porque estaba solo con él. Estuvo dudando un buen rato, pero finalmente se decidió:

—Oye, tío.

—¿Qué pasa? —respondió su tío sin apartar los ojos del periódico.

—Yo…

—¿Sí?

—Yo… —dijo, y no sabía cómo continuar.

A pesar de que se había decidido a decírselo de una vez por todas, no le resultó nada fácil arrancar. Pero, finalmente, dijo como dando un último empujón:

—No quiero volver a la escuela.

El tío se sorprendió por el tono desesperado con el que lo dijo y apartó la mirada del periódico:

—¿Qué ha pasado?

—Es que… no quiero volver la escuela —repitió como enfadado.

—Estás a punto de recuperarte del todo y dentro de poco empiezan los exámenes.

—Lo sé, pero me da igual, no quiero volver.

—¿Por qué?

—Porque yo… —Las palabras volvieron a atascársele.

—Esto es muy raro, tú siempre…

—No —interrumpió Koperu, negando con la cabeza—. Tío, yo… —

Antes de terminar la frase, notó cómo le empezaban a arder los ojos y se le llenaban de lágrimas; pero aguantó como pudo las ganas de llorar y continuó—: He hecho algo… Algo terrible.

—…

El tío se incorporó y miró fijamente a Koperu. Este seguía bocarriba y las lágrimas comenzaron a caerle hacia la oreja siguiendo el mismo trayecto.

—¿Qué es lo que ha pasado? —dijo suavemente el tío—. Anda, por qué no me lo cuentas —insistió. Pero viendo que Koperu seguía mirando al techo, quieto y mudo, le volvió a decir—: Vamos, no importa lo que sea.

Cuéntamelo todo.

Con dificultad, Koperu le fue contando a su tío la promesa que había hecho en casa de Mizutani a principios de año, el incidente del día nevado y que había sido abandonado por sus tres amigos. A medida que iba hablando, sentía cómo lo que tenía atascado en el pecho comenzaba a fluir poco a poco. Casi al final de su relato, era capaz de explicarse con bastante más claridad y fluidez.

—Tío. Sé que hice algo horrible y me siento culpable. Es normal que Kitami, Mizutani y Urakawa se enfaden conmigo. Fui un cobarde. Un cobarde —dijo, y sintió como si se quitara un enorme peso de encima.

—Entiendo. Así que eso fue lo que pasó —dijo el tío, también con un tono que traslucía cierto alivio—. ¿Y qué piensas hacer?

—El caso es que no sé qué hacer. Lo que me gustaría es que Kitami lo entendiera.

—¿El qué?

—Pues lo que hice. Sé que estuvo mal. Lo siento de verdad. Cada vez que lo pienso, me siento horrible. Y lo pienso todos los días.

—Comprendo.

—Además, y esto no lo digo como una excusa, pensé muchas veces en

dar el paso y salir delante de Kurokawa.

—…

—Lo digo de verdad, tío. Quise hacerlo de verdad. Lo pensé, pero fui incapaz de dar el paso y, mientras me debatía, Kurokawa pegó a Kitami. Fui un gallina y la culpa es solo mía. Pero quise ayudar a Kitami, de verdad. No estuve allí mirándolos como si nada. Eso sí que me gustaría que lo supieran y lo entendieran.

—Claro, me parece lógico —dijo su tío, dándole la razón.

—¿Qué debo hacer?

Su tío le contestó como quitándole importancia, en un intento de animarlo:

—Pues mira, para eso… No tienes que darle tantas vueltas. Escríbele ahora mismo una carta. Pídele perdón por escrito a Kitami. Tienes que decirle lo que sientes. No te puedes guardar esos sentimientos.

Pero Koperu aún dudaba:

—¿Crees que si hiciera eso dejarán de estar enfadados conmigo?

—Eso no lo puedo saber.

—Entonces, no quiero hacerlo.

Cuando dijo eso, de repente, el tío se puso serio:

—¡Junichi! —Ya no lo llamaba Koperu y su tono era severo—: Estás muy equivocado. Incumpliste una promesa que hiciste con tus amigos.

Tuviste miedo de que Kurokawa te pegara y no saliste a defender a

Kitami.

Eres consciente de que eres culpable. Y, además, entiendes que tus amigos estén resentidos contigo. Siendo así, ¿cómo es posible que digas eso? ¿Por qué no asumes como un hombre toda tu responsabilidad sobre lo que hiciste? —Koperu sentía como si lo estuvieran fustigando con un látigo. El tío continuó en un tono igualmente duro—: No tendrías ningún derecho a quejarte si tus amigos te abandonasen para siempre. Ni una palabra podrías decir.

Koperu cerró los ojos con fuerza y puso cara de angustia.

—Sin duda, perder una amistad tan buena por un incidente así es duro —

dijo el tío, recuperando su tono sereno y cordial—. Te entiendo perfectamente cuando dices que quieres hacer las paces con ellos. Pero, Koperu, ahora no es momento de pensar en eso. Lo que debes hacer, antes que nada, es ir de frente y pedirles perdón. Debes expresar tu arrepentimiento y tus disculpas sinceras. Cómo vayan a reaccionar no es de tu incumbencia, al menos por ahora. Si reconoces sinceramente tu error, quizá acepten tus disculpas y quieran volver a ser tus amigos; o quizá sigan indignados contigo y no quieran recuperar la amistad. Por más vueltas que le des ahora, no encontrarás la respuesta. Pero, sea lo que sea, no tendrás derecho a protestar. No te queda más remedio que ser valiente. Por muy duras que sean esas consecuencias, tienes que asumirlas porque son las consecuencias de tus actos. Piénsalo bien en relación con este fracaso: ¿no fue que no pudiste actuar porque aún no estabas decidido a asumir las consecuencias de la promesa? Te faltó la determinación y el coraje que requería cumplirla, ¿no es así? —Koperu asintió con los ojos cerrados —.

No cometas más errores. Sé valiente y deja de pensar en todo lo demás.

Ahora, haz lo que debes. El pasado no se puede cambiar. Piensa en lo que puedes hacer ahora y hazlo como un hombre. No te puedes venir abajo por algo así. Vamos, ármate de valor, escríbeles esa carta. Diles lo que sientes honestamente y pídeles perdón. Así, dejarás de atormentarte.

Koperu lo estuvo escuchando en silencio.

Pero cuando abrió los ojos bañados en lágrimas, sin mirar a su tío y con la mirada en el aire, dijo con claridad:

—¡Tío, la voy a escribir! —Y continuó decidido—: Si no me perdonasen, esperaré… Esperaré hasta que lo hagan.

Esa misma tarde, aunque le llevó mucho tiempo, Koperu escribió una carta a Kitami.

Kitami:

Cuando Kurokawa y los suyos te atraparon y te pegaron, yo estaba allí; pero me limité a quedarme mirando. No hice nada a pesar de ver que Mizutani y Urakawa salieron a defenderte y sufrieron contigo.

No fue porque olvidara que os había prometido que me dejaría pegar junto a ti.

Me acordaba perfectamente de la promesa. Pero la incumplí. Fui un cobarde.

No sé qué decirte para pedirte perdón. Siento mucho lo que os hice, tanto a ti como a Mizutani y a Urakawa. No sabes la vergüenza que siento. Cada vez que lo recuerdo, me dan ganas de llorar.

No podría defenderme aunque me dijerais que soy un cobarde y un miedoso.

No tendría ningún derecho a protestar si ya no quisieseis volver a ser mis amigos.

Lamento verdaderamente lo que hice. Lo siento muchísimo.

Llegué incluso a pensar que sería mejor que me muriese. Quiero que sepas, como mínimo, que sé que hice las cosas mal y que estoy profundamente arrepentido.

Me faltó coraje para unirme a vosotros, pero no es que me diera igual lo que os pudiera pasar. Eso no lo pensé ni un segundo.

Ni lo pensé ni lo pienso ahora. Me gustaría ser capaz de transmitiros lo que siento de verdad. Me esforzaré para que así sea.

Os prometo que la próxima vez seré valiente.

¿Podréis creerme?

No sabéis lo feliz que me haríais si me creyerais.

Marzo.

Para Kota Kitami

Por favor, enséñales la carta a Mizutani y Ura kawa.

En cuanto terminó, Koperu llamó a la criada y la mandó. Después, hizo trizas las hojas de los intentos fallidos, las tiró a la papelera, ordenó la cabecera de la cama y se acostó en ella. Entonces, notó algo en su interior que no era exactamente ni cansancio ni sosiego. Suspiró profundamente.

Sintió cómo se iba liberando de la tensión que lo atenazaba. Estaba extenuado.

Cerró los ojos.

—Bien hecho. Bien hecho.

Le parecía oír una voz diciéndole eso.

Dejó de pensar. Se fue sumergiendo en la somnolencia, mientras trataba de identificar aquella voz lejana y vaga…

Al día siguiente también hizo un buen día.

La luz del sol daba de lleno en las puertas correderas, la habitación estaba luminosa y la tetera de hierro seguía murmurando en solitario.

Koperu estaba leyendo un libro de texto en la cama. Quería ir recuperando, poco a poco, las clases que se había perdido. Pero, antes de terminar una página, su mirada se desviaba hacia el exterior a través del cristal de la puerta corredera y se perdía en el cielo despejado.

«¿Habrá llegado la carta anoche a casa de Kitami? En ese caso, estoy seguro de que la ha llevado a la escuela para enseñársela a Mizutani y Urakawa. Aunque quizá no la haya recibido anoche. Si así fuera, habrá llegado esta mañana y Kitami no la habrá leído aún…».

No podía dejar de pensar en ello. Pero cuando llegaba a aquel punto volvía en sí, dejaba de elucubrar y retomaba el libro de texto diciéndose que no volvería a despistarse. Cuando imaginaba la reacción de Kitami al leerla, así como las de Mizutani y Urakawa, o en si los tres dejarán de estar enfadados con él, sentía retrotraerse a los momentos asfixiantes de antes de escribir la carta. «Cuidado, cuidado. No es momento de pensar en esas cosas», se decía, y paraba de pensar.

Efectivamente, hacía bien en no darle

más vueltas a aquel asunto. Sobre el error que había cometido, ya reflexionó todo lo que se podía reflexionar, se arrepintió todo lo que se podía arrepentir y sufrió todo lo que se podía sufrir. Ahora, solo quedaba mirar hacia delante e ir haciendo las cosas como era debido.

—¿Hoy estás estudiando? —Koperu se dio la vuelta al oír la voz de su madre, que estaba de pie sujetando en la mano un jarrón con una flor de melocotón—: ¿A que es preciosa?

Koperu sonrió y asintió. La rama del melocotón, que nacía a la altura del pecho de su madre y se estiraba elegante hasta tapar parcialmente su rostro, estaba repleta de capullos, flores a medio abrir y otras abiertas que esparcían su bermellón acuoso en todas direcciones. La redondez voluptuosa de aquellas flores le pareció realmente cándida y hermosa.

Su madre posó el jarrón en el *tokonoma*, donde se colocaban los altares u objetos decorativos, se sentó cerca de él y comenzó a hacer ganchillo.

Koperu volvió al libro de texto. Su madre y él apenas se dijeron nada y durante un rato en la habitación solo se oyó el bullir del agua de la tetera de hierro.

Al rato, cuando Koperu estaba otra vez dis traído mirando el cielo, su madre comenzó a hablar:

—Junichi. Cuando estoy haciendo punto así, hay recuerdos que me vienen siempre a la memoria —dijo despacio, con una voz que rebosaba ternura—. Son recuerdos de cuando iba al instituto. En el trayecto a pie de la escuela a casa, muchas veces me desviaba para salir a la parte baja del templo de Tenjin en Yushima, atravesar el recinto del templo y llegar a casa, en Hongo. Cuando hacía eso, solía entrar en el recinto del templo subiendo por las escalinatas de piedra de su parte trasera. No sé si las conoces, pero esas escalinatas de pie dra deben de seguir existiendo. Aun de día, se sentía el aire más frío cuando pasabas por aquellas escaleras apartadas. No sé si seguirá siendo igual…

»Un día, cuando iba por la mitad de la escalinata, vi a una anciana que

llevaba colgada una bolsa de tela de algodón en una mano, subiendo cinco o seis peldaños por delante de mí. Quizá tuviera algo más de

setenta años. La recuerdo bien todavía. Era menuda, tenía una melena cana y corta, como por el cuello, y ceñía, muy prieta, una faja fina de raso. Se remangaba los bajos del kimono, asomando por debajo de la tela blanca interior unas canillas delgadas con calcetines blancos japoneses, utilizaba un paraguas a modo de bastón e iba subiendo con gran esfuerzo. Desconozco lo que llevaba en la bolsa, pero tenía pinta de que era algo pesado a pesar de su tamaño. Calzaba unos *geta*, unos zuecos con agarre de tipo chancla, hechos con una tabla de madera plana y dos dientes, y cada vez que pisaba la escalinata sonaba haciendo «kri, kri», y a mí me parecía que se podía caer en cualquier momento. Descansaba cada dos o tres peldaños, estiraba la cadera en cada parada y continuaba subiendo. Empecé a no poder quedarme parada viéndola.

»Pensé que debía ayudarla con la bolsa: subir trotando para alcanzarla, cargar con la bolsa y darle la mano para ayudarla no suponía para mí apenas esfuerzo. Así que decidí aprovechar uno de sus descansos, en los que estiraba la espalda, para acercarme de un salto. Pero aquella anciana se puso a caminar justo en el momento en que yo iba a arrancar. Y al verla caminar así, curvando la espalda y con aquel ademán de concentración, me pareció que no tenía ningún motivo para decirle nada y no me decidí a acelerar el paso. Así que seguí subiendo despacio por detrás, sin decir nada.

»La seguí, pensando en que la próxima vez que se detuviera me acercaría y le diría: “¿La ayudo con la bolsa?”. Sin embargo, cuando se detuvo, me dio como vergüenza decirle nada y no me atreví a acercarme.

»Mientras pensaba en qué hacer, ella reanudó la subida por la escalinata de piedra con pinta de no prestar atención a nada más.

»“A la siguiente va la vencida”, me dije, y continué subiendo detrás de ella. Pero, de nuevo, perdí la ocasión mientras volvía a dudar.

»Mientras repetía aquello dos o tres veces, tam bién porque la escalinata no era especialmente larga, ella completó la subida. Lo hizo casi al mismo tiempo que yo, porque a esas alturas ya la había alcanzado a pesar de las continuas y constantes vacilaciones. Así que entramos juntas en el recinto del templo, pisando casi al mismo tiempo el último peldaño. La anciana,

que no se imaginaba ni en sueños que yo había estado debatiéndome por ayudarla o no, dejó la bolsa de tela en un asiento de piedra que había cerca y, como si se hubiera olvidado incluso de sentarse, estuvo un rato contemplando la ciudad a sus pies, respirando profundamente, alzando los hombros en cada respiración y con su mano apoyada en el paraguas. Al pasar a su lado, me miró un poco de soslayo, pero puso cara de que no le interesaba lo más mínimo y enseguida miró para otro lado. Pero, curiosamente, yo me acuerdo muy bien de su cara.

»Este es el recuerdo, Junichi. Ya ves qué tontería. Pero es un recuerdo que vuelve de tanto en tanto. En distintas situaciones y con distintos estados de ánimo —dijo, y paró de hablar.

Sus manos haciendo punto no descansaban, pero parecía estar recordando algo lejano. Al cabo de un rato comenzó de nuevo, despacio:

—Tuve la intención de ayudar a llevar la bolsa a aquella anciana que subía fatigosamente las escaleras, pero finalmente no lo hice. La anécdota se resume básicamente en eso, pero el caso es que dejó una profunda huella en mí. Aquel día, durante el camino de regreso a casa, no paré de hacerme preguntas: ¿por qué no me acerqué enseguida cuando pensé en hacerlo?,

¿por qué no hice lo que tuve intención de hacer? Cuando pensaba en ello, sentía como si hubiera hecho algo malo. Además, una vez subida la escalinata de piedra, mis buenas intenciones no servían para nada. Nunca más volvería a tener la oportunidad de materializar mis buenas

intenciones.

En fin, que en el momento en que la anciana se alzó sobre el último escalón perdí la oportunidad para siempre. Parece un detalle insignificante, pero me arrepentí. Por mucho que pensara en ello después, no la iba a alcanzar para ayudarla. Visto así, los sucesos insignificantes y los realmente importantes que no tienen vuelta atrás son exactamente iguales en la medida en que son irrepetibles.

»No sé cuántos años han pasado de aquello. Qui zá unos veinte porque, si mal no recuerdo, sucedió cuando estaba en cuarto curso en el instituto

femenino. Después, me hice adulta, me casé con tu padre y naciste tú. Y

hasta hace dos años, que falleció tu padre, han pasado muchas cosas a lo largo de veinte años. Pero he seguido recordando este episodio de las escalinatas de piedra como si hubiera sucedido hace poco. ¿Por qué? Pues porque después de aquello solía recordarlo en distintos momentos y lugares.

»Junichi. Incluso siendo adultos, es bastante habitual arrepentirse de no haber hecho lo que nos dictaba el corazón. Todo el mundo recuerda alguna anécdota así en su vida. Cuanto mayores nos hacemos, más importantes suelen ser los sucesos de los que nos arrepentimos. En mi caso, me arrepien to constantemente de las cosas que no hice por tu padre.

Detuvo las manos que hacían punto y se quedó mirando junto a Koperu el cielo azul a través del cristal de la puerta corredera. Pero de pronto su gesto se animó como si hubiera cambiado de idea y continuó hablando sonriente:

—Pero aquel recuerdo no es en modo alguno desagradable para mí. Por supuesto que me arrepiento de no haber hecho muchas cosas, o de haberlas hecho de una manera y no de otra; pero tampoco son pocas las veces que pienso: «Cómo me alegro de haber hecho lo que hice». No me refiero a si salí ganando o perdiendo; sino a que, por haberlas hecho, más tarde fui feliz sabiendo que había sido capaz de actuar de acuerdo con un sentimiento auténtico y puro que tuve en mi corazón. Y, cuando ahora recuerdo esos momentos, tengo la convicción de que debo mucho al episodio de la escalinata.

»Lo creo de verdad. Sin aquel recuerdo, no hubiera podido sacarle el máximo provecho a mis buenos sentimientos, como creo que soy

capaz ahora. Que cada suceso que vivimos es único e irrepetible, y que por eso debemos aprovechar al máximo los buenos sentimientos que brotan en cada momento en nuestro corazón, quizá sea algo de lo que no habría sido consciente si no hubiera pasado por aquello.

»Por eso pienso que, en relación con aquel suceso en la escalinata, no salí

perdiendo. Me arrepentí, sí; pero gracias a eso aprendí algo importantísimo para la vida.

»A partir de aquel día, comencé a sentir una gratitud mucho más profunda por la amabilidad de las personas.

Koperu relacionaba las cosas que le contaba su madre con sus experiencias recientes y las entendía perfectamente.

—El caso es que, Junichi —continuó su madre, reanudando la labor de punto y sin mirar a Ko peru—, me pregunto si tú también vivirás alguna experiencia parecida. Quizá sea una mucho más dolorosa y de la que te arrepientas muchísimo. En cualquier caso, quiero que sepas que no saldrás perdiendo de ella. Si se considera el suceso de forma aislada, quizá no quepa más que arrepentirse; pero más allá del hecho concreto, si el arrepentimiento sincero nos enseña algo importante para la vida, esa experiencia habrá merecido la pena. Gracias a ella, tu vida será más entera y profunda. Serás mejor persona. Así que nunca te desesperes contigo mismo.

Aprende de la experiencia, vuelve a la vida y alguien reconocerá en ti a una

gran persona. Y, si nadie se da cuenta, recuerda que el cielo te estará observando.

A Koperu se le llenaron los ojos de lágrimas escuchándola. Empezó a pensar que quizá estuviera al tanto del incidente a través de su tío. ¡Aunque lo conociera, le hablaba de todo aquello sin tocar directamente el asunto!

¡Con qué delicadeza estaba tratando de darle ánimos! Estuvo un rato conteniendo las lágrimas, pero comenzaron a caerle sin remedio. Aunque ahora las que brotaban de sus ojos eran lágrimas de naturaleza completamente distinta a las que estuvo llorando antes una y otra vez.

Al otro lado de la puerta corredera se extendía silencioso y lejano un cielo cálido que anunciaba la primavera.

El cuaderno del tío

Sobre las aflicciones humanas,

sus errores y grandezas

«La grandeza del ser humano reside en reconocerse miserable. Un árbol no se reconoce miserable. En efecto, es verdad que “reconocernos miserables nos hace miserables”; sin embargo, es igualmente cierto que reconocernos miserables nos hace grandes. Por lo tanto, la miseria del ser humano es la prueba de su grandeza. Es la miseria del rey destronado».

«¿Quién sino un rey sentiría la desdicha de ser destronado? [...] ¿Quién se sentiría desgraciado por tener solo una boca? ¿Quién no se sentiría desgraciado por tener un solo ojo? A pesar de que nadie se sentiría desgraciado de no tener tres ojos, tener solo uno sería motivo de una desdicha sin consuelo». (Pascal) Si una persona que debiera ocupar el trono fuera despojada de él, se sentiría desgraciada y triste. Se sentiría así, precisamente, porque debería estar

ocupándolo. De la misma manera, un tuerto se siente desgraciado porque debería tener dos ojos y no los tiene. Si las personas solo tuvieran un ojo, es seguro que nadie se sentiría desgraciado de tener solo uno. Es más, si hubiese nacido con dos ojos, se sentiría desdichado y triste por no ser como los demás.

Koperu. Es importante reflexionar detenidamente sobre esto porque nos revela una verdad importante: el significado de la aflicción y el sufrimiento humanos.

En nuestra travesía por la vida pasamos por experiencias tristes, penosas y dolorosas, de niños y de adultos, en cada momento a su manera. Lógicamente, no son experiencias que no se desean para nadie. Sin embargo, gracias a ellas, aprendemos la verdadera naturaleza del ser humano.

No solo hablo del sufrimiento y del dolor psicológicos: el sufrimiento y el dolor físicos también tienen implicaciones similares. Mientras estamos sanos, sin lesiones ni enfermedades, vivimos apenas sin ser conscientes de las importantes funciones que cumplen nuestros órganos, como el corazón, el estómago o los intestinos. Sin embargo, cuando nos lesionamos o enfermamos, y se nos acelera el pulso o nos duele la tripa, nos hacemos conscientes y pensamos en nuestros órganos y en sus problemas. Aunque padezcamos dolores y suframos porque algo ha dejado de funcionar debidamente, es gracias al dolor y al sufrimiento que nos damos cuenta de ello.

Sentir dolor y darnos cuenta de que algo no funciona en nuestro

cuerpo significa que el dolor nos informa de un estado físico impropio. Si no sintiésemos ningún dolor a pesar de que algo fallara en nuestro organismo, podríamos llegar incluso a morir. De hecho, hay caries que cursan sin dolor y precisamente esta ausencia hace que algunos casos se compliquen más que otros con dolor. Por eso, aunque nadie se alegra de padecer dolor y sufrimiento, en el fondo son de agradecer y necesarios. Gracias a ellos, conocemos los fallos de nuestro organismo y, al mismo tiempo, nos hacemos plenamente conscientes del verdadero estado del cuerpo humano.

Del mismo modo, los padecimientos psicológicos tienen su origen en situaciones que alteran el estado normal del ser humano y nos avisan de dichas alteraciones. Gracias a esos padecimientos, podemos comprender claramente la verdadera naturaleza humana.

Si los humanos no estuvieran hechos para vivir en armonía entre ellos, ¿cómo podrían sufrir por la falta de armonía? Las personas sufren porque perciben como una desgracia el hecho de que, estando hechas para vivir amándose las unas a las otras y para procurarse el bien mutuo, se vean abocadas a odiarse y a enfrentarse.

Asimismo, a pesar de que lo correcto sería que cada ser humano pudiera desarrollar plenamente sus capacidades y trabajar en función de ellas, muchas veces no ocurre así, y eso es lo que se padece como un sufrimiento y se siente como una desgracia.

Las personas se sienten desdichadas y sufren porque no están hechas para odiarse y enfrentarse. Las cosas no están funcionando como deben si una persona no puede desarrollar libremente sus capacidades.

Las personas sufren al reconocerse miserables porque su naturaleza es no serlo.

Koperu. Siempre debemos tratar de extraer alguna enseñanza del dolor y el sufrimiento.

Por supuesto, existen personas que se creen infelices porque no han satisfecho sus deseos y ansias particulares; otras se las ven y se las desean para aparentar algo a ojos de los demás. Pero el sufrimiento y la infelicidad de estas personas derivan de deseos y ansias egoístas o de la incapacidad de desprenderse de pretensiones fútiles. En estos casos, basta con abandonar esos deseos y vanidades para poner fin al sufrimiento. En este caso, también vemos cómo la verdad que se esconde detrás de esos padecimientos es que albergar deseos egoístas o sentirse henchidos de vanidad es contrario a la auténtica naturaleza

humana.

Evidentemente, el sufrimiento no es exclusivo de los humanos: los perros y los gatos también lloran si se hacen daño o si se sienten tristes. En cuanto al dolor físico, el hambre o la sed, los humanos somos iguales que otros animales. Por eso, podemos compartir emociones auténticas y cariño mutuo con animales como perros, gatos, caballos o vacas, en tanto que habitantes del mismo planeta. Sin embargo, ese tipo de dolor o esas manifestaciones emocionales y sentimentales no revelan la auténtica naturaleza humana.

Lo que nos la revela son los padecimientos exclusivamente humanos.

Veamos en qué consisten.

Sin el cuerpo herido ni hambriento, las personas se pueden sentir heridas, hambrientas y sedientas.

Si la esperanza a la que hubiésemos consagrado nuestra vida fuera destruida cruelmente, nuestro corazón sangraría y quedaría herido aun de forma invisible.

Si nuestra vida adoleciera de falta de afecto, en algún momento, nuestro corazón comenzará a padecer una sed irresistible de cariño.

Pero entre esa clase de sufrimiento, el que deja una herida más profunda y exprime de nuestros ojos las lágrimas más dolorosas es el cargo de conciencia por haber cometido un error irreparable. No creo que haya padecimiento comparable a echar la vista atrás y, al reconsiderar nuestra conducta, decirnos, no en términos de ganancias o pérdidas, sino en términos morales y de la manera más honesta, «me he equivocado».

En efecto. Es duro reconocer nuestros errores. Por eso, la mayoría de la gente se inventa cualquier excusa y trata de eludir su responsabilidad. Sin embargo, Koperu, reconocer con hombría nuestros errores cuando es justo hacerlo y sufrir por ello es algo que no puede hacer ninguna otra criatura en todo el universo salvo el ser humano.

Si la capacidad de conocer lo que está bien y actuar libremente en consecuencia no estuviera en la naturaleza de las personas, ¿no carecería de sentido que lamentara su proceder y se arrepintiera de sus errores?

Si nos sentimos fustigados por el arrepentimiento es porque somos

conscientes de que pudimos actuar de otro modo o nos sabemos capaces de haber actuado de otro modo. Si careciéramos de la voluntad de actuar siguiendo la voz de la razón, ¿por qué nos haría sufrir el arrepentimiento?

Cuesta reconocer que nos hemos equivocado. Pero la grandeza del ser humano también está en que sufre por los errores cometidos. «¿Quién sino un rey sentiría la desdicha de ser destronado?». Nadie derramaría una sola lágrima de sufrimiento lamentando los errores cometidos si no estuviera dotado de la capacidad de reconocer el bien y el mal y de actuar en consecuencia.

Todos cometemos errores. Errar es humano. A menos que nuestro entendimiento esté paralizado, la conciencia del error cometido no nos puede dejar de causar un profundo sufrimiento. No obstante, Koperu, hagamos que el sufrimiento nos ayude a reafirmar la confianza en el ser humano: porque este sufrimiento es la prueba de que estamos dotados de la capacidad de avanzar por el camino correcto.

«Los errores son a la verdad lo que el sueño a la vigilia. He visto a personas despertar del error y avanzar hacia la verdad, como renacidas».

Son palabras de Goethe.

Estamos capacitados para elegir libremente nuestro destino.

Por eso, también cometemos errores.

Sin embargo…

Estamos capacitados para elegir libremente nuestro destino.

Por eso, podemos aprender de nuestros errores.

Querido Koperu, aquí se encuentra también la clave de la diferencia entre el movimiento de las «personas-molécula» y las moléculas de otras materias.

Regreso triunfal

Al día siguiente de escuchar aquel recuerdo de su madre, Koperu por fin salió de la cama. Estaba totalmente recuperado. El médico le dijo que podía volver a la escuela en dos o tres días. Después de un par de semanas prácticamente acostado, se pasó el día dando vueltas por toda la casa.

Habían pasado tres días desde que le mandó la carta a Kitami.

A pesar de que se había propuesto tratar de no preocuparse en exceso por la respuesta de su amigo, le era muy difícil no pensar en ella y la esperaba con ansia. Más o menos a la hora en que suele llegar el cartero, bajó varias veces al buzón. Sin embargo, ese día terminó sin respuesta.

Era pasado el mediodía del cuarto día. Koperu se estaba cortando las uñas de los pies en el pasillo del segundo piso al calor del sol. De pronto, oyó los pasos poco habituales de su madre subiendo con prisa las escaleras.

—Junichi, tienes visita —dijo ella antes de terminar de subirlas. Y, dando muestras de una alegría evidente, se acercó rápidamente a Koperu y le volvió a decir, jadeando ligeramente—: Es Kita mi. Ha venido Kitami. Y

también Mizutani y Ura kawa.

—¿Cómo? —dijo Koperu entornando los ojos—: ¿En serio, mamá?

—Claro que sí. Están abajo. Venga, baja al recibidor.

Pegó un brinco. Dejó a su madre atrás, corrió por el pasillo y bajó las escaleras a toda velocidad. Ni siquiera se daba cuenta de que seguía con el cortaúñas en la mano.

Salió disparado al recibidor y vio a los tres amigos de pie en el escalón que separa el suelo de la entrada de la casa. Las caras de los tres se proyectaron de golpe y juntas en sus ojos. Kitami sonreía. Mizutani sonreía.

Urakawa también sonreía. Los tres lo miraban con sonrisas que se dirían nostálgicas.

—¡Hola! —dijo Kitami con voz enérgica nada más verlo.

Aquel tono alegre parecía barrer de golpe toda la angustia que lo había atormentado durante las dos últimas semanas. Al mismo tiempo, sintió como si el aire jovial del patio de aquel día, con cientos de alumnos en alegre compañía, soplara de pronto en la entrada de su casa.

—¿Ya estás bien? —volvió a preguntar Kitami antes incluso de que

Koperu se detuviera frente a él.

—Sí, gracias, ya estoy bien —respondió contento, y se acercó a Kitami.

—¿Cuánto hace que te puedes levantar? —continuó preguntando Mizutani.

—Desde anteayer.

—Entonces, puedes volver ya a la escuela —dijo ahora Urakawa.

—Sí, pensaba volver pasado mañana.

Koperu respondía a cada pregunta y notaba cómo su cara se iba iluminando. Era como si cada vez que contestaba su cuerpo se hiciera más ligero y se fuera elevando en el aire.

Después de un intercambio animado de preguntas y respuestas acerca de su estado, se hizo un silencio. Todos se quedaron callados como si no supieran qué decir. No; más bien sabían perfectamente de qué tocaba hablar ahora, pero nadie sabía cómo empezar. Koperu sentía como si debiera pedirles disculpas, ya que no los había vuelto a ver

desde aquella última vez. Kitami, Mizutani y Ura kawa también tenían la sensación de que le debían una respuesta a Koperu por la carta que les había escrito. Pero ¿qué necesidad había de todo eso habiéndose encontrado y conocidas ya las reacciones de ambas partes? El saludo de Kitami había dejado claro que ninguno de los tres le guardaba el más mínimo rencor por lo sucedido. Y

bastaba verle la cara a Koperu para saber que se había dado cuenta de ello.

Los cuatro permanecieron callados y de pie, sonriendo mutuamente cada vez que se cruzaban sus miradas.

—¿Por qué habéis venido a verme? —preguntó Koperu para romper por fin el hielo.

—¿Cómo que por qué?

—Hoy hay clase, ¿no?

—Ah, vale, ya te entiendo. Es que hoy nos han mandado temprano a casa. Por lo visto, los profesores tienen una reunión. Han venido muchos profesores de otras escuelas —respondió Kitami por los tres, y continuó—:

Recibí tu carta anteayer. Se la mostré a estos dos el mismo día. Queríamos haberte escrito. Pero, como ayer nos enteramos de que hoy nos iban a mandar a casa temprano, cambiamos de idea y decidimos venir a verte. —

Koperu lo escuchaba con la mirada baja. Kitami añadió—: Mira, no te preocupes por lo que pasó. Ya no estamos molestos contigo ni nada de eso.

¿Verdad, Mizutani?

—Claro que no —dijo, y se dirigió a Koperu—: En serio, Honda. No tienes que darle tantas vueltas. Es que no sabemos qué decirte viéndote tan preocupado.

—Pero yo… —empezó Koperu.

Y Urakawa habló por encima como si le cerrara el paso:

—¡Déjalo, Koperu! Nosotros sí que te debemos una disculpa por no haberte mandado siquiera una carta preguntándote cómo estabas.

Pero es que ha habido un lío impresionante después de aquello.

—Ya te digo. Ni te lo imaginas —añadió Kitami.

Los tres le explicaron, uno detrás del otro, la cola que había traído aquel incidente del día de nieve.

Lo cierto era que no les faltaba razón: se había montado un revuelo tremendo.

La hermana de Mizutani se enfureció cuando se enteró de que su hermano lo había pasado mal junto a Kitami. Aquel día, se quedó despierta hasta bien entrada la noche esperando el regreso de su padre, le informó de todo lo sucedido y le rogó que fuera al día siguiente a hablar de ello a la escuela. Su padre le dijo que tendría que ser pasado mañana, por temas de trabajo, pero ella no entraba en razón, y finalmente logró convencerlo para que acu diera a la escuela al día siguiente.

En casa de Kitami, su padre montó en cólera. El padre de Kitami era un coronel reservista del Ejército de Tierra y, cuando su hijo le contó lo que había pasado, empezó a decir que lo cambiaría de escuela.

Con su actitud, Kitami les había faltado al respeto a los mayores y había

obrado mal. Sin embargo, castigar ese comportamiento era competencia de los profesores y en ningún caso de los alumnos mayores. La reacción de los mayores era comprensible dada la falta de respeto en la que había incurrido su hijo; pero al mismo tiempo no se debía dejar sin sancionar a los alumnos mayores que habían infringido la disciplina escolar. Tal era el parecer del padre de Kitami. Y si la dirección dejaba sin sancionar a los alumnos mayores, dado que no iba a poder mandar a su hijo a la escuela en esas condiciones, le cambiaría de escuela. El padre de Kitami había irrumpido en la escuela para dejar clara su postura.

En casa de Urakawa, en cambio, quien se indignó fue su madre más que su padre. «Aunque sea el hijo de una familia pobre dedicada a la venta de tofu, es mi hijo y es muy importante para mí. No hay derecho a que tenga que pasar por algo así siendo inocente, por tonto y mal estudiante que sea.

¿Acaso la escuela trataba bien solo a los alumnos de familias pudientes?

Este trato es injusto e intolerable». La madre de Urakawa pilló por banda al padre y le soltó una charla como si todo hubiera sido culpa suya. Ella también acudió a la escuela al día siguiente para preguntarle al profesor

«qué demonios significaba esto».

Los profesores se sorprendieron ante esta repentina avalancha de quejas por parte de tres familias. Lo cierto era que los profesores hubieran querido ser generosos con aquellos alumnos de quinto, que estaban a punto de graduarse. Pero el incidente había causado tal revuelo que no podían pasarlo por alto como una anécdota. Los profesores convocaron a Kurokawa y los suyos todos los días para que les informaran de lo sucedido. Aunque el incidente y la reacción de las familias se pretendió mantener en secreto, la noticia se difundió enseguida entre los alumnos y durante un tiempo en la escuela solo se habló de aquello y todos estuvieron alterados.

Al parecer, entre el profesorado también se debatió mucho sobre el asunto, pero más o menos a la semana del incidente quedaron decididas las

sanciones para aquellos alumnos de quinto: Kurokawa y el de la calva fueron castigados con tres días de suspensión del derecho de asistencia a la escuela, y los secuaces de Kurokawa, que les habían lanzado bolas de nieve, fueron todos amonestados. La amonestación consistía en ser reprendido en el despacho del director. Tras el anuncio de las sanciones y para que no hubiera malentendidos, el director reunió a todos los alumnos en el auditorio y les soltó un discurso. En definitiva, el incidente se había convertido en un escándalo sin igual en la historia reciente de la escuela.

Pero quien se llevó la peor parte fue Kitami. Por haberle contado todos los detalles del incidente, su padre lo castigó diciéndole: «Tú también tienes parte de culpa. Te quedarás encerrado en casa hasta que se arregle todo». El padre de Kitami era un hombre de armas tomar. Era más terco que una mula y cuando tomaba partido sobre un asunto no había manera de que cambiara de opinión. A pesar de que Kitami le rogó repetidas veces que le dejara volver a la escuela, no dio su brazo a torcer: «Te he dicho que no vas y no irás», decía, y nada se pudo hacer. Kitami no tuvo más remedio que quedarse recluido una semana en casa hasta que las aguas hubieron vuelto más o menos a su cauce en la escuela.

—Por todo eso, aunque sabíamos que estabas enfermo porque nos lo

contó el profesor, no te pudimos venir a ver. Ni siquiera escribirte una carta porque no sabíamos cómo iba a acabar todo —dijo Kitami en tono de disculpa.

En ese momento, la madre de Koperu, que los había estado escuchando de pie y en silencio a su lado, dijo:

—Junichi. ¿Por qué no os vais a la habitación en vez de estar hablando ahí de pie?

—Oh, claro, tienes razón. Venga, subid.

Pero los tres dijeron que no podían quedarse mucho tiempo y que se irían enseguida. Koperu les preguntó por qué y resultó que la hermana de Mizutani los estaba esperando en la estación.

—¿Cómo es que ella ha venido hasta la estación? —preguntó Koperu, extrañado.

Según Mizutani, debido a que ella estaba a punto de graduarse del instituto, y quería ir a una universidad femenina que había cerca de la casa de Koperu, había ido allí por sus reglamentos de admisión. Por eso, los había acompañado en el viaje de ida y a la vuelta habían quedado en la estación para volver juntos. Después de explicar aquello, dijo:

—Por cierto. Tengo una carta de mi hermana para ti —dijo poniéndose un poco colorado y sacando un sobre de color azul claro del bolsillo.

Era una carta de su hermana para Koperu.

Koperu abrió el sobre inmediatamente:

Querido Koperu:

¿Cómo te encuentras? Me contaron que estuvis te bastante fastidiado unos días. Espero que ahora estés mejor.

Ayer, mi hermano me mostró la carta que le mandaste a Kitami.

Volvió con ella de la es cuela.

Me emocioné al leerla. Pensé que mi hermano era muy afortunado de tener un amigo tan honrado como tú.

Si te digo la verdad, de entrada, me indigné al saber que cuando pasó

aquello te quedaste al margen de los tres. Pensé: «Con lo mucho que nos lo prometimos». Pero después de leer tu carta dejé de pensar así. Se me cayeron las lágrimas leyéndola. Deseo de corazón que aquel incidente no estropee la amistad entre tú y mi hermano. Es más, quiero pedirte, en su nombre, que sigas siendo su amigo por mucho tiempo.

Cuídate mucho.

Marzo

Para Junichi Honda

De Katsuko

A Koperu le temblaban las manos mientras la iba leyendo.

—Entonces, ¿ella está en la estación? —preguntó, emocionado.

—Sí, quizá ya esté allí —contestó Mizutani.

—Puede venir a casa, ¿verdad?

—Sí, claro, pero supongo que le da corte.

Al escuchar aquello, Koperu miró a su madre y le preguntó:

—Mamá. Puede venir a casa la hermana de Mizutani también, ¿verdad?

—Por supuesto. No solo es que pueda; estoy deseando que lo haga, si no le es molestia.

—En ese caso, la voy a ir a buscar ahora mismo. ¿Vale, mamá?

—Claro, pero… —dudó su madre pensando en que su hijo se acababa de recuperar. Y dijo al momento, como decidida—: Vale, está bien. Venga, ve.

Pero ponte la bufanda y la capa.

Antes de que su madre terminara la frase, Koperu corría ya al fondo de la casa. Volvió enseguida con la bufanda al cuello, descolgó la capa colgada en la entrada alcanzándola de un salto y se la col gó en los hombros.

—Bueno, me voy.

Los tres amigos quisieron acompañarlo. La madre de Koperu sugirió que podían quedarse esperándolos, pero todos prefirieron ir con él.

—Hasta ahora, Junichi. A la vuelta, coged un taxi en la estación.

Cuando su madre le decía eso, Koperu ya salía disparado de la entrada trastabillando con los *geta*.

Al cabo de un rato, los cuatro chicos y Katsuko volvían en taxi a casa de Koperu. El coche avanzaba ligero por una carretera que atravesaba el campo y pasó bajo las ramas de una hilera de almeces.

—Oye, Koperu —dijo de pronto Katsuko, sentada a su lado—: ¿Le enseñaste mi carta a tu madre?

—No, todavía no.

—Entonces, no lo hagas, ¿vale? Aunque traté de ser lo más correcta posible, por si se la enseñabas.

—Entonces, ¿qué más te da?

—No, no. Esa carta es para ti. No para tu madre.

—Pero si tú también leíste la carta que le mandé a Kitami.

—¡Pero bueno!

Todos rieron.

El coche siguió rodando mientras iba esparciendo las risas por las ventanillas bajo la alegre luz del día. De frente, se veía la carretera blanca prolongándose a lo lejos entre el cercado y, al final, el tejado de una casa que brillaba cálida a la luz del sol.

El cercado fluía rápido a derecha e izquierda y la casa se iba acercando.

Torciendo por aquel tejado se llegaba enseguida a la casa de Koperu.

Koperu se sentía como en un regreso triunfal después de una guerra.

Los capullos del narciso

y la imagen del Buda de Gandhara

Koperu y los tres amigos recuperaron la amistad. Su carta sin duda ayudó a que todo volviera a ser como antes, pero lo cierto era que ninguno de los tres le había dado tanta importancia al asunto como suponía Koperu. En cualquier caso, ahora nada de eso importaba. Fue el único que se había tomado tan a pecho lo sucedido, pero gracias a ello aprendió a observar y a reflexionar con más detenimiento sobre sus acciones y pensamientos y, en definitiva, sobre su vida en general.

Desde que estaba en primaria, se había encontrado muchas veces aforismos como «Conócete a ti mismo» o «Reflexiona sobre ti mismo».

Tantas, que ahora lo único que experimentaba al verlos era apenas una sensación de hartazgo. Además, el significado literal de esos aforismos lo conocía de sobra. Si le hubieran preguntado en un examen de Lengua:

«Explica el significado de los siguientes aforismos», en referencia a los referidos, habría sido capaz de responder a la perfección y de obtener la mejor calificación. Pero no era lo mismo entender el significado literal de unas palabras que captar la esencia del mensaje. Hacía bien poco que Koperu empe zaba a comprender en qué consistía realmente reflexionar

sobre sus acciones y pensamientos.

El comportamiento y las palabras de Koperu comenzaban a ser una mezcla un tanto anárquica de una peculiar madurez y de resabios aún infantiles. En un sentido, era bastante lógico que así fuera. Estaba en su decimoquinta primavera, en plena transición de la niñez a la adultez. Él mismo se daba cuenta de ello. Todavía le costaba jugar con un bate de béisbol para adultos debido a su peso, pero, cuando ahora cogía el que su padre le había regalado en primaria, se sorprendía por lo absurdamente ligero y corto que era, y pensaba: «¿Cómo he podido jugar con esto?».

Definitivamente, Koperu estaba cambiando. Su tío también se dio cuenta de ello porque en las vacaciones de primavera que precedían al comienzo del segundo curso[4], una vez concluidos los exámenes finales del anterior, le entregó el cuaderno marrón rojizo y lo animó a leer lo que había venido anotando en él durante largo tiempo.

Era el equinoccio de primavera, en la penúltima semana de marzo.

En casa de Koperu se colocó una fotografía de su padre frente al altar budista y, a modo de ofrenda, abundantes flores y frutas. El altar, normalmente sobrio, rebosaba colores alegres. Koperu, tumbado bocabajo delante del altar y con un cuaderno nuevo abierto frente a él, estaba absorto en sus pensamientos.

El cuaderno se lo había escogido y comprado su madre expresamente para él. Koperu estaba pensando en qué escribir. Ella también había leído el cuaderno del tío después de Koperu y, cuando se lo devolvió, le sugirió que sería buena idea que él también anotara sus reflexiones en un cuaderno y por eso le entregó uno. Koperu llevaba un buen rato pensando en alguna impresión que anotar.

Sin embargo, a menos que surjan espontáneamente, las impresiones no se pueden tener a voluntad. Aunque había aprendido mucho con la lectura del cuaderno del tío, evidentemente, no se le ocurrían ideas que pudieran trascender las reflexiones de su tío. Por supuesto, había sentido muchas cosas, pero plasmarlas por escrito no era nada fácil. Al cabo de un rato, la atención de Koperu se fue alejando del cuaderno y desviando hacia la cocina, donde su madre y la criada preparaban por aquellas fechas los tradicionales *ohagi*, unas bolas de arroz glutinoso recubiertas de pasta dulce de judías.

«Las impresiones no se pueden elaborar como los *ohagi*», se le ocurrió pensar. Pero para abrir el nuevo cuaderno era una reflexión demasiado pobre. Después de un buen rato devanándose los sesos, abandonó el

empeño y se levantó.

Abrió la puerta corredera. Hacía un tiempo estupendo. El amarillo de las flores del narciso, abriéndose en distintas zonas del jardín, despertaba los sentidos.

Salió al jardín y paseó bañándose en la luz del día.

A lo largo de las ramas del arce brotaban capullos de un rojo intenso. De los extremos de la aralia asomaban nuevos brotes, como de bambú, completamente cubiertos por una gruesa capa. Las delicadas puntas de las ramas de los *enkianthus* blancos estaban todas adornadas con bolitas blancas. En cualquier punto del jardín, infinidad de nuevos brotes levantaban el suelo blando o inflaban las duras copas, asomándose curiosas al exterior. Las hojas que habían salido antes que otras a la superficie levantaban sus rostros como queriendo llamar la atención y se estiraban con ganas.

Se sentía bien. Dentro de poco, podría prescindir de los gruesos jerséis. Y

no quedaba nada para que comenzaran a resonar los bateos en el patio de la escuela.

De pronto, vio una pelota de esponja llena de barro a los pies del *hiba*, en un rincón del jardín. «Vaya», pensó, «así que la pelota que perdí el otoño pasado y no encontré por mucho que buscara estaba aquí». La cogió, sonriente. La pelota había pasado quieta el invierto en aquel lugar, después de colarse allí en otoño. Imaginó la nieve, cuajando y derritiéndose repetidas veces encima de ella, y sintió claramente que aquel larguísimo invierno había quedado atrás.

Después, sacó una pala pequeña de debajo del *engawa*, un saliente de madera que daba al jardín, y trasplantó a lugares soleados algunos brotes que estaban en sombra. Mientras que los narcisos amarillos que crecían al sol estaban en flor, los que estaban en sombra ni siquiera tenían capullos.

Koperu fue paseando por el jardín, moviendo a lugares más cálidos las

plantas que crecían en condiciones menos favorables.

—¿Quedará alguna más? —dijo, y miró alrededor.

En ese momento, vio algo que parecía una planta brotando muy cerca de la pelota de esponja.

—Mira, allí hay una más.

Enseguida, se puso manos a la obra.

Pero, al poco de comenzar a cavar, se topó con algo inesperado: la planta, que aparentaba no estar arraigada a más de cinco centímetros, no mostraba la cofia de la raíz aun después de haber cavado más de siete centímetros.

«Zac, zac», iba clavando la pala en la tierra para levantarla del sitio.

El hoyo se iba haciendo cada vez más profundo y la tierra húmeda se amontonaba a sus pies. La planta se erguía como insegura, con su tallo pálido coronado por una punta verde, en medio de aquel agujero a la sombre del *hiba*. Siguió cavando con decisión: diez centímetros, once centímetros y doce centímetros. El extremo de la raíz seguía sin aparecer.

Cuando estaba a punto de superar los quince centímetros, sintió una especie de excitación. Le asombraba que una planta tan pequeña hubiera sido capaz de asomar su cabeza del suelo llegando desde tan profundo.

Empezaba a admirar a aquella planta.

Veinte centímetros y ni rastro de la cofia. Observó pasmado el tallo enclenque y azulado. Más que una planta al uso, parecía un puerro. Se preguntó cuánto habría tardado en crecer tanto. Seguramente, bastante más de diez o quince días. En tal caso, quizá empezara a brotar bajo tierra cuando supo que se acercaba la primavera, aún con la nieve cubriendo el suelo. Debió de ir creciendo, poco a poco, pero sin descanso, en la oscuridad subterránea, hasta que finalmente asomó su rostro sobre el suelo.

«¡Qué paciencia!», exclamó Koperu para sus adentros. Se sintió conmovido cuando imaginó su solitario, silencioso y constante esfuerzo. Ahora, el destino de aquella planta de peculiar fisonomía ya no le era indiferente.

Con ganas de decirle «buen trabajo, buen trabajo», siguió cavando con esmero.

Por fin, cuando alcanzó el final de la raíz, supo enseguida que se trataba del bulbo de un narciso. No tenía ni idea de cómo pudo haber caído tan adentro bajo tierra. Sin embargo, lo cierto era que había sobrevivido. Y, dado que estaba viva, se había esforzado por vencer la resistencia de la gruesa capa de tierra que la cubría y, sintiendo sin remedio el calor del sol, brotó al acercarse la primavera y ya no pudo sino crecer imparable hacia la luz.

Alzó el extraño narciso dejándolo colgar y lo observó. Sus aproximadamente treinta centímetros de talle lo asemejaba a otros compañeros suyos que florecían sobre la tierra. Pero nadie diría que era un narciso. La parte blanca del tallo era un puerro, se mirase como se mirase, y solo la cabeza levemente verde podría parecer un narciso, si se le echaba imaginación. Koperu trasplantó este narciso algo estrafalario cerca de donde sus compañeros florecían hombro con hombro, bajo la luz del sol.

Cavó un agujero profundo y dejó soterrada la parte blanca.

Los demás narcisos amarillos estiraban elegantes sus hojas verde brillante como recién lavadas y se erguían levantando sus flores de amarillo intenso a medio abrir. Observando la cabeza apenas asomada del recién plantado narciso, Koperu se enterneció. Le parecía ver a través de la tierra el tallo azulado escondido en el suelo.

«¡Eso es! Por muy profundo que cayera, no pudo dejar de crecer», pensó de nuevo.

La fuerza incontenible de su crecimiento colmaba hasta la pequeña punta verde de apenas tres centímetros y le permitía mantener alzada su modesta cabeza. Sin embargo…

Cuando miraba alrededor, uno se daba cuenta de que aquella fuerza estaba actuando al mismo tiempo también dentro del arce, la aralia, el *enkianthus* blanco y todas las demás plantas.

Con las manos llenas de barro, se quedó de pie en medio de la luz cálida.

Se sentía henchido de una agradable emoción.

La fuerza incontenible también estaba actuando dentro de él.

Esa noche, Koperu estuvo charlando con su tío en su despacho.

Era una noche silenciosa.

Por el resquicio de la ventana entraba un aire frío transportando de algún lugar el aroma del clavero.

—… ¿Pero es verdad que las primeras representaciones de Buda fueron obra de los griegos?

—Exacto. Así lo demostraron investigadores ingleses y franceses después de muchos años de esfuerzo.

—¿De verdad? —preguntó Koperu, con gesto dudoso.

Ese día, había ido a llevarle a su tío los *ohagi* hechos por su madre. Se quedó a cenar y después estuvo hablando con él en su despacho. La conversación había pasado del equinoccio de primavera a las imágenes de

Buda y derivó en quiénes habían sido los primeros en crearlas. Su tío dijo que habían sido los griegos hacía unos dos mil años. Pero eso le pareció tan extraño que no se lo podía creer. Las esculturas griegas que recordaba eran figuras claras, con rostros nobles y proporcionados, brazos y piernas largos y, en definitiva, soberbias y rebosantes de frescura. Por el contrario, la mayoría de las imágenes de Buda que conocía eran, como el Gran Buda de Kamakura y el de Nara, figuras orondas, de cara redonda, gruesos párpados cerrados y meditabundas. Aun concediendo que estaban dotadas de una benevolencia y dignidad sin límites, a ojos de Koperu destacaba más su lado sombrío y tétrico. Desde luego, carecían de cualquier rasgo

occidental.

De hecho, le parecía que las imágenes de Buda eran la quintaesencia de lo oriental. ¿Cómo iban a ser los griegos, creadores de aquellas esculturas, los padres de la imagen de Buda?...

—Pero el budismo nació en la India, ¿no?

—Así es. Y fue en la India donde se creó la primera imagen de Buda.

Aun así, quienes la crearon fueron los griegos y no los indios.

—Vaya.

—Fíjate en esta fotografía.

Su tío abrió un grueso libro occidental para mostrarle una ilustración. En ella se veían varias esculturas de Buda junto a algunas griegas.

—¿A que se parecen?

Efectivamente. A pesar de que eran imágenes de Buda, sus rostros tenían un aire occidental y los pliegues de las telas con las que se cubrían algunas eran idénticos a los de las esculturas griegas.

—Esta imagen es rara —dijo Koperu.

—¿Qué es lo que te parece raro?

—Parece una persona occidental.

—Exacto. Es que son obras de occidentales. No es nada extraño que así sea. Pero tienen algo que las distingue claramente de las esculturas griegas.

Fíjate, por ejemplo, en lo largos que son los lóbulos de sus orejas. Y su

expresión es la que asociamos a Buda, enigmática y meditabunda.

Tenía razón. Aquellas imágenes de Buda parecían estar a medio camino entre las esculturas griegas y las japonesas o chinas. Se podían encontrar tanto similitudes como diferencias respecto a ambas.

—¿Cómo se llama esta escultura?

—El Buda de Gandhara.

—¿Qué es Gandhara?

—Es el nombre de un país que existió en la región noroeste en la antigua India… —comenzó diciendo, y le contó a Koperu la historia del Buda de Gandhara.

»Imagino que sabes que el noroeste de la India linda con un país llamado Afganistán. Hay un afluente del río Indo que nace en Afganistán, entra en la India y desemboca en el Indo. Es el río Kabul. Cerca de su entrada en la India hay una ciudad llamada Peshawar. La región que la circunda se conocía antiguamente como Gandhara.

»Hace aproximadamente unos cien años, en esta región se comenzaron a encontrar esculturas budistas con cierta frecuencia. Pero, cuando en 1870

un estudioso inglés llamado Leitner se llevó a Inglaterra muchos objetos excavados en Gandhara, de pronto se despertó el interés de los científicos de todo el mundo por las obras de arte que se encontraban en esta región y se empezaron a excavar muchas imágenes de Buda.

»El budismo se originó en la India. Hace unos dos mil quinientos años, Buda, nacido príncipe en Kapilavastu, un reino en la región central de la India, alentado por su firme deseo de salvar a las personas del sufrimiento, comenzó a predicar sus enseñanzas tras una larga y dura vida de aceta. Esto lo sabes también. Más tarde, sus enseñanzas se fueron extendiendo y, unos doscientos años tras la muerte de Buda, gracias al esfuerzo de un rey muy famoso del reino Magadha, llamado Ashoka, el budismo comenzó a difundirse no solo por toda la India, sino incluso en el extranjero. Aunque hubo un tiempo en el que su avance pareció imparable, poco a poco fue

cediendo terreno al hinduismo y, tras la llegada de los musulmanes a la India y la persecución a la que sometieron a los budistas, el budismo quedó reducido a una creencia con escaso predicamento en la India. Además, la mayoría de las obras de arte, construcciones y monumentos decorativos fueron destruidos o enterrados y su existencia cayó en el olvido.

»Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, la India pasó a ser colonia británica. Cuando los ingleses quisieron conocer su historia, acuciados por la necesidad de gobernarla, se dieron cuenta de lo extraños que eran los indios: a pesar de la gran cantidad de libros sagrados con los que contaban, su historia apenas estaba referida en ningún documento. La ausencia de registros escritos obligó a recurrir a los

restos arqueológicos para conocer su historia. Por eso, hace unos cien años, el gobierno inglés comenzó a promover investigaciones y excavaciones arqueológicas a gran escala.

Como consecuencia de ello, se descubrieron, unos detrás de otros, ruinas, restos arquitectónicos, monumentos conmemorativos, obras de arte, monedas, etc., y gracias a ello hoy en día la historia de la India se conoce con exactitud. Al mismo tiempo, se supo del itinerario de desarrollo del arte budista, también con bastante precisión. La escultura del Buda de Gandhara fue descubierta en el curso de estas investigaciones y tras unos análisis comparativos minuciosos se determinó que era la imagen de Buda más antigua conocida.

El árbol del primero representa la iluminación de Buda bajo el árbol Bodhi; la rueda del segundo, el primer sermón de Buda en el Bosque de los Ciervos; y la pagoda del tercero, la muerte de Buda.

»Como tú mismo puedes ver enseguida, este Buda tiene unas facciones y un físico con rasgos occidentales. Desde el punto de vista de la técnica escultórica, presenta grandes similitudes con las esculturas clásicas. Las hay incluso con el rostro calcado del dios Apolo de la mitología griega. Si solo fueran estos detalles, bien podrían ser atribuidas a escultores indios que hubieran bebido de la tradición helena; pero el caso es que existe un detalle

que descartaría esta hipótesis: el pelo recogido. En el budismo, los monjes ordenados deben raparse la cabeza y que el propio Buda la tuvo rapada consta en los sutras. Por eso, si los creadores del Buda de Gandhara hubieran sido indios, sería impensable que lo esculpieran con el pelo recogido.

»Es más, si solo se tratara de esculturas relacionadas con el budismo, se han descubierto otras bastante más antiguas que la del Buda de Gandhara.

Pero en ellas no se ve representado a Buda con apariencia humana. Esto no era debido a la falta de pericia de los escultores indios. Todo apunta a que evitaban deliberadamente representarlo con forma humana. De hecho, otras figuras humanas están perfectamente talladas en sus obras. Sin embargo, Buda aparece siempre representado como un árbol, una rueda o una pagoda; es decir, de forma simbólica. En la gran estupa de Sanchi, la famosa construcción del rey Ashoka, al que nos referimos antes, hay una torana que data del 150-100 a. C. y que tiene esculpida la vida de Buda. No obstante, su imagen en forma humana no aparece por ningún lado y solo

figuran sus representaciones simbólicas. Por eso, es casi seguro que, hasta unos tres o cuatro siglos después de su muerte, entre los indios existiera la costumbre de no tallar a Buda con forma humana. Como mantienen algunos investigadores, quizá los indios consideraran indigno de un ser más sagrado que los humanos, como Buda, ser representado con apariencia humana. Y, si efectivamente fue así, más motivos habría para suponer que los creadores del Buda de Gandhara no fueron indios.

»Dicho esto, la expresión facial de este Buda no se encuentra en las esculturas griegas. Frente a los gestos despiertos y expresivos de los dioses griegos, los de estas imágenes de Buda son meditabundos y melancólicos, y la impresión que nos llevamos de ellas es completamente diferente. Por mucho que la técnica escultórica empleada o la apariencia externa tengan claras reminiscencias griegas, el carácter de las imágenes de Buda es netamente indio y budista.

»En definitiva, suponer que los creadores del Buda de Gandhara fueron griegos que estuvieron mucho tiempo absorbiendo las influencias orientales y sumergidos en la atmósfera budista parece lo más razonable. Sin embargo, cabe preguntarse si esos griegos vivieron en la región de Gandhara.

»Sin lugar a dudas. Se han encontrado muchas monedas antiguas en el área que comprende la región noroeste de la India hasta Afganistán. Son monedas de Bactria, un reino que floreció hace unos mil ochocientos o mil novecientos años en aquella región, en las que además de deidades hindúes, imágenes de Buda y dioses griegos, constan, junto a un tipo de letras del hindi, letras del alfabeto griego. Esta es otra evidencia más de que en esta región vivieron muchos griegos.

»¿Por qué vivían tantos griegos en la región noroeste de la India?

»Esto fue consecuencia de la gran expedición de Alejandro Magno, muy conocido también entre los jóvenes. En el año 334 a. C., comandando un ejército de la liga de Estados griegos, cruzó el Helesponto, la frontera de Europa y Asia, y se lanzó a una conquista por Asia que duró diez años. En aquella época, el Imperio persa florecía en la región, con su vasta extensión desde Siria y Egipto, y con salida al Mediterráneo en el oeste hasta el río Indo en el este. El ejército de Alejandro Magno fue conquistando de extremo a extremo el territorio persa con el ímpetu de una onda expansiva.

No paró ni siquiera después de hacerse con Babilonia, la gran ciudad

del Imperio persa, sita en Mesopotamia; con tinuó por el actual Afganistán y, a través del Asia central, siguió avanzando con sus tropas hasta alcanzar la región de la orilla este del río Indo.

»En el año 323 a. C., puso fin a su avance y regresó a Babilonia desde la India, y la nombró nueva capital del imperio. Pero, desgraciadamente, aquel mismo año Alejandro Magno murió, con apenas 32 años, sin haber cumplido su gran sueño.

»¿Pero cuál era ese sueño?

»El sueño de Alejandro Magno era fundar un imperio en todo el extenso territorio conquistado, en el que se fundieran las culturas occidentales y orientales. Tomó por esposa a la hija de un rey persa, y conminó a sus generales y subordinados a hacer lo propio con otras mujeres persas.

Asimismo, fundó numerosas ciudades griegas al paso de su conquista para establecer allí a ciudadanos griegos. De esta forma, pretendió helenizar Persia y empapar de costumbres persas a los griegos con el fin de unir ambas culturas.

»La empresa de Alejandro Magno difundió la cultura griega por Oriente y estableció las bases para fundirla con ella. Su vida terminó apenas diez años después de que su sueño comenzara a dar los primeros pasos, pero los griegos siguieron emigrando a Oriente y el intercambio cultural entre Oriente y Occidente continuó por muchos años.

»Bactria hace referencia al área geográfica del actual Afganistán y fue una región en la que vivieron particularmente muchos griegos. Hace unos dos mil años esos griegos fueron trasladándose al noroeste de la India y transmitieron la cultura griega en la India al tiempo que se sumergieron en la local. Conocían las técnicas escultóricas griegas y vivían respirando el aire de la religión budista. Y, por primera vez en la historia, estas personas crearon la imagen de Buda.

—Por eso, Koperu —dijo su tío después de la larga explicación—, la imagen de Buda no es un pro ducto exclusivo de la creencia budista, ni el resultado directo de la técnica de la escultura helenística. Nació por primera vez como consecuencia de la unión de ambas. Hasta ese momento, exis tía la creencia budista, pero no las imágenes de Buda.

Aunque gracias a la explicación de su tío Koperu se convenció de que fueron los griegos los creadores de la imagen de Buda, no podía dejar de experimentar una extraña sensación cuando pensaba que la imagen

de Buda, que a él le parecía tan oriental, era en realidad hija de las culturas

occidental y oriental.

—Entonces, ¿el Gran Buda de Nara también tiene influencias griegas?

—Eso es. Aunque la construyeron los japoneses, la técnica la aprendieron en China, y los chinos, en la India. Por eso, tirando del hilo se llega hasta el Buda de Gandhara y, después, a la escultura griega.

—Claro —dijo Koperu, fascinado.

El tío continuó:

—Las imágenes de Buda que se originaron en Gandhara aprovecharon el impulso de la expansión del budismo por toda Asia para difundirse ampliamente por el continente. Así, llegó en el sudeste asiático a Java, en el noreste a China y Corea y, finalmente, a Japón. Durante ese largo viaje, la creencia se impregnó de las peculiaridades de cada pueblo, adquirió características propias en cada cul tura y quedó marcada por sutiles diferencias. Pero el arte de la técnica escultórica griega no se per dió y se siguió transmitiendo aun adoptando distintas formas… —Paró un momento y continuó en un tono ligeramente diferente—: Por cierto, las imágenes de Buda llegaron a Japón en el reinado del emperador Kinmei, en el año imperial de 1212, hace más o menos unos mil seiscientos años. Ni que decir tiene que los medios de transporte eran bastante rudimentarios por aquel entonces, por lo que ir y venir de Japón a China o entre China y la India eran prácticamente aventuras en las que uno se jugaba la vida. Además, entre la India y China se interponen grandes cordilleras y extensos desiertos. Como era una época en la que la comunicación marítima no existía, era obligatorio superar aquellos obstáculos naturales. Ni siquiera hoy en día los viajes por el Asia central entre China y la India son trayectos fáciles. Te puedes imaginar la dificultad que suponía hacer un viaje así hace mil o incluso dos mil años.

»Querido Koperu. Teniendo en cuenta esta dificultad, reconsidera la llegada de las imágenes de Buda a Japón. ¿No te parece algo fascinante?

»Se suele decir que “la ciencia y el arte no conocen fronteras”. Lo habrás

escuchado alguna vez. Es una gran verdad. Ni la cordillera del

Himalaya, el macizo de Hindukush, la cadena montañosa de Kunlun, consideradas la columna vertebral de Asia, o el inmenso desierto de Taklamakán fueron obstáculos insalvables para un arte excelso. Cuando uno se para a pensar en que los ecos de la civilización griega alcanzaron Japón hace más de mil años, superando todas estas dificultades naturales y cruzando China, no puede dejar de ma ravillarse.

Era realmente impresionante. Koperu no sabía ni cómo expresar la emoción que sentía.

—Por supuesto, no solo llegaron imágenes de Buda. Entre los tesoros de la casa imperial del templo Shōsōin de Nara, se conservan muchas obras de arte procedentes de las regiones de la India, Persia o Afganistán. Los japoneses del período Nara —nuestros antepasados— no sabían nada de la historia o la geografía universales, pero, incluso así, no vivían desconectados por completo del resto del mundo. Visto desde la perspectiva de la historia universal, los japoneses, aun siendo una especie de niños, demostraron sensibilidad para admirar lo excelente y valorarlo correctamente. No importó que fueran objetos extranjeros extraños a la cultura japonesa; supieron apreciar su calidad, los incorporaron a su cultura y los aprovecharon para impulsar su propio crecimiento. De esta forma, los japoneses también contribuyeron al progreso de la historia de la humanidad, imprimiendo el carácter japonés en este empeño.

Koperu notó cómo su imaginación se enriquecía y cobraba un nuevo aliento. ¡La enorme distancia desde Grecia hasta el Extremo Oriente, el discurrir de dos mil años de historia, los cientos de millones de personas que nacieron y murieron durante todo ese tiempo y la hermosa cultura que se ha ido transformando y regenerando a través del contacto con innumerables pueblos!

Era un panorama fantástico y vastísimo. Koperu sentía su corazón henchido y conmovido. Sentía en su piel la caricia del aire nocturno

transportando la fragancia del clavero. Permaneció en silencio observando la lámpara encima de la mesa.

Aquel impulso de crecimiento incontenible que había sentido a mediodía de pie en el jardín actuaba también a gran escala en los miles de años de la historia.

10

Una mañana de primavera

Se despertó de un sueño sin sueños y en paz.

La habitación estaba totalmente a oscuras. Quizá todo lo demás siguiera durmiendo. No se oía nada.

Koperu abrió los ojos en la oscuridad y permaneció quieto durante un rato. Se sentía descansado y relajado después de un largo sueño.

¿Qué hora sería?

Miró alrededor. En la ventana esmerilada se emborronaba la luz filtrada de un resquicio de la contraventana. Estaba empezando a amanecer.

Se levantó y abrió la ventana con cuidado de no despertar a su madre y a la criada, que dormían en la planta baja. Había una niebla densa. Un aire frío y húmedo rozó su rostro y se coló en la habitación.

Aún no había salido el sol. Los árboles que veía abajo en el jardín desde la ventana de la planta superior, el tejado de la casa de al lado, la arboleda a lo lejos, los postes eléctricos; todo estaba envuelto en la niebla y mostraba su rostro aún soñoliento en medio de la claridad que llegaba de alguna parte.

De pronto, le pareció oír el canto de un ruiseñor. Mientras esperaba a que se repitiera, aguzando el oído, al poco volvió a oír uno tenue, a lo lejos.

El pájaro comenzó a cantar y siguió. Koperu no podía verlo. Solo lo oía a través de la densa niebla. Ese canto que llegaba en intervalos regulares parecía alegre y jovial. Daba la impresión de que no cantaba para nadie, sino que gorjeaba feliz disfrutando de su voz. Koperu creía poder ver la figura del ave, prestando atención a cómo su voz desaparecía en la lejanía en cada trino. Permaneció un rato apoyado en la ventana, de pie y escuchando atento.

Al rato, se sentó al escritorio, sacó el cuaderno nuevo que le había regalado su madre y dejó volar la pluma.

Querido tío:

Hoy empiezo a anotar mis impresiones en este cuaderno. Al igual que el tuyo estaba escrito como si me estuvieras hablando, yo también escribiré aquí como si te hablase.

He leído varias veces tu cuaderno. Aunque hay partes que aún me

resultan difíciles de entender, no las he pasado por alto y he hecho el esfuerzo de comprenderlas, leyéndolas una y otra vez.

Lo que más me conmovió fueron las palabras de mi padre. No olvidaré nunca que su último deseo fue que yo llegara a ser alguien admirable, digno como ser humano.

He empezado a ser consciente de que realmente debo ser una buena persona.

Como bien dices, soy un especialista en consumir que todavía no ha producido nada. A diferencia de Urakawa, aunque quisiera hacerlo, aún no sabría cómo. Sin embargo, puedo ser una buena persona. Ser una buena persona para aportar una buena persona al mundo es algo que está al alcance de mi mano. Y pienso, además, que si me lo propusiera de verdad, podría llegar a ser alguien que aportara algo más.

Descansó un momento después de escribir aquello. Oyó el traqueteo remoto del tren. Comenzaba a funcionar el ferrocarril.

Miró la calle por la ventana. El cielo lejano empezaba a clarear. La ciudad de Tokio se extendía debajo. Millones de personas se despertarían para comenzar sus quehaceres. También Urakawa. No; él ya llevaría

despierto horas y ahora estaría cociendo tofu en un gran caldero humeante.

La mente de Koperu evocó las imágenes de la mansión occidental de Mizutani y la figura de Katsuko. También imaginó la cara de Kitami dormido. Resurgió en su corazón la dicha de tener buenos amigos. Retomó el cuaderno.

Pienso que el mundo debería ser un lugar en el que todos seamos como buenos amigos. Confío en que el progreso de la humanidad nos permita lograr un mundo así. Me gustaría llegar a ser una persona que contribuya a alcanzar ese objetivo.

El día se aclaró de golpe. Levantó la mirada. La claridad llenaba la ventana. El sol había despejado la niebla y vertía una nueva luz sobre la tierra.

Koperu empezó a vivir acorde con estas ideas. Esta larga narración concluye aquí. Pero me gustaría terminar haciéndote esta pregunta:

¿

Y tú,

cómo vives?

La pobreza, el acoso escolar, la valentía, los estudios…

Un clásico de la literatura japonesa

Una obra maestra para aprender a ver la vida

Koperu tiene 15 años y muchas ganas de saberlo todo. ¿Qué es ser valiente?

¿Por qué hay cosas tan injustas? ¿Quiénes somos en este mundo? Son preguntas un poco difíciles de responder… ¡suerte que su tío puede ayudarlo!

Un clásico de la literatura japonesa que nos enseña a ver el mundo con otros ojos.

Y tú, ¿cómo vives?

Genzaburō Yoshino (1899-1981) fue escritor, editor y periodista. En 1935, el escritor Yamamoto lo nombró editor jefe de la serie *Una biblioteca para jóvenes japoneses*, compuesta por dieciséis libros.

¿Cómo vives? es el último de esta serie y habla sobre importantes temas sociales y culturales como el marxismo, el antimilitarismo y el budismo.

[1] N. del T.: Onomatopeya del choque de objetos duros.

[2] N. del T.: Actual zona sur de la prefectura de Chiba.

[3] N. del T.: Estudiante que, alojado en la casa de alguien, compaginaba sus estudios con las tareas domésticas y otros quehaceres en ella.

[4] N. del T.: En Japón, el curso escolar comienza en abril y termina en marzo del año siguiente.

Document Outline

- ¿Cómo vives?
- Prólogo
- 1. Una extraña experiencia
  - Sobre la forma de ver las cosas. (El cuaderno del tío)
- 2. Un amigo valiente
  - Sobre la experiencia de la verdad. (El cuaderno del tío)
- 3. La manzana de Newton y la leche en polvo
  - Sobre la conexión entre las personas. (El cuaderno del tío)
- 4. Un amigo pobre
  - Porque somos personas. (El cuaderno del tío)
- 5. Napoleón y cuatro jóvenes
  - Qué significa ser una persona ilustre. (El cuaderno del tío)
- 6. El suceso del día nevado
- 7. Los recuerdos de la escalinata de piedra
  - Sobre las aflicciones humanas, sus errores y grandezas. (El cuaderno del tío)
- 8. Regreso triunfal
- 9. Los capullos del narciso y la imagen del Buda de Gandhara
- 10. Una mañana de primavera
- Sobre este libro
- Sobre Genzaburō Yoshino
- Créditos
- Notas